

А. А. нНКЕВНН

'nOCOBHE
nO АНАЈИТННЕСКОМУ
НТЕНМК)
НА МСИАНСКОМ НЗЫКЕ

/Ulf1 МНСТМТУТОВ Н ОАКУЛЪТЕТОВ
ННОСТРАННЫХ НЗМКОВ

*JJoniqeHO MunucrepCTeOM
ebicuzo u cpedneo cneu,uajibHoao
o6pa3oeanun CCCP e Kanecree yuejmeo
nocojyH OAM crydeHToe uHCTyrgroe
И C)УКыAbTBT08 УНОСрдННУХ R3УK08*



НЗААТЕЛЪСТВО «ВНЧЛÿАФН ИУКОЛИА»
МОСКВА 1972

нРЕАHCJIOBfiE

XUHHoe nocoo6ne npeAHá3HanaeTCfl ajih ctyaghtob CTapmnx KypCOB CpaKyjlbTeTOB HHOCТpaHHbIX H3HKOB BbiCLUHX yqeOHbix 3aBeAeHHH. IlpH COCTaBJieHHH HOCOOHH HMEJIOCb b *Bujxy* AaTb B03MO>KHocTb cryAeHTaM, BJiaAeioniHM HeoóxoflHMbiM rpaMMa-TH^ecKHM MaTepHajioM h JieKCH^ecKHM MHHHMbMOM, npoaHa- JIH3HpOBaTb pfl OpHrHHajlbHbIX TeKCTOB pa3JIHQHOH TpyAHO-cth h pa3jiHqHbix TBoPMecKHX HanpaBjieHHfi bo BpeMH ay,nn-TOpHbIX 3aHHTHH.

B KHHpe npeictaBjieHbi oTphbkh H3 poMaHOB, paccka3H h oqepKOBbie npoH3BeAeHHH HHCaTejieñ HcnaHnn n JIapaHexoñ AивiePHKH XIX—XX BeKOB. n pH HoA^ope TeKCTOB ywrbiBa- jiacb cio>KeTHaH nejiocpaocTb oTpbIKa, ero cBoeo6pa3He h Te nepcneKTHBbi, KOTopbie AaeT tckct *MU* rpaMMapa^ecKopo, jieKcypaecKopo .h TponojiorH^ecKopo aHajiH3a. B KHHpe nп- BeAeHH TOJibKO npo3aHHeckHe npoH3BeAeHHH, TaK KaX aHajiH3 CTHxoTBoPHopo TeKCTa, 3HaiHTejibHo óojiee *cjo'Mñbw* Ho cBoeivy xapaKTePy, AOJKKeH, Ho HameMy MHeHnio, npoH3BOAHTbca Ha 3aKjnoMHTejibHOM 3Tane oóyneHHH.

Bce nocoo6ne cTpohtch Ho cJieAyioineMy njiaHy: KpaTKne CBeAeHHH 06 aBTopе, oTpmбок *RJH* aHajiH3a n 3aAaHH5i k TeK-CTy AJIH CaMOCTOHTeJibHOH paOOTbl CTyAeHTOB.

BajKHeñinen npeAnocbuiKOH aHajiH3a HBJineTCH, Ha Haní B3pjiHA, HeJieHanpaBjieHHOCTb TeKCTa, To ecTb Ta ochOBHafl MbTCJlb, KOTopaH COAepJKHTCH B OTpbIBKe HJH HeJIOM nOH3Be- AeHHH. Be3 yqeTa Toro, ^to *xoner* cKa3aTb hjih HoKa3aTb aBTop, aHajins HeMbicjiHM. Hcxoah H3 ochobhoh HAen TeKCTa cjieAyer onpeAejiHTb Bbióop JieKHeecKHX, rpaMMaTH^ecKnx n xyAo->KecTBeHHbix cpeACTB, npoH3BeAeHHbiñ aBTopoM AJifl pemeHHH nocTaBjieHHoñ 3aAann.

FLPN 9tom cJieAyeT HbieTb b bhay, ^to pe^b HAET He o Jintepa- TypoBeA^ecKOM aHajiH3e npon3BeAeHHH, Tan KaK ochobh3h 3aAa*ja nocoo6nn 3aKjnoqaeTCH b том, itoóm coAeñTBOBaTb

yr'ýÓJieHHOMy H3yieHHio HcnaHCKoro jiHTepaTypHoro H3biKa Ha MaTepnajiax pa3JiHHOH TpyAHOCpa, pa3JiMHbix TBopeqckix crajieH H HanpaBJieHHã.

MeTOAHKa paóóTbi npe^noJiaraeT cneAyioyme CTanbi: coómeHHe **npenoAaBaiejieM cBeAeHHã** 06 aBTope HJIH yerabiH **nepeBOA (nepexa3** Ha HcnaHCKOM **H3bwe) CTyAeHTaMH AaHHbix**, npHBCyehHbix B óHorpatpHqecKoñ cnpaBKe; **3aAaHHe** Ha KypcopHoe ^TeHHe **Bcero** oTpbBKa. **3aTeM** cTyueHTaM **npe/viarae-rcfl** oTBeTHTb **Ha** Bonpocbi oó **HAeiMoñ** HanpaBJieHHocrH, **coAep>**KaHHH, MaHepe **H3Jio>**KeHHfl npoHHTaHHoro OTpbBKa. npHMepHbie Bonpocbi **npHBeAeHbi** B cooTBeCTByioyieM **pa3Ae;ie** «ynpa>KHeHHH». **3aTeM cneAyeT HenocpeACTBeHHoe** MTeHHe H **nepeBOA noA** KOHTpoJieM **npenoAaBaTeJifl**, npn KopapoM pacKpHbaioTCH rpaMMaTHeCKHe H jieKqecKHe ocoóeHHoc™ TeKcTa. **LlpH** cToM **npenoAaBaTejifa** noMoraeT **yBH3aTb** pacMaTpbAeMbie HBJICHH c Teiw, MTO roBopH^ocb oTnocHT&JibHo **HAeñ-H OH HanpaBJieHHOCTH**, TBopeCKoro **CBoeoópa3HH**, MaHepbH **H3jio>**KeHHfl nHcaTeJiH.

ynpamHeHHH, **npeAJiaraeMbie cTyAeHTaM, acJIHTCH Ha TpeBHaa: Bonpocbi, cBH3aHHbie** c noHHMaHHeM TeKcra, ynpamHeHHH, HanpaBJieHHbie **Ha yBH3Ky** rpaMMapa^ecKHx H jieKqe^eckHX HBJieHHã c ocnobHoh **HAeñ** oTpbBKa HJIH **uejioo** **npOH3BeAeHHH**, H **nepeBOA. LlepeBOA** pacMaXpHbaeTCH **K&K 3aBepuiaioiHHH** H cHTTesnyioMHH **9Tan** paóóTbi, **KaK cpeACTBo KOHTpoJiH** noHHMaHHH TeKCTa. Pa3yMeerCH, **npHBeAeHHbie ynpxHeHHH** He **HeqepnbiBaioT Bcex B03M0JKHOCTeñ**, **npeAepBJITHer** MHX TeKCTOM, H aHajiH3 B K3>KAOM **cjiyqae uomer óBM> 3HaMHTeJibHO AonojmeH.**

B KOMMeHTapHHX, KOTOpbie **A3IOYCH K** HeKOTOpblM **TCKCTaM**, oó'bHqHHoTCH rJiaBHbIM oópa30M HCTopHecKHe H **reopacpH^eCKne** peaJiHH.

CocmaeumeAb

BENITO PÉREZ GALDÓS

/ Benito Pérez Galdós nació en Las Palmas el 10 de mayo de 1843^ En 1862 llegó a Madrid para cursar Leyes en LA Universidad. Desde 1865 comenzó a colaborar en los periódicos y revistas de la capital/ actuando al mismo tiempo en el seno del partido republicano. Sus convicciones polfíticas eran de índole democrática. La quinta revolución española produjo una impresión imborrable en el escritor. *[Su primera*, novela de éxito "La fontana de oro", que apareció en 1870, estaba íntimamente ligada a los acontecimientos revolucionarios de la década pasada/

Su obra, en la cual se reflejan sus ideas democráticas, "Los episodios nacionales", es un inmenso fresco de 46 tomos divididos en 4 series. La primera serie ("Trafalgar", "La Corte de Carlos IV", "El 19 de Marzo y el 2 de Mayo", "Bailen"; "Napoleón en Chamartín", "Zaragoza", "Gerona", "Cádiz", "Juan Martín El Empecinado", "La batalla de los Arapiles") fue escrita de 1873 a 1879. En estas novelas Galdós contrapone la realidad ignominiosa de la década del 70, en que el gobierno aplastó el movimiento revolucionario con crueldad y arbitrariedades, al poderoso impulso de vastas capas de la población española que asestó un golpe demoledor al ejército napoleónico. A la vez el autor.supo mostrar con extraordinaria maestría el abismo que separaba las clases gobernantes de las masas populares.

De carácter menos épico son las otras tres series, que abarcan la historia de España desde 1814 hasta el fin del siglo XIX.

Además de sus novelas históricas Benito Pérez Galdós escribió algunas obras sociales y de costumbres. Entre las

mejores novelas de este género se cuentan: "Doña Perfecta", "Gloria", "Fortunata y Jacinto" y otras, en las cuales se reveló su poder imaginativo y sus dotes del fino observador que desenmascara las atrasadas formas de la vida social española.

El famoso realista fue durante toda su vida enemigo implacable del oscurantismo, de la reacción, del feudalismo en todos sus aspectos.

Benito Pérez Galdós falleció en 1920. Los fragmentos que presentamos al lector son tomados de las novelas "Gerona" y "Juan Martín el Empecinado", en las cuales se habla de las gloriosas batallas de los años 1808—1809. Gerona es una ciudad de Cataluña que fue sitiada por el ejército napoleónico. La población de Gerona martirizada por el hambre dio muestras del sumo valor y abnegación defendiendo la ciudad natal.

La guerra de Independencia hizo destacar de las entrañas del pueblo español a los jefes militares capaces de llevar la guerra en el territorio ocupado por el enemigo.

La guerra se convirtió en la "guerrilla" en la que no se distinguieron los generales de profesión, sino los que destacaron las masas populares. Uno de los jefes de la guerrilla era Juan Martín el Empecinado que obtuvo más de una victoria, derrotando a los generales franceses de mérito.

En el fragmento colocado abajo el lector hallará un episodio que da a conocer al legendario jefe guerrillero.

El principio de la novela "Doña Perfecta" que les presentamos, nos muestra la lúgubre situación en que se hallaba el protagonista el Sr. Rey, después de bajar de coche en el apeadero de Villahorrenda.

JUAN MARTÍN EL EMPECINADO

V

Yo tenía suma curiosidad de ver al famoso *Empecinado*, cuyo nombre, lo mismo que el de Mina, resonaba en aquellos tiempos con estruendo glorioso en toda la Península, y a quien los más se representaban como héroe de los tiempos antiguos, resucitado en los nuestros como una prueba de la protección del Cielo en la cruel guerra, que sosteníamos. No tardé en satisfacer mi curiosidad, porque don Juan Martín salió de su alojamiento para visitar a los heridos que habíamos traído

desde Grajaneros. Cuando se presentó delante de su gente, advertí el gran entusiasmo y admiración que a ésta infundía, y puedo asegurar que el mismo Bonaparte no era objeto, por parte de los veteranos de su guardia, de un culto tan ferviente.

Era don Juan Martín un Hércules: de estatura poco más que mediana, organización hecha para la guerra, persona de considerable fuerza muscular, cuerpo de bronce, que encerraba la energía, la actividad, la resistencia, la contumacia, el arrojo frenético del Mediodía junto con la paciencia de la raza del Norte. Su semblante, moreno, amarillento, color propio de castellanos asoleados y curtidos, expresaba aquellas cualidades. Sus facciones eran más bien hermosas que feas, los ojos vivos, y el pelo, aplastado en desorden sobre la frente, se juntaba a las cejas. El bigote se unía a las cortas patillas, dejando la barba limpia de pelo, afeitado a la rusa, que ha estado muy en boga entre guerrilleros, y que más tarde usaron Zumalacárregui y otros jefes carlistas. .

Envolvíase en un capote azul que apenas dejaba ver los distintivos de su jerarquía militar, y su vestir era, en general, desaliñado y tosco, guardando armonía con lo brusco de sus modales. En el hablar era tardo y torpe, pero expersivo, y a cada instante demostraba no haber cursado en academias militares ni civiles. Tenía empeño en despreciar las formas cultas, suponiendo condición frívola y adamada en todos los que no eran modelo de rudeza primitiva y sí de carácter refractario a la selvática actividad de la guerra de montaña. Sus mismas virtudes y su benevolencia y generosidad eran ásperas como plantas silvestres que contienen zumos salúferos, pero cuyas hojas están llenas de pinchos. "

Poseía en alto grado el genio de la pequeña guerra, y después de Mina, que fue el Napoleón de las guerrillas, no hubo otro en España tan activo ni de tanta suerte. Estaba formado su espíritu con uno de los más visibles caracteres del genio castizo español, que necesita de la perpetua lucha para apaacantar su indomable y díscola inquietud, y ha de vivir disputando de palabra u obra para creer que vive. Al estallar la guerra se había echado al campo con dos hombres, como Don Quijote con Sancho Panza, y empezando por detener correos, acabó por destruir ejércitos. Con arte no aprendido supo y entendió desde el primer día la geografía y la estrategia, y hacía maravillas sin saber por qué. Su espíritu, como el de Bonaparte en esfera más alta, estaba por íntima organización instruido en la guerra y no necesitaba aprender nada.

Organizaba, dirigía, ponía en marcha fuerzas diferentes en combinación, y ganaba batallas sin ley ninguna de guerra; mejor dicho, observaba todas las reglas sin saberlo, o de la práctica instintiva hacía derivar la regla...

VI

No sé si por completo describí la persona de don Juan Martín, a quien nombraban el *Empecinado*, por ser tal mote común a los hijos de Castillo de Duero, lugar dotado de un arroyo de aguas negruzcas, que llamaban *pecina*. Si algo me queda por relatar, irá saliendo durante el curso de la historia que refiero; y como decía, señores, don Juan Martín salió de su alojamiento a visitar los heridos, y al regresar enviémos a mi compañero y a mí orden de que nos presentásemos a él.

Después de tenernos en pie en su presencia un cuarto de hora sin dignarse mirarnos, fija su atención en los despachos que redactaba un escribiente, nos preguntó:

— A ver, señores oficiales, díganme con franqueza qué les gusta más: ¿servir en los ejércitos regulares o en las partidas?

— Mi general — le respondí —, nosotros servimos siempre con gusto allí, donde tenemos jefes que nos den ejemplo de valor.

No nos contestó, y fijando los ojos en el oficio que torpemente escribía el otro a su lado, dijo con muy talante:

— Esos renglones están torcidos... ¡Qué dirá el General cuando tal vea! ...Pon muy claro y en letras gordas eso de *obedeciendo las órdenes de Vucencia...*, pues. Después los latines ... (porque estos principios son latines o boberías), pon: *participo a Vucencia y pongo en conocimiento de Vucencia*; pero son éstos muchos *vucencias* juntos...

El Empecinado se rascaba la frente buscando inspiración:

— Bueno; ponió de qualquier modo... Ahora sigue... *Que hallándonos en Ateca el general Duran y yo...* Animal, Ateca se pone con H...; eso es, *que hallándonos en Ateca resolvimos...*, está muy bien..., *resolvimos* con dos eres grandes a la cabeza..., así se entiende mejor..., *atacar a Calatayud...* Calatayud también se pone con H...; no, me equivoqué. ¡Maldita gramática!

Luego, volviéndose a nosotros, nos dijo:

— Aguarden ustedes un *tantico*, que estoy dictando el parte de la gran acción que acabamos de ganar.

Empren diéndola de nuevo con el escribiente, prosiguió así:

— ¡Si tú supieras de letras la mitad que aquel bendito escribano de Barrio-Pedro que nos mataron el mes pasado! Estas letras, gordas y claras, con un rasguito al fin, que dé vueltas, y los palos derechos... Cuidado con los puntos sobre las íes..., que no se te olviden...; ponlos bien redondos... Sigamos. *Yo (coma) no llevaba conmigo (coma) más que la mitad (coma) de la gente (dos comas)*.

— No son necesarias tantas comas — replicó con timidez el escribiente.

— La claridad es lo primero — dijo el héroe —, y no hay cosa que más me enfade que ver un escrito sin comas, donde uno no sabe cuando ha de tomar resuello. Bien; puedes *comearlo* como quieras... Adelante...; *porque había dejado en tierra de Guadalajara la división de don Antonio Sardina; pero Duran llevaba consigo toda su gente, y toda la de don Antonio Tabuena y don Bartolomé Amor (punto, un punto grande). Reuníamos entre todos cinco mil hombres...*

¿Hombres con h? Me parece que pone sin h... No estoy seguro. En el Infierno debe de estar el que inventó la *otografía*, que no sirve más sino para que los estudiantes y los gramáticos se rían de un general... Adelante: *Pues como iba diciendo a Vucencia...*; no, no; quita el *como iba diciendo...* eso no es propio, y pon: *el ventiséis de septiembre, entre dos luces, aparecimos Duran y yo sobre Calatayud y les sacudimos a los franceses tan fuerte paliza...*

— Eso de la paliza — dijo el escribiente mordiendo las barbas de la pluma —, no me parece tampoco muy propio.

— Hombre, tienes razón —, repuso el Empecinado rascándose la sien y plegando los párpados —. Pero es lo cierto que no sabe uno cómo decir las cosas para que tengan brío... En los oficios se han de poner siempre palabritas almibaradas, tales como *embestir, atacar, derrotar*, y no se puede decir *les sacudimos el polvo*, ni les *espachurramos*, lo cual, al decirlo, parece que le llena a uno la boca y el corazón. Escribe lo que quieras... Bien: *les embestimos, desalojándoles de la altura que llaman los Castillos, y pescando algunos prisioneros*.

Entusiasmado por el recuerdo de su triunfo, volvióse a nosotros, y con semblante vanaglorioso, nos dijo:

— Bien hecho estuvo aquello, señores. Si les hubiesen visto ustedes cómo corrían... Y eso que había mucha *diferencia* en las fuerzas. Ellos eran más... Pon eso también — añá-

dio, dirigiéndose al escribiente —, pon lo de la *diferencia...*, así está bien. Ahora sigue: *La guarnición se encerró en el convento fortificado de la Merced, y los mandaba un tal musiu Müller... Escribe con cuidado eso de musiu... se pone MOSIEURRE; muy bien... Ahora descansenos, y un cigarrito.*

Don Juan Martín nos dio a cada uno de los presentes un cigarrillo de papel y fumamos. Aunque habló por breve rato de asuntos ajenos a la acción de Calatayud, el general no podía apartar de su mente la comunicación que estaba redactando, y dijo a su amanuense:

— Vamos a ver. Adelante. *Pues como iba diciendo a Vucencia... No; eso no: ¡Maldita costumbre! Pon: Duran atacó el convento de la Merced, y como no tenía artillería, abrió minas...; en fin, para no cansar a vucencia, Duran los amoló.*

El escribiente, comiéndose otra vez las barbas de la pluma, miró al general con expresión dubitativa.

— Tienes razón — dijo *el Empecinado* —; pero si esta maldita lengua mía no sirve para nada... ¿Por qué no he de poder poner en un oficio *amolara, reventar, jeringar*, y otras voces que expresan la idea con fuerza? ... Y no me ha de estar usted plegando la boca como un señorítico para decir *nuestra ala izquierda hizo retroceder al enemigo*, y otras pamemas que están bien en labios de damiselas y abates verdes. Pon que Duran derrotó a los franceses y se zampó dentro del convento, y escribe el vocablo que quieras, que una de dos: o dejamos las armas para aprender la gramática y las retóricas, o *hemos* de escribir lo que sabemos. Adelante. Ahora, letra muy clara y redondita y bien comeado el párrafo. Oye bien. *Mientras Duran se cubría de gloria en la Merced* (esto sí está bien parlado y no lo criticaran los bobos del Ejército), *yo me fui con mi gente al puerto del Fresno, maliciándome* (no, *maliciándome*, no), *sospechando que el francés de Zaragoza vendría por allí con ojepto* (muy clarito eso de *ojepto*, que es palabra breja peliaguda) *de auxiliar al de Calatayud...* (auxiliar, con X grande, que se vea bien), *y, en efecto, Ezcelentísimo señor, el primero de octubre apareció una columna francesa a la cual escabeché...* No; ya se han reído mucho otra vez porque dije *escabechar...* ¡Como si hubiera en castellano alguna otra palabra para expresar lo que quiere decir esta!... *En fin, para no cansar a Vucencia, desbaratamos la columna, matándole mucha gente y cogiendo muchos prisioneros, entre ellos el coronel Mosiurre* (muy clarito eso) *Guillot...* Ahora se añadirá lo de Grajaneros, y que conseguido nuestro fin, Duran se retiró por un lado, y yo por otro, y me vine a la

sierra, donde espero las órdenes de Vucencia. *Dios guarde a Vucencia...* Vamos, Recuenco, pronto, ponlo en limpio, lo firmaré y se llevará al momento... Letra clara y hermosa.

Concluyó al fin Recuenco, que así llamaban al escribiente, el oficio, que firmó don Juan Martín con nombre y apellido, acompañados de una rúbrica harto adornada de rasgos, y luego se cerró con las obleas rojas para enviarlo a su destino. Satisfecho el héroe de su obra, no se ocupó más del asunto, y departió un rato con nosotros, demostrándonos confianza suma.

Comentario

Juan Martín Díaz el Empecinado — guerrillero español (1775—1825) que luchó en la guerra de Independencia.

Ejercicios

I. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿Cuáles son los rasgos del guerrero que subraya el autor en el retrato de su héroe? — 2. ¿Cómo se armonizan las cualidades morales de Juan Martín y su modo de vestir y actuar? — 3. ¿Cuáles son las reglas que intenta seguir el Empecinado redactando el parte?

II. Explíquese el papel sintáctico del infinitivo en las oraciones que lo contienen.

III. a) Compárese la sintaxis del trozo del capítulo V con la del capítulo VI.

b) Compárese la sintaxis de las oraciones que forman el parte y la del habla de Juan Martín.

IV. Nótese construcciones perifrásticas en el texto y explíquese su uso.

V. Nótese construcciones absolutas y conjuntas en el texto.

VI. a) Determínese la diferencia semántica de las palabras siguientes:

Asoleado y curtido; desaliñado y tosco; tardo y torpe; frívolo y adamado; benevolencia y generosidad; hablar y parlar; maliciar y sospechar; entrar y zamparse; pamemas y boberías.

b) Examínese el uso de dichas palabras en el texto.

VII. Compárense las acepciones de las palabras y de las unidades fraseológicas siguientes:

atacar — escabechar — desbaratar la columna
derrotar — amolar — destruir ejército
reventar — embestir — sacudir la paliza
despachurrar — sacudir el polvo

VIII. Fórmense las frases con las unidades fraseológicas:

Estar en boga; no tardar en hacer algo; echar al campo, sacudir la paliza; acabar de hacer algo; cuidar con algo; tomar resuello; estar entre dos luces; cubrirse de gloria.

IX. Nómbrense las unidades fraseológicas que conoce con los verbos:

echar, tomar, servir.

X. Fórmense 5 oraciones impersonales con el pronombre *uno*.

(GERONA

XI

Los franceses, escarmentados con la vigorosa y nunca vista defensa del 19 de septiembre, mediante la cual se estrellaron contra todos los puntos de la muralla que quisieron franquear, no se atrevían al asalto. Tenían miedo, dicho sea sin petulancia; conocían la imposibilidad de abrir las puertas de Gerona por la fuerza de las armas, y se detuvieron en su línea de bloqueo con intención de matarnos de hambre. El 26 de septiembre llegó al campo enemigo el mariscal Augereau, el cual dicen se había distinguido en las guerras de la República y en el Rosellón; trajo consigo más tropas, las cuales, poniéndonos por todos lados cerco muy estrecho, nos encerraron de modo que no podría entrar ni una mosca. No necesito decir a ustedes que los pocos víveres que había se fueron acabando hasta que no quedó nada, sin que el Gobernador diera a esto importancia aparente, pues cada hora se sostenía más en su tema de que Gerona no se rendiría mientras él viviese, y aunque media población sucumbiera a las penas del hambre y a las calenturas que se iban desarrollando al compás de no comer.

Ya no era posible pensar en socorros, como no vinieran por los aires. Ya no teníamos el triste recurso de buscar la muerte en las murallas, porque ellos no se cuidaban de asal-

tarlas; era forzoso cruzarse de brazos y dejarse morir mirando la efigie impasible de don Mariano Alvarez, cuyos ojos vivos no paraban nunca, observando aquí y allá nuestras caras, por ver si alguna tenía trazas de desaliento o cobardía. Estábamos moralmente aprisionados entre las garras de acero de su carácter, y no nos era dado exhalar una queja ni un suspiro, ni hacer movimiento que le disgustara, ni dar a entender que amábamos la libertad, la vida, la salud. En suma le teníamos más miedo que a todos ejércitos franceses juntos.

TMorir en la brecha es no sólo glorioso, sino hasta cierto punto placentero. La batalla emborracha como el vino, y deliciosos humos y vapores se suben a la cabeza, borrando en nuestra mente la idea del peligro, y en nuestro corazón el dulce cariño de la vida; pero morir de hambre en las calles es horrible, desesperante, y en la tétrica agonía ningún sentimiento consolador ni risueña idea alborozan el alma, irritada y furiosa contra el mísero cuerpo que se les escapa. En la batalla, la vista del compañero anima; en el hambre, el semejante estorba. Pasa lo mismo que en el naufragio: se aborrece al prójimo porque la salvación sea tabla, sea pedazo de pan, debe repartirse entre muchos.)

Llegó el mes de octubre, y se acabó todo, señores, acabáronse la harina, la carne, las legumbres. No quedaba sino algún trigo averiado que no se podía moler. ¿Por qué no se podía moler? Porque nos comimos las caballerías que movían los molinos. Se pusieron hombres; pero los hombres, extenuados de hambre, se caían al suelo. Quedaba el recurso de comer el trigo como lo comen las bestias: crudo y entero. Algunos lo machacaban entre dos piedras y hacían tortas, que cocían en el rescoldo de los incendios. Aún quedaban algunos asnos; pero se acabó el forraje, y entonces los animalitos se juntaban de dos en dos y se mantenían comiéndose mutuamente sus crines. Fue preciso matarlos antes que enflaquecieran más, y al fin la carne de asno, que es la más desabrida de las carnes, se acabó también. Muchos vecinos habían sembrado hortalizas en los patios de las casas, en tiestos y aun en las calles; pero las hortalizas no nacieron. Todo moría, Humanidad y Naturaleza; todo era esterilidad dentro de Gerona, y empezó una guerra espantosa entre los diversos órdenes de la vida, destruyéndose de mayor a menor. Era una guerra a muerte en la animalidad hambrienta, y si junto al hombre hubiera existido un ser superior, nos hubiéramos visto cazados y engullidos\

Yo padecía las más cruelé^^penas, no sólo por mí, sino

por la infeliz Siseta y sus tres hermanos, que carecían absolutamente de todo. Los chicos eran al principio los mejores librados, porque ellos salían a la calle, y merodeando o husmeando aquí y allá, siempre sacaban alguna cosa; pero Siseta, la pobre Siseta, no, tenía más amparo que yo, y yo me volvía loco para buscarle sustento. Había, sí, algunos víveres en la plaza, y se encontraban pececillos del Oñá, que más que peces parecían insectos, y pájaros escuálidos que eran cazados desde los tejados; también había alguna carne de mulo y de perro; pero para adquirir estos artículos se necesitaba dinero, mucho dinero, y nosotros, no teníamos. La ración de trigo seco había llegado a sernos tan repugnante como un veneno.

Don Pablo Nomdedéu gastaba todos sus ahorros para poner a su hija una mala comida, y fue de los que dieron por una gallina dieciséis ó veinte pesos cuando algún payés, afrontando mil peligros y venciendo obstáculos mil, lograba entrar en la plaza. En los días de la gran escasez, la señora Sumta no bajaba a casa de Siseta, y los chicos se secaban los ojos mirando a la escalera por ver si descendía por ella algo de maná. Llegó también el día en que Badoret, Manalet y Gasparó se cansaron de sus correrías por las calles, porque de todas partes eran expulsados los muchachos vagabundos, por la mala opinión que había respecto a la limpieza de sus manos. Flacos y casi desnudos, mis tres hermanos o mis tres hijos, pues como a tales los traté siempre, inspiraban profunda compasión, y formando lastimero grupo junto a Siseta, permanecían largas horas en silencio, sin juegos ni risas, tan graves como ancianos decrepitos, inertes y quebrantados, sin más apariencia de vida que el resplandor de sus grandes ojos negros, llenos de ansioso afán. Siseta los miraba lo menos posible, deseando así conservar la calma que se había impuesto como un deber, y hasta se atrevía a mostrar severidad, creyendo equivocadamente que en tal trance la fuerza moral servía de alguna cosa.

Yo estuve tres días sin verlos, porque mis obligaciones me impedían ir a la casa. Cuando fui encontrélos en la situación que he descrito.

Desde luego, admiré la entereza de los pobres niños, bastante inteligentes para no importarnos pidiéndonos lo que sabían no podríamos darles. Únicamente Gasparó comiéndose sus puños y bebiéndose sus lágrimas, faltaba a la circunspección sostenida por sus hermanos. Llegó un momento en que Siseta, no pudiendo contener su dolor, empezó a llo-

rar amargamente, registrando después los últimos rincones de la casa por ver si aparecía de milagro alguna vianda. Yo salí, volví a entrar, salí de nuevo y regresé, después de dar mil vueltas, con la terrible evidencia de que no podía encontrar nada.

Repentinamente me ocurrió una idea salvadora.

— Siseta — dije a mi amiga —, hace días no veo a *Pichóla*; pero supongo que estará por ahí con sus tres gatitos.

— ¡Oh! — me respondió con dolor —. ¿No sabes que el señor don Pablo ha acabado con toda la familia? ¡Pobre *Pichota*! El dice que es una carne excelente; pero yo creo que moriría de hambre antes de comerla.

— ¿Ha muerto *Pichóla*? No sabía nada. ¿Y también los tres angelitos?...

— No te lo quería decir. En estos últimos días que has faltado de casa, don Pablo bajaba con frecuencia. Un día se me puso delante, de rodillas, rodándome que le diera algo para su hija, pues ya no tenía víveres ni dinero para comprarlos. Cuando esto me decía, uno de los gatitos me saltó al hombro, y don Pablo, echándole mano con mucha presteza, se lo guardó en el bolsillo. Al día siguiente bajó de nuevo y me ofreció los muebles de su sala si le daba otro de los hijos de *Pichóla*; y sin aguardar mi contestación entró en la cocina, después en el cuarto oscuro, púsose en acecho, y lo mismo que un gato caza al ratón, así cazó él al gato. Cuando salí tuve que curarle los arañazos que en la cara traía. El tercero pereció de la misma manera, y después de esto *Pichóla* ha desaparecido de la casa, tal vez por haber comprendido que no está segura.

Comentario .

Augereau — el mariscal de ejército napoleónico, que tomó por asalto la ciudad de Gerona en el diciembre de 1809, participó, siendo general, en las guerras que llevó el Ejército Pirenaico de la Convención francesa (1793—1795) en el Rossellón, la región meridional de Francia extendida en Pireneos.

Ejercicios

- I. a) Descríbase la situación en que se hallaba la ciudad de Gerona.
- b) Trácese un plan del capítulo presentado. ¿Cuántas partes se puede identificar en el capítulo?

- II. Nótese construcciones con el gerundio. Analícenselas desde el punto de vista de la acción expresada por el verbo.
- III. Indíquense giros impersonales en el texto del capítulo. Explíquese su importancia estilística en el texto.
- IV. Nótese acepciones de las palabras:
franquear, faltar, tratar, ocurrir, vecino, pena, orden, campo.
- V. Sustituyanse las unidades fraseológicas por los giros sinónimos:
ponerse en acecho; secarse los ojos mirando; volverse loco; volver a hacer algo; tener miedo; poner cerco; dar importancia a algo; exhalar una queja.
- VI. Hállense antónimos a las acepciones de las palabras:
sucumbir, escarmentar, desesperante, tétrico, desabrido, extenuado, escuálido.
- VII. Nótese comparaciones alegóricas en el texto.
- VIII. Tradúzcase el texto.

DONA PERFECTA

I

¡Villahorrendal... [Cinco minutos]

Cuando el tren mixto descendente número 65 (no es preciso nombrar la línea) se detuvo en la pequeña estación situada entre los kilómetros 171 y 172, casi todos los viajeros de segunda y tercera clase se quedaron durmiendo o bostezando dentro de los coches, porque el frío penetrante de la madrugada no convidaba a pasear por el desamparado andén. El único viajero de primera que en el tren venía bajó apresuradamente, y dirigiéndose a los empleados, preguntóles si aquél era el apeadero de Villahorrenda. (Este nombre, como otros muchos que después se verán, es propiedad del autor.)

— En Villahorrenda estamos — repuso el conductor, cuya voz se confundió con el cacarear de las gallinas que en aquel momento eran subidas al furgón —. Se me había olvidado llamarle a usted, Sr. de Rey. Creo que ahí le esperan con las caballerías.

— ¡Pero hace aquí un frío de tres mil demonios! — dijo el viajero envolviéndose en su manta —. ¿No hay en el apea-

dero algún sitio donde descansar y reponerse antes de emprender un viaje a caballo por este país de hielo?

No había concluido de hablar, cuando el conductor, llamado por las apremiantes obligaciones de su oficio, marchóse, dejando a nuestro desconocido caballero con la palabra en la boca, ¡Vio éste que se acercaba otro empleado con un farol pendiente de la derecha mano, el cual moviase al compás de la marcha, proyectando geométricas series de ondulaciones luminosas. La luz caía sobre el piso del andén, formando un zig-zag semejante al que describe la lluvia de una regadera.

— ¿Hay fonda o dormitorio en la estación de Villahorrenda? — preguntó el viajero al del farol.

— Aquí no hay nada — respondió éste secamente, corriendo hacia los que cargaban y echándoles tal rociada de votos, juramentos, blasfemias y atroces invocaciones, que hasta las gallinas, escandalizadas de tan grosera brutalidad, murmuraron dentro de sus cestas.

— Lo mejor será salir de aquí a toda prisa — dijo el caballero para su capote —. El conductor me anunció que ahí estaban las caballerías^

Esto pensaba, cuando sintió que una sutil y respetuosa mano le tiraba suavemente del abrigo. Volvióse y vio una oscura masa de paño pardo sobre sí misma revuelta, y por cuyo principal pliegue asomaba el avellanado rostro astuto de un labriego castellano. Fijóse en la desgarrada estatura, que recordaba al chopo entre los vegetales; vio los sagaces ojos, que bajo el ala de ancho sombrero de terciopelo raído resplandecían; vio la mano morena y acerada, que empuñaba una vara verde, y el ancho pie que, al moverse, hacía sonajear el hierro de la espuela.

— ¿Es usted el Sr. D. José de Rey? — preguntó, echando mano al sombrero.

— Sí; y usted — repuso el caballero con alegría —, será el criado de Doña Perfecta, que viene a buscarme a este apeadero para conducirme a Orbajosa.

— El mismo. Cuando usted guste marchar... la jaca corre como el viento. Me parece que el Sr. D. José ha de ser buen jinete. Verdad es que a quien de casta le viene.

— ¿Por dónde se sale? — dijo el viajero con impaciencia —. Vamos, vamos de aquí, señor... ¿Como se llama usted?

— Me llamo Pedro Lucas — respondió el del paño pardo, repitiendo la intención de quitarse el sombrero —; pero me llaman el tío Licurgo. ¿En dónde está el equipaje del señorito?



— Allí bajo el reloj lo veo. Son tres bultos. Dos maletas y un mundo de libros para el Sr. D.Cayetano. Tome usted el talón.

Un momento después, señor y escudero hallábanse a espaldas de la barraca llamada estación, frente a un caminejo que, partiendo de allí, se perdía en las vecinas lomas desnudas, donde confusamente se distinguía el miserable caserío de Villahorrenda. Tres caballerías debían transportar todo: hombres y mundos. Una jaca de no mala estampa era destinada al caballero. El tío Licurgo oprimiría los lomos de un cuartago venerable, algo desvencijado, aunque seguro, y el macho, cuyo freno debía regir un joven zagal, de piernas listas y fogosa sangre, cargaría el equipaje.

Antes de que la caravana se pusiese en movimiento, partió el tren, que se iba escurriendo por la vía con la parsimoniosa cachaza de un tren mixto. Sus pasos, retumbando cada vez más lejanos, producían ecos profundos bajo tierra. Al entrar en el túnel del kilómetro 172, lanzó el vapor por el silbato, y un aullido estrepitoso resonó en los aires. El túnel, echando por su negra boca un hálito blanquecino, clamoreaba como una trompeta: al oír su enorme voz, despertaban aldeas, villas, ciudades, provincias. Aquí cantaba un gallo, más allá otro. Principiaba a amanecer.

Ejercicios

I. Caracterícese el apeadero adonde ha llegado el viajero.

II. Hágase el retrato del tío Licurgo.

III. Explíquense las particularidades de la lengua hablada que se encuentran en el texto.

IV. ¿Qué capas léxicas se puede identificar en el fragmento?

VJ Explíquese la diferencia entre los sinónimos:

Pensar — idear, meditar, cogitar, imaginar, reflexionar, examinar, considerar, creer, sospechar.

Sutil — delicado, delgado, fino, ligero, impalpable.

Respetuoso — obsequioso, reverenciado, reverente.

Suave — pulido, blando, liso, muelle, dulce, quieto, manso.

Abrigo — amparo, sostén, asilo, tutela, refugio, protección.

Pardo — oscuro, terroso, sombrío.

Obscuro — confuso, ensombrecido, misterioso, sombrío, tenebroso, turbio.

Pliegue — frunce, tabla, dobladura, arruga.

Fijarse — establecerse, determinarse, decidirse, resolverse, sujetarse, afirmarse, asentarse.

Sagaz — astuto, ladino, perspicaz, previsor, prudente.

Raído — usado, ajado, gastado, deslucido, rozado, trazado, descarado, desvergonzado, fresco, libre.

Resplandecer — brillar, relucir, rielar, lucir, fulgurar, irradiar, relampaguear, centellear.

Moreno — atezado, bazo, tostado.

Acerado — agudo, puznante, afilado, duro, resistente.

Empuñar — coger, asir, apretar, lograr.

Vara — bastón, garrocha, palo, pértiga, pica, varapalo.

VI. Fórmense las frases con las expresiones:

dejar a uno con la palabra en la boca; decir para su capote; rociada de votos; salir a toda prisa; una cosa de no mala estampa.

VII. Fórmense las palabras derivadas de:

emprender, espalda, caminejo, oprimir, partir, producir.

VIII. Indíquense las acepciones que tiene el verbo echar en las oraciones:

1. ...echándoles tal rociada de votos... — 2. ¿Qué edad le echas? — 3. Échese por favor las coplas populares. — 4. Mi amigo se echó por el atajo para llegar más pronto. — 5. Entre tanto echamos un cigarro y platicamos con mucho gusto. — 6. La estudiante echó a la espalda las palabras del profesor. — 7. Se echa de ver que alguien está ausente. — 8. Pasados días eché de menos a un vecino.

IX. Hállense todas las acepciones de las palabras:

perder, mundo, clase, tren, coche, llamar, esperar, piso, estación, frente, vecino, freno, cargar.

X. Tradúzcase el texto.

EL CARBONERO

Célebre novelista español nació en San Sebastián en 1872. Graduóse de licenciado en Medicina en Madrid, a la vez que escribía artículos en periódicos de Madrid y algunas provincias norteñas. Su primer libro aplaudido por la crítica fue "Vidas sombrías" (1900), al que siguieron: "La casa de Aizgorri" (1900), "Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox" (1901), "Camino de perfección" (1902), "El mayorazgo de Labraz" (1903), "Idilios vascos" (1902), "Mala hierba" (1904), "Aurora roja" (1904), "Los últimos románticos" (1906), "La dama errante" (1908), "Ciudad de la niebla" (1909), "El árbol de la ciencia", "Así es el mundo" (1925), "El gran torbellino del mundo" (1926), "Memorias de un hombre de acción" (1913—1935). Pío Baroja es uno de los mejores y más fecundos novelistas españoles del siglo XX. En 1944 comenzó la publicación de sus memorias "Desde la última vuelta del camino" (6 volúmenes) aparecidas en 1944—1948, y en 1950 inició la publicación de una nueva trilogía "El cantor vagabundo", la cual no pudo terminar a causa de su muerte sucedida en 1956.

Pío Baroja heredó las tendencias realistas de la literatura del siglo XIX rechazando más de una vez las teorías del "arte por el arte" que estaban en boga en aquel entonces. Con extraordinaria fuerza artística reveló Pío Baroja las plagas de la vida cotidiana y los vicios sociales del país.

Los textos presentados abajo pertenecen a distintos géneros de la obra barojiana. El primero es un cuento tomado de la colección de narraciones "Cuentos vascos" y el segundo, un fragmento de la novela "Aurora Roja."

En la serie de "Cuentos vascos" pinta el autor la naturaleza de su país natal, relata las costumbres, leyendas vascuencas.

En el fragmento de la novela "Aurora Roja" el autor describe un mitin de anarquistas. Con mucha ironía subraya el autor la locuacidad de los jefes anarquistas, sus frases ultrarrevolucionarias, la demagogia de sus arengas. La historia ha comprobado la sentencia de Pío Baroja contra el anarquismo: en los años de la Guerra Nacional Revolucionaria los anarquistas traicionaron la causa trabajadora.

Se despertó Garráiz y salió de la choza; tomó el sendero que corría por el borde mismo del precipicio y bajó a un descampado del monte, en donde iba a preparar un horno de carbón.

Comenzaba el día; pálidos resplandores iban surgiendo en el Oriente; como hebras de oro en un mar sombrío se destacaban los primeros rayos del sol al herir las nubes.

Sobre los valles se extendía la niebla compacta y densa, como un sudario gris que se agitara con el viento.

Garráiz comenzó su trabajo. Empezó por recoger los troncos de leña más gruesos que había en el suelo formando montones, y los colocó circularmente, dejando un vacío en el centro; luego fue poniendo otros más delgados sobre aquéllos, y sobre éstos, otros, y así continuó su obra, silbando un principio de canción que nunca concluía, sin sentir la soledad y el silencio que dominaban en el monte.

Mientras tanto, el sol ascendía y la niebla comenzaba a rasgarse; aquí se presentaba un caserío en medio de sus heredades, como ensimismado en su tristeza; allá, un campo de trigo ya amarillento que tenía sus olas como un pequeño mar; en las cumbres, las aliagas doradas brotaban entre las rocas y parecían rebaños que subían por el monte. Tendiendo la vista, lejos se veía un laberinto de montañas, como si fueran olas inmensas de un mar solidificado; en unas, la espuma parecía haberse trocado en la piedra calcárea que las coronaba; otras montañas eran redondas, verdes, oscuras, como las olas del interior del mar.

Garráiz seguía trabajando y cantando su canción. Esa era su vida: apilar leña, cubrirla luego heléchos y barro, y después pegarla fuego. Esa era la vida; no conocía otra.

Llevaba algunos años de carbonero. Tenía veinte, aunque él no sabía punto fijo los años que contaba.

^ Cuando la sombra de una cruz de hierro que estaba clavada en la parte más alta del monte venía a dar en el sitio en que él trabajaba, Garráiz abandonaba su faena, e iba a comer a una borda, en donde la mujer del contratista les daba de comer a los carboneros.

Aquel día, como los demás, Garráiz bajó por una senda a la hondonada en que se veía la borda, una borda tosca de piedra, con una puerta y dos estrechas ventanas.

— Buenos días — dijo al entrar.

— ¡Hola, Garráiz! — le contestaron de dentro.

Se sentó junto a una mesa, y esperó; una mujer le acercó un plato, y virtió en él el contenido de una olla que sacó de la lumbre. El carbonero comenzó a comer sin hablar nada, echando de cuando en cuando pedazos de pan de maíz a un perro que bullía entre sus piernas.

La mujer de la borda le contempló un momento, y después le dijo:

— Garráiz, ¿sabes lo que decían ayer en el pueblo?

— No.

— Decían que tu prima Vicenta, tu novia, la que está en la ciudad, va a casarse.

Garráiz levantó los ojos con indiferencia, y siguió comiendo.

— Otra cosa peor me han dicho a mí — añadió uno de los carboneros.

I — ¿Qué? — preguntó Garráiz.

V — Que el hijo de Antón y tú habéis caído soldados.

Garráiz no replicó; pero su cara adusta se oscureció más. Se levantó de la mesa, llenó un cubo con brasas de la lumbre y volvió al sitio donde trabajaba; arrojó el fuego por el agujero del vértice del horno, y cuando vio las espirales de humo que comenzaban a salir lentamente, se sentó en el suelo al borde mismo del precipicio. No, no sentía ni tristeza ni cólera porque su novia se casara; le era indiferente; lo que le exasperaba, lo que llenaba su espíritu de una rabia sombría, era el pensar que le iban a arrancar de su monte aquellos de la llanura, a quienes no conocía, pero a quienes odiaba.

— ¿Por qué — se preguntaba él —, iba a obligarle nadie a salir de allí? ¿Por qué iba a defender a nadie cuando no le defendían a él? Y, sombrío e iracundo, empujaba con el pie los grandes piedras del borde del precipicio y las veía caer en el vacío, saltando aquí, rodando allá, arrancando arbustos, hasta desaparecer e irse al fondo del derrumbadero.

Cuando las llamas rompían la coraza de barro y de hierbas que la sujetaban, Garráiz cogía su larga pala e iba tapando con barro los boquetes hechos por el fuego.

\\ Y se deslizaban las horas, siempre iguales, siempre monótonas; la noche se acercaba, el sol descendía con lentitud entre nubes rojas, y el viento del anochecer comenzaba a balancear las copas de los árboles.

Se oía ese grito de los pastores para llevar al aprisco las ovejas, que parece una carcajada, larga y estridente; se en-

tablaban diálogos entre las hojas y el viento; los hilos de agua al correr por entre las peñas resonaban en el silencio del monte como voces del órgano en la nave solitaria de una iglesia. "S

Y la noche avanzaba y las sombras en masa subían del valle. Densas humaredas se escapaban del horno y a veces montones de chispas.

Garráiz contemplaba el abismo que se extendía ante él, y, sombrío y taciturno, enseñaba el puño a aquel enemigo desconocido que tenía poder sobre él, y, para manifestarle su odio, tiraba hacia la llanura las grandes piedras del borde del precipicio.

Ejercicios

I. a) Formúlese la idea principal del cuento.

b) Descríbase el paisaje del contorno.

c) Hágase el retrato de Garráiz.

II. Búsquense los sinónimos de las palabras siguientes.

Explíquese la diferencia entre los sinónimos hallados: choza, precipicio, monte, preparar, comenzar, pálido, surgir, sombrío, grueso, suelo, colocar, obra, dominar, concluir.

III. Analícense las construcciones perifrásticas siguientes.

Explíquense otras construcciones perifrásticas que se encuentran en el texto:

1. Pálidos resplandores iban surgiendo en el Oriente.

2. Garráiz... iba tapando... los boquetes...

3. Garráiz seguía trabajando y cantando su canción.

IV. Explíquense:

a) El uso del artículo en la oración: "...se veía la borda, una borda tosca de piedra..."

b) El uso de la preposición doble en la oración: "...los hilos de agua al correr por entre las peñas resonaban..."

V. Tradúzcase por escrito el fragmento desde el principio del cuento hasta "—Buenos días — dijo al entrar."

VI. Tradúzcase oralmente todo el fragmento.

AURORA ROJA

Iba llenándose el teatro; entraban obreros endomingados con sombrero hongo, otros de blusa y gorra, andrajosos y su-

cios. En las plateas se instalaban algunos que parecían capaces, con sus mujeres y chicos, y en un palco del proscenio había unos cuantos escritores o periodistas, entre los que se señalaba un hombre con el pelo rojo y la barba también roja, en punta. Entró el *Libertario* en el teatro y se acercó a saludar a Manuel. Este le presentó a la Salvadora.

— ¡Salud, compañera! — dijo el *Libertario*, estrechándole la mano.

— ¡Salud! — contestó ella, riendo.

— La conocemos a usted mucho — añadió el *Libertario* —; éste y su hermano no saben más que hablar de usted.

La Salvadora sonrió y se turbó un tanto.

— ¿Y qué, vas a hablar? — le preguntó Manuel al *Libertario*.

— Eso quieren; pero no me hace gracia. Si los pudiera convencer de que no... Yo no sirvo para orador.

Luego se apoyó en una butaca, de espaldas al escenario, miró hacia atrás y añadió:

— ¡Que pocos son los que tienen caras de persona!, ¿eh?

La Salvadora y Manuel volvieron la cabeza. La verdad que ninguno de los tipos tenía mucho que celebrar. Había rostros irregulares, angulosos, de expresión brutal, frentes estrechas y deprimidas, caras amarillas o cetrinas, mal barbadas, llenas de lunares; cejas torvas bajo las cuales brillaba una mirada negra. Y sólo de trecho en trecho alguna cara triste, plácida, de hombre ensimismado y soñador...

— ¡En qué pocas miradas hay algo de inteligencia, y sobre todo en qué pocas hay bondad! — añadió el *Libertario* —. Aires solemnes, graves, tipos de orgullosos y de farsantes... La verdad es que con esta raza no se va a ninguna parte. Bueno; me voy al escenario. ¡Salud, compañeros!

— Salud.

Estrechó la mano de la Salvadora, dio una palmada en el hombro de Manuel y se fue.

Se encendió la batería de las candilejas. El presidente, un viejo de barba blanca, que estaba sentado entre Prats y un obrero enfermizo, pálido, de mirada vaga, hizo sonar la campanilla y se levantó. Dijo unas cuantas palabras, que no se oyeron, y concedió la palabra a uno de los oradores.

Inmediatamente, uno de los que se hallaban sentados en el fondo del escenario avanzó hasta colocarse delante de la mesa, llenó un vaso de agua, bebió un sorbo y...

— ¡Compañeros! — dijo.

A pesar de las amonestaciones del presidente, que reclamó

silencio, al orador no se le entendió gran cosa, parte por el ruido que el público hacía al entrar, y parte por la monotonía del discurso, que debía de estar aprendido de memoria y recitado. Al terminar se le aplaudió y se fue.

Después vino un viejecillo, cogió la botella muy pausadamente, llenó el vaso de agua, se caló unas antiparras, dejó sobre la mesa un paquete de periódicos y comenzó a hablar.

Era, sin duda, el compañero un señor muy metódico y prudente, porque no decía una palabra sin referirse a lo que había publicado este o el otro periódico. A cada paso leía trozos con una lentitud desesperante. El público, aburrido, hablaba en voz alta, y algunos chuscos en el gallinero relinchaban con gran maestría.

Dijo el viejecillo que era zapatero y contó cosas interesantes de la gente de su oficio, siempre documentándose. Cuando concluyó hubo en todo el mundo un suspiro de alivio.

Tras del viejo se presentó un joven de gran levita y cuello almidonado muy alto. Era un periodista desconocido, que indudablemente trataba de pescar algo en las turbias aguas del anarquismo.

El público, que había acogido con indiferencia a los dos primeros oradores, rompió a aplaudir a las primeras frases que pronunció el joven de la levita.

En su discurso, enfático, petulante, hueco, barajó términos científicos de sociología y de antropología.

En la actitud de aquel joven siempre había algo así como un reto. A cada instante parecía decir a los cuitados del público.

•— ¡Ya veis que llevo levita!, ¡que llevo sombrero de copa!, ¡que soy hombre ilustrado!; pues ¡asombraos!, ¡admiradme! He descendido hasta vosotros. Me he identificado con vosotros.

Puesto en el camino de las jactancias, el joven de la levita dijo que despreciaba a los políticos porque eran unos asnos; despreciaba a los sociólogos que no se afiliaban a la anarquía porque eran unos ignorantes ... despreciaba a todo el mundo, y cada baladronada de éstas era acogida por los papanatas del público con estrepitosos aplausos.

El acogía los aplausos con cierto gestillo desdeñoso del hombre a quien le convencen en su casa de que tiene mucho talento.

Para final de su oración, el joven enlevitado hizo una frase de latiguillo.

— Al poder de las armas — dijo — opondremos nosotros

nuestra austeridad; si ésta no basta, a las armas contestaremos con las armas, y si la fuerza del Gobierno quiere arrollarnos y exterminarnos, recurriremos al poder destructor de la dinamita.

Después de esta frase, que fue coreada por los bravos y los aplausos del público, el enlevitado, muy derecho, como si llevara en la cabeza el *Sancta sanctorum* de la anarquía, se retiró con cierto aire displicente de hombre no comprendido.

Después de éste habló el *Libertario*. La sala había quedado emocionada con las frases campanudas y huecas del periodista, y la voz algo parda y confusa del *Libertario* no se llegó a oír; habló de la miseria, de los niños anémicos y, viendo que no le hacían caso, cortó el discurso y se fue, sin que nadie se ocupara de él. Manuel aplaudió, y el *Libertario* se echó a reír, encogiéndose de hombros.

Ejercicios

- I. Nótese los verbos denominativos (los que están formados a base del nombre: sustantivo o adjetivo).
- II. Señálense los sufijos de los sustantivos en el texto. Indíquense entre éstos los que dan a la palabra un matiz de aprecio del autor.
- III. Substituyanse las palabras y expresiones en cursiva por los giros sinonímicos:
 1. *Iba llenándose* el teatro; entraban obreros *endominguados*... — 2. *Dijo unas cuantas palabras*, que no se oyeron, y *concedió la palabra a uno de los oradores*. — 3. Inmediatamente, uno de los que *se hallaban sentados* en el fondo del escenario... — 4. ...cogió la botella *muy pausadamente*... — 5. *Se caló unas antiparras, dejó sobre la mesa* un paquete de periódicos y *comenzó a hablar*... — 6. *A cada paso* leía trozos con una *lentitud desesperante*. — 7. Era un periodista desconocido, que *Indudablemente trataba de pescar algo en las turbias aguas del anarquismo*. — 8. *Yo no sirvo para orador*.
- IV. Indíquese la acepción que tienen en el fragmento las palabras siguientes y otras acepciones posibles de las mismas:

parte, fondo, aire, bravo, derecho, oración, actitud, romper, palmada, batería, hallarse, calar, gallinero, servir, poder.
- V. Tradúzcase el fragmento oralmente.
- VI. Tradúzcase por escrito desde el principio del fragmento hasta "Tras del viejo se presentó..,"

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Vicente Blasco Ibáñez nació en Valencia el 29 de enero de 1867 y desde muy joven se metió de cabeza en el movimiento social de aquel entonces. Después de haber terminado en 1883 el colegio y haber pasado una breve temporada en Madrid, Ibáñez reside en Valencia, donde en 1888 termina sus estudios en la Universidad de la ciudad natal. Más de una vez el escritor fue arrestado y encarcelado por su actividad política y en varias ocasiones se veía obligado a emigrar del país.

Sus primeras obras "Arroz y tartana" (1894), "Flor de mayo" (1895), "Cuentos valencianos" (1896), "La Barraca" (1898), "Entre naranjos" (1900), "Cañas y barro" (1902) reflejan los problemas sociales de la vida de los trabajadores y de la pequeña burguesía.

En 1903—1905 publicó sus novelas dirigidas contra el clericalismo: "La Catedral", "El Intruso" y las obras de valor político "La Bodega", "La Horda". El contenido de estas obras está íntimamente ligado al movimiento obrero, a la lucha de las masas trabajadoras contra la explotación capitalista.

Entre sus novelas de fama se hallan también "Los muertos mandan" (1903), "La maja desnuda" (1905), "Sangre y arena" (1908), obras que demuestran el mundo de hipocresía engendrado por el capitalismo que envenena a todos los que entran en contacto prolongado con él.

Como respuesta al establecimiento de la dictadura de Primo de Rivera apareció su famoso panfleto político "Alfonso XIII desenmascarado" (1924), que tuvo mucha importancia en la preparación ideológica del derrocamiento de la monarquía.

Sus últimos años Blasco Ibáñez los pasó en Francia, en Mentona, escribiendo novelas históricas.

Murió en 1928. Más de una vez Vicente Blasco Ibáñez declaró sus simpatías hacia la Rusia Soviética.

SANGRE Y ARENA

VI

La muchedumbre manoteaba llamando al torero. "¡Aquí, aquí!" Cada uno quería que matase al toro frente a su tendido, para no perder ni un detalle, y el espada vacilaba entre los llamamientos contradictorios de miles de bocas.

Con un pie en el estribo de la barrera, calculaba el lugar mejor para dar muerte al toro. Había que llevarlo más allá. Al torero le estorbaba el cadáver del caballo, que parecía llenar con su despanzurrada miseria todo aquel lado de la plaza.

Iba a llamar al *Nacional* para darle orden de que se llevase la bestia, cuando oyó a sus espaldas una voz conocida, una voz que no adivinó de quien era, pero que le hizo volverse rápidamente.

— Güeñas tardes, señor Juan... ¡Vamo a aplaudí la verdá!

Vio en primera fila, bajo la maroma de la contrabarrera, un chaquetón plegado en el filo de la valla, cruzados sobre él unos brazos en mangas de camisa y apoyada en las manos una cara ancha, afeitada recientemente, con un sombrero medido hasta las orejas. Parecía un rústico bonachón venido de su pueblo para presenciar la corrida.

Gallardo lo reconoció. Era *Plumltas*.

Cumplía su promesa, y así estaba, audazmente, entre doce mil personas que no podían reconocerlo, saludando al espada, que sintió cierto agradecimiento por esta muestra de confianza.

Gallardo se asombraba de su temeridad. Bajar a Sevilla, meterse en la plaza, lejos de los montes y los desiertos, donde le era fácil la defensa sin el auxilio de sus dos compañeras, la jaca y la carabina, y todo por verle matar toros... De los dos, aquel hombre era el valiente.

Pensó, además, en su cortijo, que estaba a merced del *Plumitas*; en la vida campestre, que sólo era posible guardando buenas relaciones con aquel personaje extraordinario. Para él debía ser el toro.

Sonrió al bandido, que seguía contemplándolo con rostro plácido; se quitó la montera y gritó, dirigiéndose a la revuelta muchedumbre, aunque con los ojos fijos en *Plumitas*.

— ¡Vaya por ustés!

Arrojó la montera al tendido, y las manos se abalanzaron unas contra otras, luchando por atrapar el sagrado depósito.

Gallardo hizo señas al *Nacional* para que con un capeo oportuno trajese el toro hacia él.

Extendió su muleta el espada, y la bestia acometió con sonoro bufido, pasando bajo el trapo rojo. "¡Ole!" rugió la muchedumbre, familiarizada ya con su antiguo ídolo, y dispuesta de nuevo a encontrar admirable todo cuanto hiciese.

Siguió dando pases al toro, entre las aclamaciones de la gente que estaba a pocos pasos de él y viéndolo de cerca le

daba consejos. ¡Cuidado, Galladro! El toro estaba muy entero. No debía meterse entre él y la barrera. Convenía que guardase franca la salida.

Otros, más entusiastas, excitaban su atrevimiento con audaces consejos.

— Suértale una de las tuyas... ¡Zas! Estoca y te lo metes en er borsiyo.

Era demasiado grande y receloso el animal para que se le pudiera meter en el bolsillo. Excitado por la vecindad del caballo muerto, tenía la tendencia de volver a él, como si lo embriégase el herdor de su vientre.

En una de las evoluciones, el toro, fatigado por la muleta, quedó inmóvil sorbe sus patas. Gallardo tenía detrás de él el caballo muerto. Era una mala situación; pero de peores había salido victorioso.

Quiso aprovechar la posición de la bestia. El público lo excitaba a ello. Entre los hombres puestos en pie en la contrabarrera, con el cuerpo echado adelante para no perder un detalle del momento decisivo, reconoció a muchos aficionados populares que comenzaban a apartarse de él y volvían ahora a aplaudirlo, conmovidos por su muestra de consideración al *pueblo*.

— ¡Aprovéchate, güen mozo!... ¡Vamo a ve la verdá!... ¡Tírate de veras!

Gallardo volvió un poco la cabeza para saludar a *Plumitas*, que permanecía sonriente, con la cara de luna asomada sobre los brazos y el chaquetón.

— ¡Por usté, cámara!...

Se perfiló con la espada al frente para entrar a matar; pero en el mismo instante creyó que la tierra temblaba, despidiéndolo a gran distancia, que la plaza se venía abajo, que todo *se* volvía negro y soplaba un vendaval de feroz bramido. Vibró dolorosamente su cuerpo de pies a cabeza, próximo a estallar; le zumbó el cráneo cual si reventase; una mortal angustia contrajo su pecho..., y cayó en un vacío lóbrego e interminable, con la inconsciencia del no ser.

El toro, en el mismo instante en que él se disponía a entrar a matar, había arrancado inesperadamente contra él, atraído por la querencia del caballo que estaba a sus espaldas. Fue un encontronazo brutal, que hizo rodar y desaparecer entre sus patas aquel cuerpo forrado de seda y oro. No le enganchó con los pitones; pero el golpe fue horrible, demoledor, y testuz y cuernos, toda la defensa frontal de la fiera, abatió al hombre como una masa de hueso.

El toro, que sólo veía al caballo, sintió entre sus patas un obstáculo, y, despreciando el cadáver de la bestia, se volvió para atacar de nuevo al brillante monigote que yacía, inmóvil, en la arena. Lo levantó con un cuerno, arrojándolo a algunos pasos de distancia tras breve zarandeo, y quiso volver sobre él por tercera vez.

La muchedumbre, aturdida por la velocidad con que había ocurrido todo esto, permanecía silenciosa, con el pecho oprimido. ¡Lo iba a matar! ¡Tal vez lo había matado ya! ... De pronto, un alarido de todo el público rompió este silencio angustiados. Una capa se tendió entre la fiera y la víctima, un trapo casi pegado al testuz por unos brazos vigorosos que pretendían cegar a la bestia. Era el *Nacional*, que, a impulsos de la desesperación, se arrojaba sobre el toro, queriendo ser cogido por éste para librar al maestro. La bestia, aturdida por el nuevo obstáculo, se lanzó contra él, volviendo el rabo al caído. El banderillero, metido entre los cuernos, corrió de espaldas agitando la capa, no sabiendo cómo librarse de esta situación peligrosa, pero satisfecho al ver que alejaba al toro del herido.

El público casi olvidó al espada, impresionado por este nuevo incidente. El *Nacional* iba a caer también; no podía salirse de entre los cuernos: la fiera lo llevaba ya casi enganchado... Gritaban los hombres, como si sus gritos pudieran servir de auxilio al perseguido; suspiraban de angustia las mujeres, volviendo la cara y agarrándose, convulsas, las manos; hasta que el banderillero, aprovechando un momento en que la fiera bajaba la cabeza para engancharlo, se salió de entre los cuernos, quedando a un lado, mientras aquélla corría ciegamente, conservando el capote, desgarrado, entre las astas.

La emoción estalló en un aplauso ensordecedor. La muchedumbre, tornadiza, impresionada únicamente por el peligro del momento, aclamaba al *Nacional*. Fue uno de los mejores momentos de su vida. El público, ocupado en aplaudirlo, apenas se fijó en el cuerpo inánime de Gallardo, que era sacado del redondel, con la cabeza caída, entre toreros y empleados de la plaza.

Ejercicios

- I. Señálense las oraciones de la lengua hablada. Nótese las particularidades propias de ésta.
- II. Determínense las acepciones de las palabras en las oraciones dadas:

1. El oficial cogió *la espada* y se precipitó al enemigo. — "*El espada* vacilaba." — 2. El jinete puso los pies en *los estribos*. Con un pie en *el estribo* de la barrera, calculaba el lugar mejor... •— En pleno flagor de la disputa el orador *perdió los estribos*... — 3. Con *un pie en el estribo*... — A distancia de *tres pies* se hallaba la mesa...

III. a) Nótese los rasgos característicos del léxico del texto.

b) ¿Cuándo y por qué el autor emplea las voces andaluzas?

IV. Sustituyanse las palabras en cursiva por los sinónimos:

1. Cumplía su promesa, y así estaba, audazmente, entre doce mil personas que no podían reconocerlo, saludando al espada, que sintió cierto *agradecimiento* por esta muestra de confianza. — 2. Era demasiado grande y *receloso* el animal para que se lo pudiera *meter* en el bolsillo. Excitado por *la vecindad* del caballo muerto, tenía la tendencia de volver a él.

V. Tradúzcanse los trozos del texto, prestando atención al discurso indirecto libre, desde el principio hasta "—Güeñas tardes, señó Juan..." y desde "Cumplía su promesa..." hasta "En una de las evoluciones, el toro..."

LA BARRACA

I

Desperezábase la inmensa vega bajo el resplandor azulado del amanecer, ancha faja de luz que asomaba por la parte del mar.

Los últimos ruiseñores, cansados de animar con sus trinos aquella noche de otoño que por lo tibio de su ambiente parecía de primavera, lanzaban el gorjeo final como si les hiriera la luz del alba con sus reflejos de acero. De las techumbres de paja de las barracas salían las bandadas de gorriones como tropel de polluelos perseguidos, y las capas de los árboles estremecíanse con los primeros jugueteos de aquellos granujas del espacio que todo lo alborotaban con el roce de su blusa de plumas.

Apagábanse lentamente los rumores que poblaban la no-

che: el barboteo de las acequias, el murmullo de los cañaverales, los ladridos de los mastines vigilantes.

Despertaba la huerta, y sus bostezos eran cada vez más ruidosos. Rodaba el canto del gallo de barraca en barraca: los campanarios de los pueblecitos devolvían con ruidosas badajadas el toque de misa primera que sonaba a lo lejos en las torres de Valencia, azules, esfumadas por la distancia, y de los corrales salía un discordante concierto animal, relinchos de caballos, mugidos de mansas vacas, cloquear de gallinas, balidos de corderos, ronquidos de cerdos, el despertar ruidoso de las bestias que al sentir la fresca caricia del amanecer cargado de acre perfume de vegetación, deseaban correr por los campos.

El espacio se empapaba de luz, disolvíanse las sombras como tragadas por los abiertos surcos y las masas de follaje, y en la indecisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales, las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortalizas semejantes a enormes pañuelos verdes y la tierra roja cuidadosamente labrada.

En los caminos marcábanse filas de puntos negros y móviles como rosarios de hormigas que marchaban hacia la ciudad. Por todos los extremos de la vega sonaban chirridos de ruedas, canciones perezosas interrumpidas por el grito arreando las bestias, y de vez en cuando, como sonoro trompetazo del amanecer, rasgaba el espacio un furioso rebuzno del cuadrúpedo paria, como protesta del rudo trabajo que caía sobre él apenas nacido el día.

En las acequias conmovíase la tersa lámina de cristal rojizo con sonoros chapuzones que hacían callar a las ranas y ruidoso batir de alas, y como galeras de marfil avanzaban los ánades, moviendo cual fantásticas proas sus cuellos de serpiente.

La vida, que con la luz inundaba la vega, iba penetrando en el interior de las barracas y alquerías.

Chirriaban las puertas al abrirse; veíanse bajo los empujados figuras blancas que se desperezaban con las manos tras el cogote mirando el iluminado horizonte; quedaban de par en par los establos, vomitando hacia la ciudad las vacas de leche, los rebaños de cabras, los caballejos de los estercoleiros; tras las cortinas de árboles enanos que cubrían los caminos, vibraban cencerros y campanillas, y entre el alegre cascabeleo sonaba el energético ¡arre, acá! animando a las bestias reacias.

En las puertas de las barracas saludábanse los que iban hacia la ciudad y los que se quedaban a trabajar los campos.

— ¡Bón día nos done Deu!

— ¡Bón día!

Y tras este saludo cambiado con toda la gravedad de gente campesina que lleva en sus venas sangre moruna y sólo puede hablar de Dios con gesto solemne, se hacía el silencio si el que pasaba era un desconocido, y si era íntimo se le encargaba la compra en Valencia de pequeños objetos para la mujer o para la casa.

Ya era de día completamente.

El espacio se había limpiado de las tenues neblinas, transpiración nocturna de los húmedos campos y las rumorosas acequias; iba a salir el sol; en los rojizos surcos saltaban las alondras con la alegría de vivir un día más, y los traviesos gorriones, posándose en las ventanas todavía cerradas, picoteaban las maderas diciendo a los de adentro con su chillido de vagabundos acostumbrados a vivir de gorra: "¡Arriba, perezosos! ¡A trabajar la tierra para que comamos nosotros!..."

Ejercicios

I. Contéstese a la pregunta:

¿Con qué compara el autor la vega valenciana?

II. a) Explíquese el uso del verbo ir en las oraciones siguientes:

1. "...los que iban hacia la ciudad..." — 2. "Iba a salir el sol." — 3. "La vida... iba penetrado en el interior de barracas..."

b) Explíquese el uso de el en las oraciones:

1. "...rudo trabajo que pesaba sobre él apenas nacido el día." — 2. "...se hacía el silencio si el que pasaba era un desconocido".

III. Explíquense las acepciones de las palabras en cursiva en las oraciones siguientes:

1. "*El espacio*, se empapa de luz..." — Al *espacio* fue lanzada una nave cósmica. — 2. "...los que iban hacia la ciudad y los que se quedaban a *trabajar* los campos." — La fábrica hizo *trabajar* su capital. — 3. "En las acequias *conmovíase* la tersa lámina de cristal". — No le *conmueve* el dolor ajeno.

IV. Nótese las palabras onomatopéyicas en el fragmento.

V. Determinéense los tropos en las oraciones siguientes:

1. "Apagábanse lentamente *los rumores que habían poblado* la noche..." — 2. "...estos granujas del espacio, que todo lo alborotan con el roce de *sus blusas de plumas*." — 3. "Entre *las cortinas de árboles* enanos que ensombrecían los caminos..."

VI. Tradúzcase el principio del fragmento hasta las palabras: "Chirriaban las puertas al abrirse...", procurándose conservar la polifónica de la descripción de la vega.

LOBOS DEL MAR

Retirado de los negocios después de cuarenta años de navegación con toda clase de riesgos y aventuras, el capitán Llovet era el vecino más importante del Cabañal, una población de casas blancas de un solo piso, de calles anchas, rectas y ardientes de sol, semejante a una pequeña ciudad americana.

La gente de Valencia que veraneaba allí miraba con curiosidad al viejo lobo de mar, sentado en un gran sillón bajo el toldo de listada lona que sombreaba la puerta de su casa. Cuarenta años pasados a la intemperie, en la cubierta de un buque, sufriendo la lluvia y los rociones del oleaje, le habían infiltrado la humedad hasta los mismos huesos, y esclavo del reuma, permanecía los más de los días inmóvil en su sillón, prorrumpiendo en quejidos y juramentos cada vez que se ponía en pie. Alto, musculoso, con el vientre hinchado y caído sobre las piernas, la cara bronceada por el sol y cuidadosamente afeitada, el capitán parecía un cura en vacaciones, tranquilo y bonachón en la puerta de su casa. Sus ojos grises, de mirada fija e imperativa, ojos de hombre habituado al mando, eran lo único que justificaba la fama del capitán Llovet, ja leyenda sombría que flotaba en torno de su nombre.

Había pasado su vida en continua lucha con la Marina Real inglesa, burlando la persecución de los cruceros en su famoso bergantín repleto de carne negra que transportaba desde la costa de Guinea a las Antillas. Audaz y de una frialdad inalterable, jamás le vieron oscilar sus marineros.

Contábase de él cosas horripilantes. Cargamentos enteros de negros arrojados al agua para librarse del crucero que le daba caza; los tiburones del Atlántico, acudiendo a bandadas haciendo hervir las olas con su fúnebre coleteo, cubriendo el mar de manchas de sangre repartiéndose a dentalladas los esclavos, que agitaban con desesperación sus brazos fuera del agua; sublevaciones de tripulación contenidas por él solo a tiros y hachazos; raptos de ciega cólera, en los que corría por cubierta como una fiera; hasta se hablaba de cierta mujer que le acompañaba en sus viajes, la cual, desde el puente, fue arrojada al mar por el iracundo capitán, después de una disputa por celos. Y junto con esto, inesperados arranques de generosidad: socorros a manos llenas a las familias de los marineros. En un arrebato de cólera era capaz de matar a uno de los suyos; pero si alguien caía al agua, se arrojaba para salvarle, sin miedo al mar ni a sus voraces bestias. Enloquecía de furor si los compradores de negros le engañaban en unas cuantas pesetas, y en la misma noche gastaba tres o cuatro mil duros celebrando una de aquellas orgias que le habían hecho famoso en la Habana. "Pega antes que habla", decían de él los marineros y recordaban que en alta mar, sospechando que su segundo conspiraba contra él, le había deshecho el cráneo de un pistoletazo. Aparte de esto, un hombre divertidísimo, a pesar de su cara fosca y su mirada dura. En la playa del Cabañal, la gente reunida a la sombra de las barcas, reía recordando sus bromas. Una vez dio un convite a bordo al reyezuelo africano que le vendía los esclavos, y viendo borrachos a la negra majestad y sus cortesanos, hizo como el negrero de Merimée: desplegó velas y los vendió como esclavos. Orta vez viéndose perseguido por un crucero británico, desfiguró su buque en una sola noche pintándolo de otro color y cambiando la arboladura. Los capitanes ingleses tenían datos en abundancia para conocer el buque del audaz negrero; pero como si no tuvieran nada. El capitán Llovet como decían en la playa era un gitano del mar y trataba su barco como a un burro de feria, haciéndole sufrir transformaciones maravillosas.

Cruel y generoso, pródigo de su sangre y de la agena, duro para el negocio y manirroto para el placer, los negociantes de Cuba le habían apodado el *Capitán Magnífico*, y así seguían llamándole los pocos marineros de su antigua tripulación que todavía arrastraban por la playa las piernas reumáticas, tosiendo y encorvando el pecho.

Casi arruinado por empresas comerciales, al retirarse de la *trata* se había metido en su casa del Cabañal, viendo pasar la vida ante su puerta, sin otra distracción que jurar como un condenado cuando el reuma le hacía permanecer inmóvil en su asiento. Por una respetuosa admiración venían a sentarse en la acera algunos de aquellos vejestorios que habían recibido de él en otros tiempos órdenes y palos y juntos hablaban con cierta melancolía de la *gran calle*, como el capitán llamaba al Atlántico, contando las veces que habían pasado de una acera a otra, de África a América, corriendo temporales y chasqueando a los polizontes del mar. En verano, los días que no apretaba el dolor y las piernas estaban fuertes, bajaban a la playa y el capitán, enardecido a la vista del mar, desahogaba sus odios. Odiaba a Inglaterra por haber oído silbar más de una vez las balas de sus cañones. Odiaba la navegación a vapor como un sacrilegio marítimo. Aquellos penachos de humo que pasaban por el horizonte eran los funerales de la Marina. Ya no quedaban sobre el agua hombres de oficio; ahora el mar era de los fogoneros.

En los días tempestuosos del invierno siempre le veían en la playa con la nariz palpitante, olfateando la tormenta como si aún estuviera sobre la cubierta preparándose a resistir el tiempo.

Una mañana lluviosa vio correr la gente hacia el mar, y allá fue contestando con los gruñidos a la familia que le hablaba de su reuma.

Entre las negras barcas encalladas en la orilla destacábanse sorbe el mar lívido y cubierto de espumarajos, los grupos de blusas azules; las faldas ondeantes por el vendaval con las que se resguardaban de la lluvia las mujeres. Lejos, en la bruma que cerraba el horizonte, corrían como ovejas asustadas, las barcas pescadoras, con la vela casi recogida y negruzca por el agua, sosteniendo una lucha de terribles saltos, enseñando la quilla en cada cabriola, antes de doblar la punta del puerto, amontonamiento de peñascos rojos barnizados por las olas, entre los cuales hervía una espuma amarillenta, bilis del irritado mar.

Una barca desarbolada iba como pelota de ola en ola hacia la siniestra punta. La gente gritaba en la playa viendo a los tripulantes tendidos en la cubierta, anonadados por la proximidad de la muerte. Se hablaba de ir hasta la barca, de echarle un cabo, de atraerla a la playa; pero los más audaces, mirando las olas que se desplomaban llenando el espacio de

polvo de agua, callábanse atemorizados. La barca que saliera daría la voltereta antes de mover un remo.

— A ver: ¡gente que me siga! Hay que salvar a esos pobres.

Era la voz ruda e imperiosa del capitán Llovet. Se erguía sobre sus torpes piernas, la mirada brillante y fiera, las manos temblorosas por la cólera que le infundía el peligro. Las mujeres le miraban asombradas; los hombres retrocedían formando ancho corro en torno de él; que prorrumpió en juramentos, agitando sus manos como si fueran a cerrar a golpes con toda la chusma. Le enfurecía el silencio de aquella gente como si estuviera ante una tripulación insubordinada.

— ¿Desde cuándo el capitán Llovet no encuentra en su pueblo hombres que le sigan al mar?

Lo dijo rugiendo como un tirano que se ve desobedecido, como un dios que contempla la huida de sus fieles. Hablaba en castellano, lo que era en él señal de ciega cólera.

— ¡Presente, *capital* — gritaron a un tiempo unas cuantas voces temblonas. Y abriéndose paso aparecieron en el centro del corro cinco viejos, cinco esqueletos roídos por el mar y las tempestades, antiguos marineros del capitán Llovet, arrastrados por la subordinación y afecto que era el peligro afrontado en común. Avanzaron unos arrastrando los pies; otros, con saltitos de pájaro; alguno con los ojos muy abiertos, mostrando en las pupilas la vaguedad de la ceguera senil; todos temblorosos de frío, con el cuerpo forrado de bayeta amarilla y la gorra calada sobre dobles pañuelos arrollados a las sienes. Era la vieja guardia corriendo a morir junto a su ídolo. De los grupos salían mujeres y niños que se arrojaban sobre ellos queriendo detenerlos. "Agüelos", gritaban los nietos. "¡Padre!" gemían las mocetonas. Y los animosos vejettes, irguiéndose como los rocines moribundos al oír el clarín de las batallas, repelían los brazos que se anudaban a sus cuellos y piernas, y gritaban, contestando a la voz de su jefe: "Presentes, *capitá*."

Los lobos del mar, con su ídolo al frente, abriéronse paso para echar al mar una de las barcas. Rojos, congestionados, por el esfuerzo, con el cuello hinchado por la rabia, sólo consiguieron mover la barca y que se deslizara algunos pasos. Irritados contra su vejez, intentaron un nuevo esfuerzo; pero la muchedumbre protestaba contra su locura, y cayó sobre ellos, desapareciendo los viejos arrebatados por sus familias.

— ¡Dejadme, cobardes! ¡Al que me toque le mato! — rugía el capitán Llovet.

Pero por primera vez, aquel pueblo, que le adoraba, puso la mano en él. Le sujetaron como a un loco, sordos a sus súplicas, indiferentes a sus maldiciones.

La barca, abandonada de todo auxilio, corría a la muerte dando tumbos sobre las olas. Ya estaba próxima a los peñascos, ya iba a estrellarse entre torbellinos de espuma; y aquel hombre, que tanto había despreciado la vida del semejante, que había nutrido a los tiburones con tribus enteras y que llevaba un nombre aterrador, como una leyenda lúgubre, revolvíase furioso, sujeto por cien manos, blasfemando, porque no le dejaban arriesgar la existencia socorriendo a unos desconocidos hasta que, agotadas sus fuerzas, acabó llorando como un niño.

Ejercicios

1. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿Cómo aprecia el autor la vida del capitán Llovet? —
2. ¿Cómo puede apreciar Usted la actividad del capitán? —
3. ¿Puede justificar la vida pasada del capitán el último intento de salvar a los hombres que iban a perecer?

II. Indíquense los dialectismos en el texto.

III. Nótese los términos del lenguaje marítimo.

IV. Indíquense los sufijos de los sustantivos en el texto.
Escójanse entre estos los que dan a la palabra un matiz del aprecio del autor.

V. Explíquese el significado del sufijo verbal -ear.

VI. Explíquese el valor de los tropos siguientes:

esclavo del reuma; el capitán parecía un cura de vacaciones; la leyenda flotaba en torno de su nombre; corría por cubierta como una fiera; los polizontes del mar; un gitano del mar; los grupos de blusas azules; penachos de humo eran funerales de la Marina; el mar era de los fogoneros.

VII. Tradúzcase por escrito desde "Contábase de él cosas horripilantes." hasta "Cruel y generoso, pródigo de su sangre..."

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Valle-Inclán nació en Pontevedra (Galicia) en 1869. Transcurrió allí su infancia y adolescencia. Estudió Leyes en Santiago. Publicó su primer libro "Féminas: seis historias amorosas" (1894) y pasó a Madrid en 1895 empezando a frecuentar tertulias y cenáculos, donde tuvo sus primeros contactos con los escritores de la generación del 98.

Valle-Inclán colaboró en varias revistas de Madrid, publicó cuentos, crónicas y artículos. Regresó a Galicia y marchó a América, luego tornó a España, continuando su admirable producción literaria con "Cenizas y Adegas", que aparecieron en 1899, a los que siguieron las "Sonatas". "Sonata de Otoño" apareció en 1902, "Sonata de Estío" en 1963, "Sonata de Primavera" en 1904 y "Sonata de Invierno" en 1905.

Por estos mismos años publicó otras novelas y, además, versos y teatro, tales como "Corte de Amor", "Jardín Umbrío" (1903), "Flor de Santidad" (1904), "Romance de Lobos" (1908). Este mismo año inició la publicación de las novelas reunidas bajo el título genérico "La guerra Carlista".

Durante la Primera Guerra Mundial estuvo en Francia y Bélgica, reunió sus impresiones en "La medianoche: visión de estelar de un momento de la guerra" (1917). La Gran Revolución Socialista de Octubre fue acogida por Valle-Inclán con aprobación. La ola revolucionaria que se levantó a principios de la década del 20 influyó en la obra de Valle-Inclán. La idea de la revolución popular predomina en las obras de esta época. Durante la dictadura de Primo de Rivera Valle-Inclán fue detenido por haber editado su famosa novela "Tirano Banderas". En ésta el autor desenmascara los crímenes sangrientos del dictador.

En 1931, al triunfar la República, Valle-Inclán fue elegido presidente del Ateneo madrileño. En los años de República Valle-Inclán tomó parte activa en la vida cultural del país. Siendo un escritor reconocido por todo el mundo contribuyó mucho en la organización del Congreso Mundial en Defensa de la Cultura celebrado en París en 1935.

Ramón del Valle-Inclán falleció a principios del año 1936.

SONATA DE OTOÑO

MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMIN

Yo recordaba vagamente el Palacio de Brandeso, donde había estado de niño con mi madre, y su antiguo jardín, y su

laberinto que me asustaba y me atraía. Al cabo de los años, volvía llamado por aquella niña con quien había jugado tantas veces en el viejo jardín sin flores. El sol poniente dejaba un reflejo dorado entre el verde sombrío, casi negro, de los árboles venerables: Los cedros y los cipreses, que contaban la edad del Palacio. El jardín tenía una puerta de arco, y labrados en piedra, sobre la cornisa, cuatro escudos con las armas de cuatro linajes diferentes. ¡Los linajes del fundador, noble por todos sus abuelos! PA la vista del Palacio, nuestras mulas fatigadas, trotaron alegremente hasta detenerse en la puerta llamando con el casco. Un aldeano vestido de estameña que esperaba en el umbral, vino presuroso a tenerme el estribo. Salté a tierra, entregándole las riendas de mi muía. Con el alma cubierta de recuerdos, penetré bajo la oscura avenida de castaños cubierta de hojas secas. En el fondo distinguí el Palacio con todas las ventanas cerradas y los cristales iluminados por el sol. De pronto vi una sombra blanca pasar por detrás de las vidrieras, la vi detenerse y llevarse las dos manos a la frente. Después la ventana del centro se abrió con lentitud y la sombra blanca me saludaba agitando sus brazos de fantasma. Fue un momento no más. Las ramas de los castaños se cruzaban y dejé de verla. Cuando salí de la avenida alcé los ojos nuevamente hacia el Palacio. Estaban cerradas todas las ventanas: ¡Aquella del centro también!

Con el corazón palpitante penetré en el gran zaguán oscuro y silencioso. Mis pasos resonaron sobre las anchas losas. Sentados en escaños de roble, lustrosos por la usanza, esperaban los pagadores de un foral. En el fondo se distinguían los viejos arcones del trigo con la tapa alzada; Al verme entrar los colonos se levantaron, murniurando con respeto:

— ¡Santas y buenas tardes! \

Y volvieron a sentarse lentamente, quedando en la sombra del muro que casi los envolvía. Subí presuroso la señorial escalera de anchos peldaños y balaustral de granito toscamente labrado. Antes de llegar a lo alto, la puerta abrióse en silencio, y asomó una criada vieja, que había sido niñera de Concha. Traía un velón en la mano, y bajó a recibirme:

— ¡Págueme Dios el haber venido! Ahora verá a la señorita. ¡Cuanto tiempo la "pobre suspirando por vucencia"!... No quería escribirle. Pensaba que ya la tendría Tolvidada TYo he sido quien la convenció de que no. ¿Verdad que no, Señor mi Marqués?

Yo apenas pude murmurar:

— No. ¿Pero, dónde está?

— Lleva toda la tarde echada. Quiso esperarle vestida. Es como los niños. Ya el señor lo sabe. Con la impaciencia temblada hasta batir los dientes, y tuvo que echarse.

— ¿Tan enferma está?

A la vieja se le llenaron los ojos de lágrimas.

— ¡Muy enferma, señor! No se la conoce.

Se pasó las manos por los ojos, y añadió en voz baja, señalando una puerta iluminada en el fondo del corredor:

— ¡Es allí!

Seguimos en silencio. Concha oyó mis pasos, y gritó desde el fondo de la estancia con la voz angustiada:

— ¡Ya llegas!... ¡Ya llegas, mi vida!

Entré. Concha estaba incorporada en las almohadas. Dio un grito y en vez de tenderme los brazos, se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar. La criada dejó la luz sobre un velador y se alejó suspirando. Me acerqué a Concha, trémulo y conmovido. Besé sus manos sobre su rostro, apartándoselas dulcemente. Sus ojos, sus hermosos ojos de enferma, llenos de amor, me miraron sin hablar, con larga mirada. Después, en lánguido y feliz desmayo, Concha entornó los párpados. Las contemplé así un momento. ¡Qué pálida estaba! Sentí en la garganta el nudo de la angustia. Ella abrió los ojos dulcemente, y oprimiendo mis sienes entre sus manos que ardían, volvió a mirarme con aquella mirada muda que parecía anegarse en la melancolía del amor y de la muerte que ya la cercaba:

— ¡Temía que no vinieses!

— ¿Y ahora? .

— Ahora soy feliz.

Su boca, unajpsa__descolorida, temblaba. De nuevo cerró los ojos con delicia, como para guardar en el pensamiento una visión querida. Con penosa aridez de corazón, yo comprendí que se moría.

Ejercicios

- I. Determínese el papel del "acusativo con infinitivo" en el texto.
- II. Nótense las repeticiones en el texto. ¿Qué suministran al texto dichas repeticiones?
- III. a) Sustituyanse los sustantivos con preposición por otra parte de la oración:

1. "...la ventana del centro se abría *con lentitud*." — 2. "... la puerta abrióse *en silencio*."

b) Hállense los casos análogos en el texto. Sustituyanse los sustantivos con preposición por otra parte de la oración.

IV. Tradúzcase el fragmento por escrito desde el principio hasta "Y volvieron a sentarse..."

TIRANO BANDERAS

Libro primero

ICONO DEL TIRANO

I

Santa Fe de Tierra Firme — arenales, pitas, manglares, chumberas — en las cartas antiguas. Punta de las Serpientes.

II

Sobre una loma, entre granados y palmas, mirando al vasto mar y al sol poniente, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales, San Martín de los Mostenses. En el campanario sin campanas levantaba el brillo de su bayoneta un centinela. San Martín de los Mostenses, aquel dismantelado convento de donde una lejana revolución había expulsado a los frailes, era, por mudanzas del tiempo, Cuartel del Presidente Don Santos Banderas — Tirano Banderas.

III

El Generalito acababa de llegar con algunos batallones de indios, después de haber fusilado a los insurrectos de Zamalpoa: Inmóvil y taciturno, agarritado de perfil en una remota ventana, atento al relevo de guardias en la campa barcina del convento, parece una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo. En el Perú había hecho la guerra a los españoles, y de aquellos campañas veniale la costumbre de rumiar la coca, por donde en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla de verde veneno. Desde la remota ventana, aga-

rritado en una inmovilidad de corneja sagrada, está mirando, las escuadras de indios, soturnos en la cruel indiferencia del dolor y de la muerte. A lo largo de la formación, chinitas y soldaderas haldeaban corretonas, huroneando entre las medallas y las migas del faltriquero, la pitada de tabaco y los cobres para el coime. Un globo de colones se quemaba en la turquesa celeste, sobre la campa invadida por la sombra morada del convento. Algunos soldados, indios comaltes de la selva, levantaban los ojos. Santa Fe celebraba sus famosas ferias de Santos y Difuntos. Tirano Banderas, en la remota ventana, era siempre el garabato de un lechuzo.

IV

Venía por el vasto zaguán frailerero una escolta de soldados con la bayoneta armada en los negros fusiles, y entre las filas un roto greñudo, con la cara dando sangre. Al frente, sobre el flanco derecho fulminaba el charrasco del Mayor Abilio del Valle. El retinto garabato del bigote, dábale fiero resalte al arregaño lobatón de los dientes que sujetan el fiador del pavero con toquilla de plata:

— ¡Alto!

Mirando a las ventanas del convento, formó la escuadra. Destacáronse dos caporales, que, a modo de pretinas, llevaban cruzadas sobre el pecho sendas pencas con argollones, y despojaron al reo del fermentido sabanil que le cubría las carnes: Sumiso y adoctrinado, con la espalda corita al sol, entróse el cobrizo a un hoyo proprofundo de tres pies, como disponen las Ordenanzas de Castigos Militares. Los dos caporales apisonaron echando tierra, y quedó soterrado hasta los estremecidos ¡jares: El torso desnudo, la greña, las manos con fierros, salían fuera del hoyo colmados de negra expresión dramática: Metía el chivón de la barba en el pecho, con turbo atisbo a los caporales, que se desceñían las pencas. Señaló el tambor un compás alterno y dio principio al castigo del chicote, clásico en los cuarteles:

— ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

El greñudo, sin un gemido, se arqueaba sobre las manos esposadas, oculto los hierros en la cavación del pecho: Le saltaban de los costados ramos de sangre, y sujetándose al ritmo del tambor solfeaban los dos caporales:

— ¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve!

Ejercicios

I. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿Cómo presenta el autor al Tirano Banderas? — 2. ¿Qué rasgos del grotesco se ven en el fragmento?

II. Nótese las particularidades de la sintaxis del fragmento:

- a) Hállense las oraciones elípticas. Complétense las con las partes de la oración que faltan. ¿Qué carater suministra a la oración la elipsis?
- b) Indíquense las inversiones en el fragmento.
- c) Explíquese el uso del punto y coma y de los dos puntos en el fragmento.

III. Indíquese el valor estilístico de los sufijos:

generalito, el corbatín, la salivilla, chinita, soldadera, frailerito, lobatón.

IV. Indíquense las voces latinoamericanas.

V. Hállense en el texto las palabras indicadas y escójense las acepciones más adecuadas al contexto entre los sinónimos dados, explicando el significado de cada uno:

Inmóvil — quieto, fijo, firme, inanimado, inerte, inmóvil, estático, tranquilo, quedo.

Taciturno — triste, apesadumbrado, silencioso, callado, apenado, cogitabundo, ensimismado, reservado, tácito.

Atento — cortés, afable, comedido, concienzudo, fino, urbano, respetuoso, obsequioso, solícito.

Vasto — extenso, amplio, grande, dilatado, anchuroso, espacioso.

Escolta — acompañamiento, convoy, custodia, protección.

Roto — andrajoso, haraposo, pingajoso, trapajoso.

Hoyo — agujero, bache, concavidad, hondura, sepultura.

Expresión — dicción, palabra, manifestación, declaración, enunciación, término, voz.

VI. Hállense las raíces de las palabras siguientes:

arenal, azulejo, haldear, lobatón, adoctrinado, los fierros, solfear.

ROMANCE DE LOBOS

Jornada primera

Escena segunda

Don Juan Manuel Montenegro, llama con grandes voces ante el portón de su casa. Ladran los perros atados en el huerto, bajo la parra. Una ventana se abre en lo alto de la torre, sobre la cabeza del hidalgo, y asoma la figura grotesca de una vieja en camisa con un candil en la mano.

El Caballero.

Apaga esa luz...

La Roja.

Agora bajo a franquealle la puerta.

El Caballero.

Apaga esa luz...

Don Juan Manuel, se ha cubierto los ojos con la mano, y de esta suerte espera a que la vieja se retire de la ventana. El caballo piafa ante el portón, y el hidalgo no descabalgaba hasta que siente rechinar el cerrojo. La vieja criada aparece con el candil.

El Caballero.

¡Sopla esa luz, grandísima bruja!

La Roja.

¡Ave María! ¡Qué fieros! ¡Ni que le hubiera salido un lobo al camino!

El Caballero.

¡He visto la Hueste!

La Roja.

¡Brujas, fuera! ¡Arreniégo, Demonio!

La vieja sopla el candil y se santigua medrosa. Cierra el portón y corre a tientas por juntarse con su amo, que ya comienza a subir la escalera.

El Caballero.

Después de haber visto las luces de la muerte, no quiero ver otras luces, si debo ser de Ella...

La Roja.

Hace como cristiano.

El Caballero.

Y si he de vivir, quiero estar ciego hasta que nazca la luz del sol.

La Roja.

¡Amén!

El Caballero.

Mi corazón me anuncia algo, y no sé lo que me anuncia... Siento que un murciélago revolotea sobre mi cabeza, y el eco de mis pasos, en esta escalera oscura, me infunde miedo, Roja.

La Roja.

¡Arreniégo, Demonio! ¡Arreniégo, Demonio!

Don Juan Manuel, se detiene en lo alto de la escalera, al oír un largo relincho acompañado de golpes en el portón.

El Caballero.

¿Has oído, Roja?

La Roja.

Sí, mi amo.

El Caballero.

¿Qué rayos será?

La Roja.

No jure, mi amo.

El Caballero.

¡El Demonio me lleve!... ¡Ha quedado la bestia fuera!

La Roja.

¡La bestia del trasgo!...

El Caballero.

¡La bestia que yo montaba, vieja chocha! Despierta a Don Galán, para que la meta en la cuadra.

La Roja.

Denantes, llamándole estuve porque bajase a abrir, y no hubo modo de despertarlo. ¡Con perdón de mi amo, hasta le di con el zueco!

El Caballero, se sienta en un sillón de la antesala, y la vieja se acurruca en el quicio de la puerta. Se oye de tiempo en tiempo el largo relincho y el golpear del casco en el portón.

El Caballero.

Prueba otra vez a despertarle.

La Roja.

Tiene el sueño de una piedra.

El Caballero.

Vuelve a darle con el zueco.

La Roja.

Ni que le dé en la croca.

El Caballero.

Pues le arrimas el candil a las pajas del jergón.

La Roja.

¡Ave María!

Sale la vieja andando a tientas. Canta un gallo, y el hidalgo, hundido en su sillón de la antesala, espera con la mano sobre los ojos. De pronto se estremece. Ha creído oír un grito, uno de esos gritos de la noche, inarticulados y por demás medrosos. En actitud de incorporarse, escucha. El viento se retuerce en el hueco de las ventanas, la lluvia azota los cristales, las puertas cerradas tiemblan en sus goznes. \Toc-Toc\... \Toc-Toc\... Aquellas puertas de vieja tracería y floreado cerrojo, sienten en la oscuridad manos invisibles que las empujan. \Toc-Toc\... \Toc-Toc\ De pronto pasa una ráfaga de silencio y la casa es como un sepulcro. Después, pisadas y rosmar de voces en el corredor. Llegan rifando la vieja criada y Don Galán.

La Roja.

Ya dejamos al caballo en su cuadra. ¡Qué noche, Madre Santísima!

Don Galán.

Truena y lostrega que pone miedo.

La Roja.

¿Y no poder encender un anaco de cirio bendito!

Don Galán.

¿No lo tienes?

La Roja.

Sí que lo tengo, mas no puede ser encendido en esta noche tan fiera. Tengo dos medias velas que alumbraron en el velatorio de mi curmana la Celana.

El Caballero.

¿Habéis oído?

La Roja.

¿Qué, mi amo?

El Caballero.

Una voz...

Don Galán.

Son las risadas del trago del viento...

Suenan en la puerta grandes aldabonazos que despiertan un eco en la oscuridad de la casona. El Caballero se pone en pie.

El Caballero.

Dame la escopeta, Don Galán. ¡Voy a dejar cojo al trago!

Don Galán.

Oiga su risada.

La Roja.

Lo verá que se hace humo o que se hace aire...

Abre la ventana Don Juan Manuel, y el viento entra en la estancia con un aleteo tempestuoso que todo lo toca y lo estremece. Los relámpagos alumbran la plaza desierta, los cipreses que cabecean desesperados, y la figura de un marinero con sudeste y traje de aguas, que alza el aldabón de la puerta. La lluvia moja el rostro de Don Juan Manuel Montenegro.

El Caballero.

¿Quién es?

El Marinero.

Un marinero de la barca de Abelardo.

El Caballero.

¿Ocurre algo?

El Marinero.

Una carta de señor capellán. Cayó muy enferma Dama María.

El Caballero.

¡Ha muerto!... ¡Ha muerto! ¡Pobre rusa!

Retírase de la ventana, que el viento bate locamente con un fracaso de cristales, y entenebrecido recorre la antesala de uno a otro testero. La vieja y el bufón, hablando quedo y suspirantes, bajan a franquear la puerta al marinero. En la antesala, el viento se retuerce ululante y soturno. Las vidrieras, tan pronto se cierran estrelladas sobre el alféizar, como se abren de golpe trágicas y violentas. El marinero llega acompañado de los criados y se detiene en la puerta, sin aventurarse a dar un paso por la estancia oscura. Don Juan Manuel, le interroga, y de tiempo un relámpago les alumbró y se ven las caras lívidas.

El Caballero.

¿Traes una carta?

El Marinero.

Sí, señor.

El Caballero.

Ahora no puedo leerla... Dime tú qué desgracia es esa... ¿Ha muerto?

El Marinero.

No, señor.

El Caballero.

¿Hace muchos días que está enferma?

El Marinero.

Lo de agora fue un repente... Mas dicen que todo este tiempo ya venía muy acabada.

El Caballero.

¡Ha muerto! ¡Esta noche he visto su entierro, y lo que juzgué un río era el mar que nos separaba!

Don Juan Manuel, calla entenebrecido. Nadie osa responder a sus palabras, y sólo se oye el murmullo apagado de un

rezo. *El caballero distingue en la oscuridad una sombra arrodillada a su lado, y se estremece.*

El Caballero.

¿Eres tú, Roja?

La Roja.

Yo soy, mi amo.

El Caballero.

Dale a ese hombre algo con que se conforte, para poder salir inmediatamente. ¡Ay muerte negral

Ejercicios

- I. Nótese las voces onomatopéyicas.
- II. Nótese las unidades fraseológicas y las construcciones perifrásticas. Explíquese su uso en el texto.
- III. Caraterícese la sintaxis del diálogo: a) Indíquense las inversiones; b) Nótese las reticencias; c) Señálense las oraciones elípticas y explíquese su papel en el texto.
- IV. Indíquense los homónimos a las palabras. ¿De que índole son los homónimos hallados?
(el) amo, (la) cuadra, (el) grito.
- V. Analícese el sentido de la palabra *soplar* en las oraciones siguientes:
1. "Sopla esa luz, grandísima bruja!" — 2. El viento sopla las hojas secas. — 3. En el tranvía le sopló el reloj. — 4. Al alumno le sopló la lección su amigo.
- VI. Nómbrense los verbos que denotan la acción del viento en el trozo.
- VII. Tradúzcase por escrito la acotación del autor "Sale la vieja andando a tientas."
- VIII. Tradúzcase oralmente el texto.

RICARDO GÜIRALDES

Ricardo Güiraldes, poeta y novelista argentino, nació en una familia de ricos estancieros de la Pampa en 1886. Desde muy joven figuró en la literatura llamada de vanguardia. Con otros jóvenes literatos fundó la revista *Proa*. Ya en aquel entonces se puede notar en su obra poética una cierta mezcla de motivos puramente modernistas y de tradiciones argentinas. En 1926 apareció su novela "Don Segundo Sombra", que causó sorpresa general y colocó a su autor en el primer plano de la literatura argentina.

La aparición de "Don Segundo Sombra" provocó una ola de comentarios, pues es de notar que después de famoso poema de José Hernández "Martín Fierro" nadie había sabido reflejar con tanta veracidad y poesía la vida gauchesca. Güiraldes, resucitando las tradiciones del romanticismo, da a la vez las imágenes realistas y pletóricas de sus héroes.

Las más notables obras poéticas son "El cencerro de cristal" (1915) y "Poemas místicos" (1928). En prosa, además de la dicha novela fueron escritos por Güiraldes "Cuentos de muerte y sangre" (1915), novela "Rosaura" (1917).

Ricardo Güiraldes murió en 1927.

DON SEGUNDO SOMBRA

II

Sin apuros, la caña de pescar al hombro zarandeando irreverentemente mis pequeñas víctimas, me dirigí al pueblo. La calle estaba aún anegada por un reciente aguacero y tenía yo que caminar cautelosamente para no sumirme en el barro, que se adhería con tenacidad a mis alpargatas amenazando dejarme descalzo.

Sin pensamientos seguí la pequeña huella que, vecina a los cercos de cinacina, espinillo o tuna, iba buscando las lomitas como las liebres para correr por lo parejo.

El callejón, delante mío, se tendía oscuro. El cielo, aún zarco de crepúsculo, reflejábase en los charcos de forma irregular o en el agua guardada por las profundas huellas de alguna carreta, en cuyo surco tomaba aspecto de acero cuidadosamente recortado.

fc* i Había ya entrado al área de quintas, en las cuales la hora iba despertando la desconfianza de los perros. Un incontenible

temor me bailaba en las piernas, cuando oía cerca el gruñido de algún mastín peligroso; pero sin equivocaciones decía yo los nombres: *Centinela*, *Capitán*, *Alvertido*. Cuando algún cuzco irrumpía en tan apurado como inofensivo griterío, miráballo con un desprecio que solía llegar al cascotazo.

Pasé al lado del cementerio y un conocido resquemor me castigó la médula, irradiando su pálido escalofrío hasta mis pantorrillas y antebrazos. Los muertos, las luces malas, las ánimas, me atemorizaban ciertamente más que los malos encuentros posibles en aquellos parajes. ¿Qué podía esperar de mí el más exigente bandido? Yo conocía de cerca las caras más taimadas, y aquél que por inadvertencia me atajara, hubiese conseguido cuanto más que le sustrajera un cigarrillo.

El callejón habíase hecho calle; las quintas, manzanas, y los cercos de paraísos, como los tapiales, no tenían para mí secretos. Aquí había alfalfa, allá un cuadro de maíz, un corralón o simplemente malezas. A poca distancia divisé los primeros ranchos, míseramente silenciosos y alumbrados por la endeble luz de velas y lámparas de apestoso kerosén.

Al cruzar una calle espanté desprevénidamente un caballo, cuyo tranco me había parecido más lejano, y como el miedo es contagioso, aun de bestia a hombre, quédeme clavado en el barrial sin animarme á seguir. El jinete, que me pareció enorme bajo su poncho claro, reboleó la lonja del rebenque contra el ojo izquierdo de su redomón; pero como intentara yo dar un paso, el animal asustado bufó como una muía, abriéndose en larga "tendida". Un charco bajo sus patas se despedazó chillando como un vidrio roto. Oí una voz aguda decir con calma:

— Vamos, "pingo... Vamos, vamos pingo...

Luego el trote y el galope chapalearon en el barro chirle.

Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río.

Con mi visión dentro, alcancé las primeras veredas sobre las cuales mis pasos pudieron apurarse. Más tuerta que nunca vino a mí el deseo de irme para siempre del pueblecito mezquino. Entreveía una vida nueva hecha de movimiento y espacio.

Absorto por mis cavilaciones, crucé el pueblo, salí a la oscuridad de otro callejón, me detuve en "La Blanqueada".

Para vencer el encandilamiento, frunció como jareta los ojos al entrar al boliche. Detrás del mostrador estaba el patrón, como de costumbre, y de pie, frente a él, el tape Burgos concluía una caña.

— Güeñas tardes, señores.

— Güeñas — respondió apenas Burgos.

— ¿Qué trais? — inquirió el patrón.

— Ahí tiene don Pedro — dije mostrando mi sarta de bagrecitos.

— Muy bien. ¿Querés un pedazo de mazacote?

— No, Don Pedro.

— ¿Unos paquetes de *La Popular*?

— No, Don Pedro... ¿Se acuerda de la última platita que me dio?

— Sí.

— Era redonda.

— Y la has hecho correr.

— Ahá.

— Güeno ahí tenes — concluyó el hombre, haciendo sonar sobre el mostrador unas monedas de níquel.

— ¿Vah' a pagar la copa? — sonrió el tape Burgos.

— En la pulpería' e Las Ganas — respondí contando mi capital.

— ¿Hay algo nuevo én el pueblo? — preguntó don Pedro, a quien yo solía servir de noticiero.

— Sí, señor..., un pajuerano.

— ¿Ande lo has visto?

— Lo topé en una encrucijada, volviendo' el río.

— ¿Y no sabes quién es?

— Sé que no es de aquí..., no hay ningún hombre tan grande en el pueblo.

Don Pedro frunció las cejas como si se concentrara en un recuerdo.

— Decime..., ¿es muy moreno?

— Me pareció..., sí señor..., y muy juerte.

Como hablando de algo extraordinario, el pulpero murmuró para sí:

— Quién sabe si no es Don Segundo Sombra.

— El es — dije, sin saber por qué, sintiendo la misma emoción que al anochecer me había mantenido inmóvil ante la estampa significativa de aquel gaucho, perfilado en negro sobre el horizonte.

— ¿Lo conoces vos? — preguntó don Pedro al tape Burgos, sin hacer caso de mi exclamación.

- De mentas, no más. No ha de ser tan fiero el diablo como lo pintan; ¿quiere darme otra caña?

— ¡Hum!— prosiguió don Pedro —, yo le he visto más de una vez. Sabía venir por acá a hacer la tarde. No ha de ser de arriar con las riendas. El es de San Pedro. Dicen que tuvo en otros tiempos una mala partida con la Policía.

— Carnearía un ajeno.

— Sí; pero me parece que el ajeno era cristiano.

El tape Burgos quedó impávido mirando su copa. Un gesto de disgusto se arrugaba en su frente angosta de pampa, como si aquella reputación de hombre valiente menoscabara la suya de cuchillero.

Oímos un galope detenerse frente a la pulpería, luego el chistido persistente que usan los paisanos para calmar un caballo, y la silenciosa silueta de don Segundo Sombra quedó enmarcada en la puerta.

— Güeñas tardes — dijo la voz aguda, fácil de reconocer. — ¿Cómo le va don Pedro?

— Bien ¿y usted don Segundo?

— Viviendo sin demasiadas penas graciah'a Dios.

Mientras los hombres se saludaban con las cortesías de uso, miré al recién llegado. No era tan grande en verdad, pero lo que le hacía aparecer tal hoy le viera debíase seguramente a la expresión de fuerza que manaba de su cuerpo.

El pecho era vasto, las coyunturas huesudas como las de un potro; los pies cortos, con un empeine a lo galleta; las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo. Su tez era aindiada, sus ojos ligeramente levantados hacia las sienas y pequeños. Para conversar mejor habíase echado atrás el chambergó de ala escasa, descubriendo un flequillo cortado como crin a la altura de las cejas.

Cuando lo hube mirado suficientemente, atendí a la conversación. Don Segundo buscaba trabajo y el pulpero le daba datos seguros, pues su continuo trato con gente de campo hacía que supiera cuanto acontecía en las estancias.

— ...en lo de Galván hay unas yeguas pa'domar. Días pasaos estuvo aquí Valerio y me preguntó si conocía algún hombre del oficio que le pudiera recomendar, porque él tenía muchos animales que atender. Yo le hablé del Mosco Pereira, pero si a usted le conviene...

— Me está pareciendo que sí.

— Güeno. Yo le avisaré al muchacho que viene todos los días al pueblo a hacer encargos. El sabe pasar por acá.

— Más me gusta que no diga nada. Si puedo iré yo mesmo a la estancia.

— Arreglao. ¿No quiere servirse de algo?

— Güeno — dijo Don Segundo, sentándose en una mesa cercana —, eche una sangría y gracias por el convite.

Lo que había que decir estaba dicho. Un silencio tranquilo aquietó el lugar. El tape Burgos se servía una cuarta caña. Sus ojos estaban lacrimosos, su faz impávida. De pronto me dijo, sin aparente motivo:

— Si yo fuera pescador como vos, me gustaría sacar un bagre barroso bien grandote.

Una risa estúpida y falsa subrayó su decir, mientras de reojo miraba a don Segundo.

— Parecen malos — agregó — porque colean y hacen mucha bulla, pero ¡qué malos han de ser si no son más que negros!

Don Pedro lo miraba con desconfianza. Tanto él como yo conocíamos al tape Burgos, sabiendo que no había nada que hacer cuando una racha agresiva se apoderaba de él.

De los cuatro presentes sólo don Segundo no entendía la alusión, conservando frente a su sangría un aire perfectamente distraído. El tape volvió a reírse en falso, como contento con su comparación. Yo hubiera querido hacer una prueba u ocasionar un cataclismo que nos distrajera. Don Pedro canturreaba. Un rato de angustia pasó para todos, menos para el forastero, que decididamente no había entendido y no parecía sentir siquiera el frío de nuestro silencio.

— Un barroso grandote — repitió el borracho —, un barroso grandote... ¡ahá! aunque tenga barba y ande en dos patas como los cristianos... En San Pedro cuentan que hay muchos d'esos bichos; por eso dice el refrán:

San Pedrino,

El que no es mulato es chino.

Dos veces oímos repetir el versito por una voz cada vez más pastosa y burlona.

Don Segundo levantó el rostro, y, como si recién se apercebiera que a él se dirigían los decires del tape Burgos, comentó tranquilo:

— Vea, amigo... vi'a tener que creer que me está provocando.

Tan insólita exclamación, acompañada de una mueca de sorpresa, nos hizo sonreír a pesar del mal cariz que tomaba

el diálogo. El borracho mismo se sintió un tanto desconcertado, pero volvió a su aplomo, diciendo:

— ¿Ahá? Yo creiba que estaba hablando sordos.

— ¡Que han de ser sordos los bagres con tanta oreja! Yo, eso sí, soy un hombre muy ocupao y por eso no lo puedo atender ahora. Cuando me quiera peliar, avíseme siquiera con unos días de anticipación.

No pudimos contener la risa, malgrado el asombro que nos causaba esa tranquilidad que llegaba a la inconciencia. De golpe, el forastero volvió a crecer en mi imaginación. Era el *tapao*, el misterio, el hombre de pocas palabras que inspira en la pampa una admiración interrogante.

El tape Burgos pagó sus cañas, murmurando amenaza.

Tras él corrí hasta la puerta, notando que quedaba agazapado entre las sombras. Don Segundo se preparó para salir a su vez y se despidió de Don Pedro, cuya palidez delataba sus aprensiones. Temiendo que el matón asesinara al hombre que tenía ya toda mi simpatía, hice como si hablara al patrón para advertir a don Segundo:

— Cuídese.

Luego me senté en el umbral, esperando con el corazón que se me salía por la boca, el fin de la inevitable pelea.

Don Segundo se detuvo un momento en la puerta, mirándola diferentes partes. Comprendí que estaba habituando sus ojos a lo más oscuro, para no ser sorprendido. Después se dirigió hacia su caballo caminando junto a la pared.

El tape Burgos salió de entre la sombra, y creyendo asegurar a su hombre, tiróle una puñalada firme, a partirle el corazón. Yo vi la hoja cortar la noche como un fogonazo.

Don Segundo, con una rapidez inaudita quitó el cuerpo y el facón se quebró entre los ladrillos del muro con nota de cencerro.

El tape Burgos dio para atrás dos pasos y esperó de frente el encontronazo decisivo.

En el puño de don Segundo relucía la hoja triangular de una pequeña cuchilla. Pero el ataque esperado no se produjo. Don Segundo, cuya serenidad no se había alterado, se agachó, recogió los pedazos de acero roto y con su voz irónica dijo:

— Tome amigo y hágala componer, que así tal vez no la sirva ni pa carniar borregos.

Como el agresor conservara la distancia, don Segundo guardó su cuchilla y estirando la mano, volvió a ofrecer los retazos del facón

— ¡Agarre, amigo!

Dominado el matón se acercó, baja la cabeza, en el puño bruñido y torpe la empuñadura del arma, inofensiva como una cruz rota.

Don Segundo se encogió de hombros y fue hacia su redomón. El tape Burgos lo seguía.

Ya a caballo el forastero iba a irse hacia la noche; el borracho se arproximó, pareciendo por fin, haber recuperado el don de hablar:

— Oiga, paisano — dijo levantando el rostro hosco, en que sólo vivían los ojos —. Yo vi'a hacer componer este facón pa cuando usted me necesite.

En su pensamiento de matón no creía poder más como gesto de gratitud, que el ofrecer así su vida a la del otro.

— Aura déme la mano.

— ¡Cómo no! — concedió don Segundo, con la misma imposibilidad con que hoy aceptaba el reto—. Ahí tiene, amigo.

Y sin más ceremonia se fue por el callejón, dejando allí al hombre que parecía como luchar con una idea demasiado grande y clara para él.

Al lado de don Segundo, que mantenía su redomón al tranco, iba yo caminando a grandes pasos.

— ¿Lo conoces a este mozo? — me preguntó terciando el poncho con amplio ademán de holgura.

— Sí, señor. Conozco mucho.

— Parece medio pavote, ¿no?

Ejercicios

- I. Caracterícese la imagen de don Segundo Sombra.
- II. Descríbase el lugar y el ambiente de los sucesos contados por el autor.
- III. ¿Qué tipo de oraciones predomina en el capítulo?
- IV. Indíquense los sinónimos de las palabras dadas, explicando suscepciones:
anegado, aguacero, menoscabar, cauteloso, zarco, carreta, rancho, temor, impávido, facón, mastín, desprecio.
- V. Fórmense las palabras derivadas de las que siguen:
pescar, ánima, esperar, conocer, tener, espantar, romper, vencer., sumir, manar, luminoso.
- VI. Hállense las raíces de las palabras indicadas y fórmense las voces afines:

disgusto, recortado, desconfianza, contenible, inofensivo, desprecio, irradiar, atemorizar, inadvertencia, atajar, intentar, desprevendientemente.

VII. Hállense los argentinismos léxicos en el texto.

VIII. Compónganse las oraciones que contengan los modismos y las locuciones siguientes:

sin apuro, estar en apuro, hacer correr la moneda, tener mala partida con, hacer encargos, mirar de reojo, tener mal (buen) cariz, a pesar de, encogerse de hombros, recuperar el don de hablar.

IX. Hállense en el texto las palabras con los sufijos -azo, -ito, -ote, -uerano. Explíquese qué matiz adquieren las palabras con los sufijos indicados.

X. Señálense los fenómenos fonéticos propios de la lengua hablada de los personajes.

XI. Nótese los tropos usados por el autor.

XII. Señálense las figuras estilísticas que emplea el autor.

XIII. Nótese los fenómenos gramaticales propios de la variante argentina del español.

XIV. Tradúzcase por escrito: a) desde "Al cruzar una calle..." hasta "Para vencer el encandilamiento..."; b) el diálogo desde "—Güeñas tardes..." hasta "El tape Burgos quedó impávido..."

RÓMULO GALLEGOS

Rómulo Gallegos, célebre novelista venezolano, nació en 1884. Su verdadero talento de narrador se plasmó en la novela. En los años de la década del 20 fueron publicadas "Reino Solar" (1920) y "La Trepadora" (1924).

Con su siguiente novela "Doña Bárbara" (1929), Gallegos obtuvo el premio de la "Asociación del Mejor Libro del Mes" de Madrid. El fragmento de la novela que proponemos al lector contiene la descripción del llano y algunos cuadros de la doma, que es el símbolo de la victoria del hombre sobre la naturaleza.

Después de haber publicado "Doña Bárbara", Gallegos editó otras novelas: "Cantaclaro" (1934), "Pobre Negro" (1937), "La Brizna de Paja en el Viento" (1952).

Rómulo Gallegos falleció en 1969.

DOÑA BÁRBARA

Primera parte

LA DOMA

VIII

La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz. Esta acecha por todas partes; pero allí nadie le teme. El Llano asusta: pero el miedo del Llano no enfría el corazón: es caliente como el gran viento de su soleada inmensidad, como la fiebre de sus esteros.

El llano enloquece y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre. En la guerra buena, esa locura fue la carga irresistible del pajonal incendiado, en Mucuritas y el retozo heroico de Queseras del Medio; en el trabajo: la doma y el ojeo, que no son trabajos, sino temeridades; en el descanso: la llanura en la malicia del "cacho", en la bellaquería del "pasaje", en la melancolía sensual de la copla; en el perezoso abandono: la tierra inmensa por delante y no andar, el horizonte todo abierto y no buscar nada; en la amistad: la desconfianza, al principio, y luego la franqueza absoluta; en el odio: la arremetida impetuosa; en el amor: "primero mi caballo". ¡La llanura siempre!

Tierra abierta y tendida, buena para el esfuerzo y para la hazaña; toda horizontes, como la esperanza; toda caminos, como la voluntad.

— ¡Alivántense, muchachos! Que ya viene la aurora con los lebrunos del día.

« Es la voz de *Pajaróte*, que siempre amanece de buen humor, y son los lebrunos del día — metáfora ingenua de ganadero-poeta — las redondas nubéculas que el alba va coloreando en el horizonte, tras la ceja oscura de una mata.

Ya en la cocina, un mechero de sebo pendiente del techo, alumbraba, entre las paredes cubiertas de hollín, la colada del café, y uno a uno van acercándose a la puerta los peones madrugadores. Casilda les sirve la aromática infusión, y, entre sorbo y sorbo, ellos hablan de las faenas del día. Todos parecen muy esperanzados; menos Carmelito, que ya tiene ensillado el caballo para marcharse. Antonio dice:

— Lo primero que hay que hacer es jinetear el potro alazano tostado, porque el doctor necesita una bestia buena para su silla y ese mostrenco es de los mejores.

— ¡Qué si es bueno! — apoya Venancio, el amansador.

Y *Pajaróte* agrega:

— Como que el don Balbino, que de eso sí sabe no se le puede quitar, ya lo tenía vistado para cogérselo.

Mientras Carmelito, para sus adentros:

— Lástima de bestia, hecha para llevar más hombre encima.

Y cuando los peones se dirigieron a la corralleja donde estaba el potro, detuvo a Antonio y le dijo:

— Siento tener que participarte que yo he decidido no continuar en Altamira. No me preguntes por qué. \

— 'No te lo pregunto, porque ya sé lo que te pasa, Carmelito — replicó Antonio —. Ni tampoco te pido que no te vayas, aunque contigo contaba, más que con ningún otro; pero sí te voy a hacer una exigencia. Aguárdate un poco. Un par de días no más, mientras yo me acomodo a la falta que me vas a hacer.

Y Carmelito, comprendiendo que Antonio le pedía aquel plazo con la esperanza de verlo rectificar el concepto que se había formado del amo, accedió:

— Bueno. Voy a complacerte. Por ser cosa tuya, me quedo hasta que te acomodes, como dices. Aunque hay cosas que no tienen acomodo en esta tierra.

Avanza el rápido amanecer llanero. Comienza a moverse sobre la sabana la fresca brisa matinal, que huele a mastranto y a ganados. Empiezan a bajar las gallinas de las ramas del totumo y el merecure; el talisayo insaciable les arrastra el manto de oro del ala ahuecada y una a una las hace esponjarse

del amor. Silban las perdices entre los pastos. En el paloapique de la majada una paraulata rompe su trino de plata. Pasan los voraces pericos, en bulliciosas bandadas; más arriba, la algarabía de los bandos de güiriríes, los rojos rosarios de cococoras; más arriba todavía las garzas blancas, serenas y silenciosas. Y bajo la salvaje algarabía de las aves que doran sus alas en la tierna luz del amanecer, sobre la ancha tierra por donde ya se dispersan los rebaños bravios y galopan las yegudas cerriles saludando al día con el clarín del relincho, palpita con un ritmo amplio y poderoso la vida libre y recia de la llanura. Santos Luzardo contempla el espectáculo desde el corredor de la casa y siente que en lo íntimo de su ser olvidados sentimientos se le ponen al acorde de aquel bárbaro ritmo.

Voces alteradas, allá junto a la corraleja, interrumpieron su contemplación:

— Ese mostrenco pertenece al doctor Luzardo, porque fue cazado en sabanas de Altamira y a mí no me venga usted con cuentos de que es hijo de una yegua miedaña. Ya aquí se acabaron los manoteos.

Era Antonio Sandoval, encarado con un hombrachón que acababa de llegar y le pedía cuentas por haber mandado a enlazar el potro alazano, del cual, poco antes, le hablara el amansador.

Santos comprendió que el recién llegado debía de ser su mayordomo Balbino Paiba y se dirigió a la corraleja a ponerle fin a la pendencia.

— ¿Qué pasa? — les preguntó.

Mas, como ni Antonio, por impedirle la sofocación del coraje, ni el otro, por no dignarse dar explicaciones, respondía a sus palabras, insistió, autoritariamente y encarándose con el recién llegado.

— ¿Qué sucede? — preguntó.

— Que este hombre se me ha insolentado — respondió el hombrachón.

— ¿Y usted quién es? — inquirió Luzardo, como si no sospechase quién pudiera ser.

•— Balbino Paiba. Para servirle.

— ¡Ah! — exclamó Santos, continuando la ficción —. ¡Conque es usted el mayordomo! A buena hora se presenta. Y llega buscando pendenencias en vez de venir a presentarme sus excusas por no haber estado aquí anoche, como era su deber.

Una manotada a los bigotes y una respuesta que no estaba

en el plan que Balbino se había trazado para imponérsele a Luzardo desde el primer momento.

— Yo no sabía que usted venía anoche. Ahora es que vengo a darme cuenta de que se hallaba aquí. Digo, porque supongo que debe de ser usted el amo, para hablarme así.

— Hace bien en suponerlo.

Pero ya Paiba había reaccionado del momentáneo desconcierto que le produjera la inesperada actitud enérgica de Luzardo, y tratando de recuperar el terreno perdido, dijo:

— Bueno. Ya he presentado mis excusas. Ahora me parece que le toca a usted, porque el tono con que me ha hablado... Francamente... No es el que estoy acostumbrado a oír cuando alguien me dirige la palabra.

Sin perder su aplomo y con una leve sonrisa irónica, Santos replicó:

— Pues no es usted muy exigente.

"¡Tenemos jefe!" — se dijo *Pajaróte*.

Y ya no le quedaron a Balbino ganas de bravuconadas ni esperanzas de mayordomías.

— ¿Quiere decir que estoy dado de baja y que, por consiguiente, aquí se terminó mi papel?

— Todavía no. Aún le falta rendirme cuentas de su administración. Pero eso será más tarde.

Y le dio la espalda, a tiempo que Balbino concluía a su regañadientes:

— Cuando usted lo disponga.

Antonio buscó con la mirada a Carmelito, y *Pajaróte*, dirigiéndose a María Nieves y a Venancio — que estaban dentro de la corraleja esperando el resultado de la escena y aparentemente ocupados en preparar los cabos de sogas para maniatar el alazano — les gritó, llenas de intenciones las palabras:

— ¡Bueno, muchachos! ¿Qué hacen ustedes que todavía no han maroteado a ese mostrenco? Mírenlo cómo está temblando de rabia que parece miedo. Y eso que sólo le han dejado ver la marola. ¿Qué será cuando lo tengamos planeado contra el suelo?

— ¡Y que va a ser ya! Vamos a ver si se quita estas marotas como se quitó las otras — añadieron María Nieves y Venancio, celebrando con risotadas la doble intención de las palabras del compañero, que tanto se referían a Balbino como al alazano.

Brioso, fino de líneas y de gallarda alzada, brillante el pelo y la mirada fogosa, el animal indómito había reventado,

en efecto, las maneas que le pusieran al cazarlo y, avisado por el instinto de que era el objeto de la operación que preparaban los peones, se defendía procurando estar siempre en medio de la madrina de mostrencos que correteaban de aquí para allá dentro de la corraleja.

Al fin *Pajaróte* logró apoderarse del cabo de sogas que llevaba a rastras y, palanqueándose, con los pies clavados en el suelo y el cuerpo echado atrás, resistió el empuje de la bestia cerril, dando con ella en la tierra.

— Guayaquéelo carite — le gritó a María Nieves —. No lo deje que se pare.

Pero en seguida el alazano se enderezó sobre sus remos, tembloroso de coraje. *Pajaróte* lo dejó que se apaciguara y cobrara confianza y luego fue acercándosele, poco a poco, para ponerle el tapaojos.

Vibrante y con las pupilas inyectadas por la cólera, el potro lo dejaba arroximarse; pero Antonio le adivinó la intención y gritó a *Pajaróte*:

— ¡Ten cuidado! Ese animal te va a manotear.

Pajaróte adelantó lentamente el brazo, mas no llegó a ponerle el tapaojos, pues en cuanto le tocó las orejas, el mostrenco se le abalanzó, tirándole a la cara. De un salto ágil el hombre logró ponerse fuera de su alcance, exclamando:

— ¡Ah, hijo de puya bien resabiao!

Pero este breve instante fue suficiente para que el potro corriera a defenderse otra vez dentro de la madrina de mostrencos que presenciaban la operación, erguidos los pescuezos, derechas las orejas.

— Enguarálalo — ordenó Antonio —. Échale un lazo gotero.

Y allí mismo estuvo el alazán atrincándose el nudo corredizo. María Nieves y Venancio se precipitaron a echarle las marotas y con esto la asfixia del lazo, el mostrenco se planeó contra la tierra y se quedó dominado y jadeante.

Puestos el tapaojos y la cabezada y abrochadas las "suel-tas", dejáronlo enderezarse sobre sus remos y en seguida Venancio procedió a ponerle el simple apero que usa el amansador. El mostrenco se debatía encabritándose y lanzando coques, y cuando comprendió que era inútil defenderse, se quedó quieto, tetanizado por la cólera y bañado de sudor, bajo la injuria del apero que nunca habían sufrido sus lomos.

Todo esto lo había presenciado Santos Luzardo junto al tranquero del corral, con el ánimo excitado por la evocación de su infancia, a caballo en pelo contra el gran viento de la

lanura, cuando, a tiempo que Venancio se disponía a echarle la pierna al alazán, oyó que Antonio le decía tuteándolo:

— Santos, ¿te acuerdas de cuando jineteabas tú mismo las bestias que el viejo escogía para tí?

Y no fue necesario más para que comprendiera lo que el peón fiel quería decirle con aquella pregunta. ¡La doma! La prueba máxima de llanería, la demostración de valor y de destreza que aquellos hombres esperaban para acatarlo. Maquinamente buscó con la mirada a Carmelito, que estaba de codos sobre la palizada al extremo opuesto de la corraleja y con una decisión fulgurante, dijo:

— Deje, Venancio. Seré yo quien lo jinetearé.

Antonio sonrió, complacido en no haberse equivocado respecto a la hombría del amo; Venancio y María Nieves se miraron, sorprendidos y desconfiados, y *Pajaróte* con su ruda franqueza:

— No hay necesidad de eso, doctor. Aquí todos sabemos que usted es hombre para lo que se necesite. Deje que se lo jineteé Venancio.

Pero ya Santos no atendía las razones y saltó sobre la bestia indómita, que se arrasó casi contra el suelo al sentirlo sobre sus lomos.

Carmelito hizo un ademán de sorpresa y luego se quedó inmóvil, fijo en los mínimos movimientos del jinete, bajo cuyas piernas remachadas a la silla, el alazán, cohibido por el tapaojos y sostenido del bozal por *Pajaróte* y María Nieves, se estremecía de coraje, bañado en sudor, dilatados los bellos ardientes.

Y Balbino Paiba, que se había quedado por allí en espera de que se le proporcionara oportunidad de demostrarle a Luzardo, si éste volvía a dirigirle la palabra, que aún no había pasado el peligro a que se arriesgara al hablarle como lo hiciera, sonrió despectivamente y se dijo:

— Ya este... patiquincito va a estar clavando la cabeza en su propia tierra.

Mientras, Antonio se afanaba en dar los inútiles consejos, la teoría que no podía habersele olvidado a Santos:

— Déjelo correr a todo lo que quiera al principio, y luego lo va trajinando, poco a poco, con la falseta. No lo sobe sino cuando sea muy necesario y acomódese para el arranque, porque este alazán es barajustador, de los que poco corcovean, pero se disparan como alma que lleva el diablo. Venancio y yo iremos de amadrinadores.

Pero Luzardo no atendía sino a sus propios sentimientos,

ímpetus avasalladores que le hacían vibrar los nervios, como al caballo salvaje los suyos, y dio la voz a tiempo se inclinaba a alzar el tapaojos.

— ¡Denle el llano!

— ¡En el nombre de Dios! — exclamó Antonio.

Pajaróte y María Nieves dejaron libre la bestia, abriéndose rápidamente a uno y otro lado. Retempló el suelo bajo el corcovear furioso, una sola pieza, jinete y caballo; se levantó una polvareda y aún no se había desvanecido cuando ya el alazano iba lejos, bebiéndose los aires de la sabana sin fin.

Detrás tendidos sobre las crines de las bestias amadrinadoras, pero a cada tranco más rezagados, corrían Antonio y Venancio.

Carmelito murmuró emocionado:

— Me equivoqué con el hombre.

A tiempo que *Pajaróte* exclamaba:

— ¿No le dije, Carmelito, que la corbata era para taparse los pelos del pecho, de puro enmarañados que los tenía el hombre? ¡Mírelo cómo se agarra! Para que ese caballo lo tumbe tiene que aspearse patas arriba.

Y en seguida, para Balbino, ya francamente provocador:

— Ya van a saber los fustaneros lo que son calzones bien puestos. Ahora es cuando vamos a ver si es verdad que todo lo que ronca es tigre.

Pero Balbino se hizo el desentendido, porque cuando *Pajaróte* se atrevía nunca se quedaba en las palabras.

Comentario

Mucuritas y Queseras del Medio — lugares donde fueron obtenidas victorias durante la guerra de la Independencia a principios del siglo XIX.

Ejercicios

I. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿Qué simboliza el llano, según el autor? — 2. ¿Cómo caracteriza el autor el llano? — 3. ¿Cuáles son los rasgos del carácter de Luzardo? — 4. ¿Con qué inicia el autor la descripción del llano? — 5. ¿Cómo termina la descripción?

II. Nótese la repetición anafórica y el paralelismo sintáctico en la descripción.

III. Nótese las oraciones elípticas.

- IV. Explíquese el uso de los tiempos gramaticales en el fragmento.
- V. ¿Qué acepciones tienen las palabras siguientes además de las que tienen en el texto?
falta, carga, baja, remo, silla, pieza, participar.
- VI. Nómbrense las partes integrantes de las palabras:
regañadientes, tapaojos, indómito, desentendido, encarrar.
- VII. Hállense los giros sinónimos de las expresiones dadas:
a regañadientes, para sus adentros, poner fin, dar explicaciones, presentar excusas, dar la espalda, dar de baja, llevar a rastras, en efecto, cobrar confianza, hacerse el desentendido, contar con.
- VIII. Hállense en el fragmento los sinónimos de las palabras:
apero, llano, preguntar, gritar, cólera, emocionado.
- IX. Escójanse entre los sinónimos dados los más adecuados al contexto:
Fo goso — indomable, silvestre, firme, fiero, salvaje, bravo, cerril, arisco, montaraz.
Reventar — estallar, molestar, fastidiar, cansar, enfadar, perjudicar, brotar, deshacer, romper.
Objeto — fin, término, propósito, intento, causa, motivo.
Complacido — contento, alegre, satisfecho, gustoso.
Equivocarse — engañarse, confundirse, colarse.
Mirar — ojear, observar, considerar, apreciar, pensar, estimar, atender, velar, cuidar.
Sorprendido — estupefacto, patitieso, petrificado.
Desconfiado — incrédulo, malicioso, receloso, suspicaz.
Rudo — áspero, tosco, brusco, bronco, patán, grosero, descortés, desabrido, romo, torpe, bruto.
Franqueza — ingenuidad, campechanía, llaneza, sencillez, espontaneidad, candor, sinceridad, generosidad, liberalidad.
ímpetu — arrebató, violencia, impetuosidad, impulso, arranque, furia, resolución.
Alzar — elevar, izar, erguir, levantar, encumbrar, ascender, subir, sublevar, rebelar.
- X. Tradúzcase por escrito desde "Carmelito hizo un ademán de sorpresa ..." hasta "Detrás tendidos..."

Escritor y poeta mexicano, Miguel Ángel Menéndez nació el 11 de enero de 1905 en la ciudad de Mérida (Yucatán).

En 1932 apareció su primer libro de versos intitulado "Otro libro" y cuatro años después vio la luz la segunda obra "El Rumbo de los Versos". Publicado en 1941, su libro "Nayar" tuvo éxito en el país y en el extranjero (fue traducido al inglés y al francés y, en la versión abreviada, al ruso). Se le fue concedido el Premio Nacional de Literatura.

El nombre de la novela se lo dio el litoral del Pacífico, donde se extiende la Sierra Madre del Nayar. Las tribus de la población indígena son coras y huicholes y a éstas están consagradas las páginas de la novela. Profundamente prendado por los paisajes de su país, Menéndez despliega ante el lector un sin fin de cuadros de la selva y de los montes, del mar y de los campos; él baraja los episodios de la vida primitiva de los indios con los de la vida de la población campestre.

NAYAR

II

Este árbol — pienso al encaramarme — suda olor a tigre. Hedor áspero, grueso. En susurro lo advierto a Ramón. En este brazo fuerte que en su nacimiento del tronco hace una cuna, se agazapará el gatazo para espiar sus víctimas. Abro la llave de mi lámpara, salta el chorro de luz y con él busco en la fronda, luego de aluzar en la corteza del tronco las profundas huellas de su zarpa. Trepo y anido en bifurcación de ramas altas. Cuelgo el morral — parque, tortillas, bule — a mi alcance. Viéndome seguro, se va Ramón, seguido de Mariano, a buscar sitio.

Respiro ancho, a gusto. Llega, de lejos, aroma de tampicirano, de vetas lindas; de cocogol, la madera negra y fuerte. Me lleno de selva tropical, despeinada, brava. Escucho el silencio y me adhiero a él. Soy — ahora — el más temible animal de la selva. Mi rifle puede escupir siete disparos en cinco segundos. Así estoy, como alto centinela del silencio, dispuesto a matar al que lo rompa. Me solaza la idea de mi fuerza y de mi habilidad. Me comparo con los primeros hombres, en el comienzo de la humanidad, y pienso que si algún sobreviviente apareciera de improviso, rompiendo este silencio feliz, lo mataría como a cualquier animal grande. —

Serías un criminal — me respondo — de los peores. Dispararías contra un hombre inerme —. ¿Inerme? ¿El que sin rifle pudo vencer al mamuth, al dinosaurio, y sobrevivir a toda la prehistoria?

Pasa el silencio. Se mete a las venas y al pensamiento. Cierro los ojos, cabeceo, fuertemente sujeto a la horqueta que me sirve de apoyo. Cierro los ojos y sonrío como niño porque no puedo mirar pa dentro. Esto es de Ramón. Así dice cuando se tiende a dormir y duerme porque para eso se tendió: "Ni modo. Hay que mirar pa dentro". O sueña, que es la manera de dormir despierto. Ramón es mi amigo. Le quiero por su bravura y por su lealtad. Ahora estará en un árbol; como yo, adherido al silencio y pensando en mí.

El aguaje está situado a cosa de cien pasos de mi columpio. Lo domino perfectamente. Es un pequeño charco de estrellas. Por ahí, por el norte, hemos formado los cazadores un amplio semicírculo. Los tigres han hecho destrozos en la becerrada y nosotros queremos cobrar el daño. Tengo, por el Este, un claro del bosque alto. A la izquierda el estero plateado y detrás de mí, la selva apretada y agresiva.

Arrecia el viento, sacude a veces la ramazón en que me hospedo y se aquieta pronto para dejarme oír silencio, que hace bajar mis párpados, en suave insinuación de sueño. Así es como escucho la cauta quebrazón de hojas. Localizo bien el rumbo del ruido, abro mi lámpara y veo dos reflejos de primoroso azul pálido. Siento enormes deseos de tirar; los contengo, cierro mi luz y escucho el trote que se aleja. Ha de ser ciervo grande. Y otra vez y otra vez. Mapaches solitarios, jabalíes, tejones.

Del monte — a mi espalda — viene. Comienza la luz sobre las altas copas. A esta luz, mi lámpara no sirve. Ya no lograría deslumhrar. Y él llega. Siento que se detiene a cada instante, que gatea. Al fin puedo ver su manchada piel deslizarse, buscando el abrigo de los grandes troncos. Un calofrío de emoción recorre mi cuerpo. A menos cuarenta metros le apunto la primera vez pero se esconde en los matojos y me impide asegurarlo. De pronto surge ya casi debajo de mí. Viene al árbol, a su árbol. Se detiene un segundo, junto al tronco, en sitio que apenas logro dominar; se sienta, juntando las extremidades; comprendo que saltará con gana de acomodarse en la cuna del tronco, y en ese instante tiró el llamador. Despertamos a la selva con el ruido de un balazo y la impotencia feroz de un bufido. Salta prodigiosamente y en el aire flexiona el poderoso flanco de manera que su cabeza toca el anca y

sus zarpas buscan en el aire cuerpo que rasgar. En pleno salto lo desnucó, a tres metros escasos de mí. Cae tronchando ramas, loco de rabia por no poder llevarse alguna vida entre las garras. En su epilepsia mortal marca el tronco la última vez y el temblor del zarpazo final llega hasta mí. Se diría que el árbol y yo coincidimos en el mismo miedo. Otro animal como éste llegará mañana, olisqueará el sitio, verá la huella de zarpas furiosas y se alejará rezongando que aquí murió su hermano, con la cabezota dura llena de ideas de venganza. Sudan mis manos. Admiro su bello cuerpo, listo mi automático treinta, para rematar. Pero no es necesario. Está quieto. Hago por descender cuando Ramón grita: — ¡No bajes! — Y aparece, casi reptando, del rumbo del agua, con el arma tendida encañonando al animal.

Comienza el franco y dulce amanecer.

V

El que no sabe caminar de puntillas en la selva, apagando los ruidos de su paso, evitando ramas y hojas al tiempo mismo que escudriña en troncos y fronda, yerbajos y breñales, ignorará para siempre la dulce vida del animal que es libre, que adora su libertad, que la cuida con celo inexpresable. Ser cauto como lo gacela, prevenido como el tigre, silencioso y vigilante como gavilán en vuelo. Es la fórmula, el secreto del vivir en amor con la tupida selva, capaz de ensanchar las mayores emociones, de hacer caer el corazón más alto, de trocar en brillantes las facetas del espíritu más romo y opaco. La selva gigante, la que va de los yerbajos a la ceiba prodigiosa en cuya sombra, como en la del árbol de la leyenda, podrían encontrarse y combatir dos escuadrones sin sentir el sol, acoge y protege al que la sabe querer.

En toda ella no hay animal más torpe que el hombre, que para vivir se asocia y con esto sacrifica en parte su libertad. Ni más cruel, ni más abyecto yo lo sé bien: ni más cruel ni más abyecto. Cuando un hombre penetra la selva, la selva se disgusta y lo señala. Se llena de crujidos misteriosos y se opone en lo que puede a la penetración.

Agazapándome, reptando sigilosamente, llegué, bajo los árboles frondosos, con el pecho miserable untado en lodo menos impuro que el de mi corazón, hasta la orilla de un pequeño lago, en cuyo cristal lucían belleza indescriptible centenas de garzas dispuestas de manera que parecían brotar del agua ramazones de pluma. Garzas en idilio, blancas y rosa-

das y morenas; fiesta de ingenuidad bajo el mañanero cielo cálido; garzas hieráticas, hundiendo el aguzado pico en el plumón del pecho, detenidas en una sola pata; garzas en aliño, tocándose con esmero de doncellas.

¿Cómo fue? ¿Por qué, si estaba yo en éxtasis? Si la escena, capaz de enamorar, de seducir, de afinar el espíritu de un patán, se había metido a mis ojos con seducción inefable, con ternura desconocida, ¿cómo fui capaz de estremecer el monte con la perdigonada?

¿Fueron las codiciadas plumas largas que descendían hasta rayar el agua? ¿Fue la carne sabrosa?... ¿Codicíaba los ojos azules, los picos sonrosados?... ¡Si todo lo arrojé después, lamentándome de tener negro el corazón!...

Si la estúpida boca de mi escopeta fuera capaz de responder, diría:

— Todo es así porque eres hombre.

Permanecí echado sobre raíces húmedas. Ni siquiera traté de cobrar las piezas, muertas unas, otras que aún se debatían; quedé anonadado como un criminal que no sabe qué hacer después del crimen: si huir, si robar a su víctima. Algo se me había roto dentro, donde podría tener el alma, imposible de reparar; que se había muerto algo y que ese algo lo llevaba dentro de mí, pesándome. Como si yo hubiera sido poeta hasta minutos antes y de pronto, por accidente, hubiera quedado rota y muerta mi emoción.

Al fin pude vencer, escupir la cosa negra que me ahogaba, arrojar el fardo, el cadáver de mi arrepentimiento; embacé la escopeta, caminé de puntillas, como si huiera, pensando convencido:

— ¡Soy muy hombre!...

XVI

Andando, andando, andando. Sierra del Nayar con Sinaloa, con Durango, con Zacatecas, con Jalisco. Andando, andando. No diré aquí esto, aquí lo otro, sino: ahí todo. Ahí, andando, andando.

Cierta vez un indio me vio redactar unos apuntes y preguntó:

— ¿Poqué rayas lagua?

— No es agua, sino papel.

— Lo mismo: ¿no ves que el papel se pudre? Las piedras son eternas. ¿Poqué no rayas las piedras?

Entre huicholes, coras y tepehuanes, son como diez mil

depauperados: cosas que andan, que quieren volver a ser hombres. Sombreros de palma, rebozos, con huaraches y patas desnudas, que siembran y cazan y pescan y fuman o beben tesguino y mezcal. Lloran y cantan — ¿tristes, alegres? — bajo la lluvia, la noche y el sol, a la sombra de ídolos que naufragaron pero que no han muerto.

Se supone que la tierra y el cielo, astros y estrellas, eran uno. Uno grande, fuerte, compacto, en el que se movían al igual los dioses y los hombres. Agua, tierra y fuego, se conjugaban espontánea y sabiamente para servir a esa unidad infinita presidida por los que nunca lloran y disfrutada por los que sólo sabemos llorar. Se supone que todo era feliz en ese tiempo en que la noche se mezclaba con el día y en que el calor se hermanaba venturosamente con el frío. Se supone...

— ¿Y cómo comenzó entonces lo que hoy vivimos? — urge Ramón.

— Se supone — machacó inmutablemente el tatouan — que todos éramos iguales antes que ocurriera la cisión...

— ¿La escisión?... ¿Y cómo vino? — implora un gañán de ojos bovinos y alma párvula.

— Se supone que vino como viene la lluvia, de arriba pa-bajo. Pelearon los dioses, pelearon los hombres.

— ¿Y por qué pelearon los dioses, si todos estaban contentos?

Vaciló la respuesta entre encías desdentadas y los labios sarmentosos. Un golpe de tos arrastró hasta nosotros las palabras:

— Esa cosa nunca se dijo porque es cosa de los dioses.

El tatouan apretó los resortes que movían sus cejas y sobre su nariz puso un acento circunflejo. Quedó así hasta que anudó sus pensamientos:

— Hoy, todos somos diferentes. Nada más nos parecemos en que somos malos. Ser malo es el costumbre desde el día...

— ¿Qué día? — urgió Ramón de nuevo.

— Hay días que no tienen fecha — afirmó Gervasio imperiosamente.

— Ser malo — continuó el oráculo — es el costumbre desde cuando la noche se hizo aparte del día y el agua huyó de la tierra para buscar su sitio y el fuego se alzó de ambos, profundamente disgustado, y en que los dioses, cada uno con su casa a cuestras, se remontaron. Ser malo es el costumbre desde entonces... Y por eso nos dividimos y nos guardamos tras los árboles a espiarnos y a venearnos los unos a los otros...

— Así se supone...

Gervasio — nombre propio — según la novela, el gobernador de la tribu de cora.

íatouan — (*regional Méx.*) el más viejo.

Ejercicios

- I. Nótese las propiedades de la sintaxis, explicando qué papel desempeñan en el fragmento: a) las oraciones incompletas, nominativas, elípticas e intercaladas; b) las preguntas retóricas; c) las inversiones; d) las repeticiones y las anáforas; e) el paralelismo sintáctico; f) las reticencias; g) los polisíndetones; h) los asíndetones.
- II. Nótese las voces indígenas.
- III. Señálense las metáforas, sinécdoques, metonimias.
- IV. Indíquense las personificaciones (prosopopeyas).
- V. Tradúzcase por escrito desde "Del monte a mi espalda viene..." hasta el fin del capítulo segundo; desde "El que no sabe caminar..." hasta "Agazapándome, reptando sigilosamente..." (cap. V) y desde "Se supone que la tierra y el cielo, astros y estrellas..." hasta el fin del capítulo XVI.

Federico García Lorca, poeta español de fama mundial, nació en 1899 en el pequeño pueblo granadino de Fuente Vaqueros.

Su primer libro "Impresiones y paisajes" apareció en 1918. A partir de 1919 Lorca reside en Madrid, colaborando en las revistas poéticas *Carmen* y *Gallo*. A este período se refiere la aparición de muchas poesías, algunas de las cuales se transmitían oralmente. A los mismos años pertenecen las colecciones poéticas: "Libro de poemas" (1921), "Canciones" (1921—1924) y sus famosos "Romancero gitano" (1924—1927) y "Poema del cante jondo" (1921) publicado en 1931.

Las tendencias dramáticas que ya se notaban en los versos de Lorca, determinaron la aparición de su primer drama "Mariana Pineda", estrenado en 1927.

En los años 1929—1930 Lorca realizó un viaje a Estados Unidos, Canadá y Cuba. El viaje produjo en el poeta tremenda impresión. En el libro de versos "Poeta en Nueva-York" publicado en 1940, retrató la principal ciudad de los Estados Unidos como "montes de cemento", donde el poeta sufre y no puede contener la exclamación: "¡Oh salvaje Norteamérica! ¡Oh impúdica!" Pero con enorme consentimiento describe Lorca los barrios negros de Harlem.

Al regresar a España Lorca se da por completo al teatro. En los años de la República Española, el Gobierno le confiere la organización de un teatro. Así apareció el teatro estudiantil ambulante "La Barraca". Este pequeño grupo de entusiasmas tenía por misión llevar la cultura clásica a los más apartados rincones del país. Inspirado y entusiasmado por la actividad de este teatro, Lorca empezó a escribir obras dramáticas. Así vio la luz la farsa popular, alegre y lírica, "La zapatera prodigiosa" (1930). Pero andando el tiempo, en la obra lorquina se acentúan los ritmos trágicos. En el año 1931 fue estrenada la farsa trágica "Amor de Perlimpín con Belisa en su jardín".

En el año 1934 apareció el drama "Yerma". Es una tragedia de la maternidad frustrada, de la mujer que las leyes feudales llevan hasta el crimen.

La otra obra dramática donde los motivos sociales se ven bien marcados es "Doña Rosita la Soltera o El lenguaje de las flores", que fue estrenada en Barcelona en 1935. "Doña Rosita" viene a ser la comedia romántica de la soltería, encuadrada en una risueña evocación del fin del siglo XIX provinciano.

Los fragmentos que colocamos más abajo permiten comprender el contenido de la pieza. De los personajes presta sumo interés el Ama, la vieja criada en casa de la Tía. Por su posición en la pieza es antagonista a la Tía, al mundo burgués representado por ésta. En el Ama el autor muestra a una campesina granadina, fiel y lenguaraz, amante y trabajadora. Su lenguaje es rústico y a veces vulgar, pero expresivo y fresco. Otro personaje que merece ser mencionado es don Martín, pobre y desgraciado profesor de un colegio.

La última obra dramática escrita poco antes de la trágica muerte del autor es "La casa de Bernarda Alba", que da a conocer la sombría suerte que espera a las hijas de la ricachona aldeana Bernarda Alba.

En agosto de 1936 Lorca fue asesinado salvajemente por los fascistas en su querida Granada a pocos días después de la sublevación franquista.

DOÑA ROSITA LA SOLTERA

EL LENGUAJE DE LAS FLORES

Poema granadino del novecientos, dividido en varios jardines con escenas de canto y baile.

Personajes

Doña Rosita	El tío
El ama	El sobrino
La tía	Don Martín
Madre de las solteras	Dos obreros

ACTO PRIMERO

Habitación con salida a un invernadero.

R o s i t a . (Entrando.)

Mi sombrilla.

T í o .

Su sombrilla.

T í a . (A voces.)

(La sombrilla!

A m a . (Apareciendo.)

¡Aquí está la sombrilla!

(Rosita coge la sombrilla y besa a sus tíos.)

R o s i t a .

¿Qué tal?

T í o .

Un primor.

T í a .

No hay otra.

R o s i t a . (Abriendo la sombrilla.)

¿Y ahora?

A m a .

¡Por Dios, cierra la sombrilla, no se puede abrir bajo techado! ¡Llega la mala suerte!

Por la rueda de San Bartolomé
y la varita de San José
y la santa rama de laurel,
enemigo, retírate

por las cuatro esquinas de Jerusalén.

(Ríen todos. El Tío sale.)

R o s i t a . (Cerrando.)

¡Ya está!

A m a .

No lo haga más. ¡ca...ramba!

R o s i t a .

¡Uy!

T í a .

¿Qué ibas a decir?

A m a .

¡Pero no lo he dicho!

R o s i t a . (Saliendo con risas.)

¡Hasta luego!

T í a.
 ¿Quién te acompaña?
 R o s i t a . (Asomando la cabeza.)
 Voy con las manólas.
 A m a .
 Y con el novio.
 T í a.
 El novio creo que tenía que hacer.
 A m a .
 No sé quién me gusta más: su novio o ella. (La Tía se sienta a hacer encaje de bolillos.) Un par de primos para ponerlos en un vasar de azúcar, y si se murieran, ¡Dios los libre!, embalsamarlos y meterlos en un nicho de cristales y de nieve. ¿A cuál quiere usted más? (Se pone a limpiar.)
 T i a.
 A los dos los quiero como sobrinos.
 A m a .
 Uno por la manta de arriba y otro por la manta de abajo, pero...
 T í a.
 Rosita se crió conmigo..
 A m a .
 Claro. Como que yo no creo en la sangre. Para mí esto es ley. La sangre corre por debajo de las venas, pero no se ve. Más se quiere a un primo segundo que se ve todos los días, que a un hermano que está lejos. Por qué, vamos a ver.
 T í a.
 Mujer, sigue limpiando.
 A m a .
 Ya voy. Aquí no la dejan a una ni abrir los labios. Cré usted una niña hermosa para esto. Déjese usted a sus propios hijos en una chocita temblando de hambre.
 T (a):
 Será de frío.

A m a .
 Temblando de todo, para que le digan a una, "¡Cállate!"; y como soy criada no puedo hacer más que callarme, que es lo que hago y no puedo replicar y decir...
 T i a.
 Y decir ¿qué...?
 A m a .
 Que deje usted esos bolillos con ese tiquití, que me va a estallar la cabeza de tiquitís.
 T í a . (Riendo.)
 Mira a ver quién entra.
 (Hay un silencio en la escena, donde se oye el golpear de los bolillos.)
 V o z . •
 ¡Manzanillaaaaa finaaa de la sierraaa!
 T í a . (Hablando sola.)
 Es preciso comprar otra vez manzanilla. En algunas ocasiones hace falta... Otro día que pase..., treinta y siete, treinta y ocho.
 V o z del p r e g o n e r o (Muy lejos.)
 ¡Manzanillaa finaa de la sierraa!
 T í a . (Poniendo un alfiler.)
 Y cuarenta.
 S o b r i n o . (Entrando.)
 Tía.
 Tía. (Sin mirarlo.)
 Hola, siéntate, si quieres. Rosita ya se ha marchado.
 S o b r i n o .
 ¿Con quién salió?
 Tía.
 Con las manólas. (Pausa. Mirando al Sobrino.) Algo te pasa.

Sobrino.

Sí.

Tía. (*Inquieta.*)

Casi me lo figuro. Ojalá me equivoque.

Sobrino.

No. Lea usted.

Tía. (*Lee.*)

Claro, si es natural. Por eso me opuse a tus relaciones con Rosita. Yo sabía que más tarde o más temprano te tendrías que parchar con tus padres. ¡Y que es ahí al lado! Cuarenta días de viaje hacen falta para llegar a Tucumán. Si fuera hombre y joven, te cruzaría la cara.

Sobrino."

Yo no tengo la culpa de querer a mi prima. ¿Se imagina usted que me voy con gusto? Precisamente quiero quedarme aquí y a eso vengo.

Tía.

¡Quedarte! ¡Quedarte! Tu deber es irte. Son muchas leguas de hacienda y tu padre está viejo. Soy yo la que te tiene que obligar a que tomes el vapor. Pero a mí me dejas la vida amargada. De tu prima no quiero acordarme. Vas a clavar una flecha con cintas moradas sobre tu corazón. Ahora se enterará de que las telas no sólo sirven para hacer flores sino para empapar lágrimas.

Sobrino.

¿Qué me aconseja usted?

Tía.

Que te vayas. Piensa que tu padre es hermano mío. Aquí no eres más que un paseante de los jardinillos y allí serás un labrador.

Sobrino.

Pero es que yo quisiera...

Tía.

¿Casarte? ¿Estás loco? Cuando tengas tu porvenir hecho. Y llevarte a Rosita, ¿no? Tendrías que saltar por encima de mí y de tu tío.

78

Sobrino.

Todo es hablar. Demasiado sé que no puedo. Pero yo quiero que Rosita me espere. Porque volveré pronto.

Tía.

Si antes no pegas la hebra con una tucumana. La lengua se me debió pegar en el cielo de la boca antes de consentir tu noviazgo; porque mi niña se queda sola en estas cuatro paredes, y tú te vas libre por el mar, por aquellos ríos, por aquellos bosques de toronjas, y mi niña aquí, un día igual a otro, y tú allí: el caballo y la escopeta para tirar al faisán.

Sobrino.

No hay motivo para que me hable usted de esa manera. Yo di mi palabra y la cumpliré. Por cumplir su palabra está mi padre en América y usted sabe...

Tía. (*Suave.*)

Calla.

Sobrino.

Callo. Pero no confunda usted el respeto con la falta de vergüenza.

Tía. (*Con ironía andaluza.*)

¡Perdona, perdona! Se me había olvidado que ya eras un hombre.

Ama. (*Entra llorando.*)

Si fuera un hombre no se iría.

Tía. (*Enérgica.*)

¡Silencio!

(*El Ama llora con grandes sollozos.*)

Sobrino.

Volveré dentro de unos instantes. Dígaselo usted.

Tía.

Descuida. Los viejos son los que tienen que llevar los malos ratos.

(*Sale el Sobrino.*)

Ama.

¡Ay, qué lástima de mi niña! ¡Ay, qué lástima! ¡Ay, qué lástima! ¡Estos son los hombres de ahor! Pidiendo

79

ochavitos por las calles me quedo yo al lado de esta prenda. Otra vez vienen los llantos a esta casa. ¡Ay, señora! (*Reaccionando.*) ¡Ojalá se lo coma la serpiente del mar!

ACTO TERCERO

Sala baja de ventanas con persianas verdes que dan al Jardín del Carmen. Hay un silencio en la escena. Un reloj da las seis de la tarde. Cruza la escena el Ama con un cajón y una maleta. Han pasado diez años. Aparece la Tía y se sienta en una silla baja, en el centro de la escena. Silencio. El reloj vuelve a dar las seis. Pausa.

A m a . (*Entrando.*)

La repetición de las seis.

T í a .

¿Y la niña?

A m a .

Arriba, en la torre. Y usted, ¿dónde estaba?

T í a .

Quitando las últimas macetas del invernadero.

A m a .

No la he visto en toda la mañana.

T í a .

Desde que murió mi marido está la casa tan vacía que parece el doble de grande, y hasta tenemos que buscarnos. Algunas noches, cuando toso en mi cuarto, oigo un eco como si estuviera en una iglesia.

A m a .

Es verdad que la casa resulta demasiado grande.

T í a .

Y luego... si él viviera, con aquella claridad que tenía, con aquel talento... (*Casi llorando.*)

A m a . (*Cantando.*)

Lan-lan-van-lan-lan... No, señora, llorar no lo consiento. Hace ya seis años que murió y no quiero que esté usted como el primer día. ¡Bastante lo hemos llorado! ¡A pisar firme, señora! ¡Salga el sol por las esquinas! ¡Que nos espere muchos años todavía cortando rosas!

Tía. (*Levantándose.*)

Estoy muy viejecita, ama. Tenemos encima una ruina muy grande.

A m a .

No nos faltará. ¡También yo estoy vieja!

T í a .

¡Ojalá tuviera yo tus años!

A m a .

Nos llevamos poco, pero como yo he trabajado mucho, estoy engrasada, y usted, a fuerza de poltrona, se le han engrabitado las piernas.

T í a .

¿Es que te parece que yo no he trabajado?

A m a .

Con las puntillas de los dedos, con hilos, con tallos, con confituras; en cambio yo he trabajado con las espaldas, con las rodillas, con las uñas.

• Tía.

Entonces, gobernar una casa ¿no es trabajar?

A m a .

Es mucho más difícil fregar sus suelos.

T í a .

No quero discutir.

A m a .

¿Y por qué no? Así pasamos el rato. Ande. Replíqueme. Pero nos hemos quedado mudas. Antes se daban voces. Que si esto, que si lo otro, que si las natillas, que si no planches más...

T í a .

Yo ya estoy entregada..., y un día sopas, otro día migas, mi vasito de agua y mi rosario en el bolsillo, esperaré la muerte con dignidad!. ¡Pero cuando pienso en Rosita!

A m a .

¡Esa es la llaga!

T í a. (*Enardecida.*)

Cuando pienso en la mala acción que le han hecho y en el terrible engaño mantenido y en la falsedad del corazón de ese hombre, que no es de mi familia ni merece ser de mi familia, quisiera tener veinte años para tomar un vapor y llegar a Tucumán y coger un látigo...

A m a. (*Interrumpiéndola.*)

...y coger una espada y cortarle la cabeza y machacársela con dos piedras y cortarle la mano al falso juramento y las mentirosas escrituras de cariño.

T i a.

Sí, sí; que pagara con sangre lo que sangre ha costado, aunque toda sea sangre mía, y después...

A m a.

...aventurar las cenizas sobre el mar.

T í a.

Resucitarlo y traerlo con Rosita para respirar satisfecha con la honra de los míos.

A m a.

Ahora me dará usted la razón.

T í a.

Te la doy.

A m a.

Allí encontró la rica que iba buscando y se casó, pero debió decirlo a tiempo. Porque, ¿quién quiere ya a esta mujer? ¡Ya está pasada! Señora, ¿y no le podríamos mandar una carta envenenada, que se muriera de repente al recibirla?

T í a.

¡Que cosas! Ocho años lleva de matrimonio, y hasta el mes pasado no me escribió el canalla la verdad. Yo notaba algo en las cartas; los poderes que no venían, un aire dudoso..., no se atrevía, pero al fin lo hizo. ¡Claro que después que su padre murió! Y esta criatura...

A m a.

¡Chist...!

T i a.

Y recoge las dos orzas.

(*Aparece Rosita. Viene vestida de un rosa claro con moda del 1910. Entra peinada de bucles. Está muy avejentada.*)

A m a.

¡Niña!

R o s i t a .

¿Qué hacéis?

A m a.

Criticando un poquito. Y tú, ¿dónde vas?

R o s i t a .

Voy al invernadero. ¿Se llevaron ya las macetas?

T i a.

Quedan unas pocas.

(*Sale Rosita. Se limpian las lágrimas las dos mujeres.*)

A m a.

¿Y ya está? ¿Usted sentada y yo sentada? ¿Y a morir tocan? ¿Y no hay ley? ¿Y no hay gárilos para hacerlo polvo...?

T í a.

¡Calla, no sigas!

A m a.

Yo no tengo genio para aguantar estas cosas sin que el corazón me corra por todo el pecho como si fuera un perro perseguido. Cuando yo enterré a mi marido lo sentí mucho, pero tenía en el fondo una gran alegría..., alegría no..., golpetazos de ver que la enterrada no era yo. Cuando enterré a mi niña... ¿me entiende usted?, cuando enterré a mi niña fue como si me pisotearan las entrañas, pero los muertos son muertos. Están muertos, vamos a llorar, se cierra la puerta, ¡y a vivir! Pero esto de mi Rosita es lo peor. Es querer y no encontrar el cuerpo; es llorar y no saber por quién se llora, es suspirar por alguien que uno sabe que no se merece los suspiros. Es una herida abierta que mana sin parar un hilito de sangre, y no hay nadie, nadie del mundo, que traiga los algodones, las vendas o el precioso terrón de nieve.

T í a.
 ¿Qué quieres que yo haga?

A m a .
 Que nos lleve el río.

T í a.
 A la vejez todo se nos vuelve de espaldas.

A m a .
 Mientras yo tenga brazos nada le faltará.

T í a. *(Pausa. Muy bajo como en vergüenza.)*
 Ama, ¡ya no puedo pagar tus mensualidades! Tendrás que abandonarnos.

A m a .
 ¡Huuy! ¡Qué airazo entra por la ventana! ¡Huuy...!
 ¿O será que me estoy volviendo sorda? Pues... ¿y las ganas que me entran de cantar? ¡Como los niños que salen del colegio! *(Se oyen voces infantiles.)* ¿Lo oye usted, señora? Mi señora, más señora que nunca. *(La abraza.)*

T í a.
 Oye.

A m a .
 Voy a guisar. Una cazuela de jureles perfumada con hinojos.

T í a.
 ¡Escucha!

A m a .
 ¡Y un monte nevado! Le voy a hacer un monte nevado con grageas de colores...

T í a.
 ¡Pero mujer!...

A m a . *(A voces.)*
 ¡Digo!... ¡Si está aquí don Martín! Don Martín, ¡adelante! ¡Vamos! Entretenga un poco a la señora.

(Sale rápida. Entra Don Martín. Es un viejo con pelo rojo. Lleva una muleta con la que sostiene una pierna encogida. Tipo noble, de gran dignidad, con un aire de tristeza definitiva.)

T í a.
 ¡Dichosos los ojos!

Martín .
 ¿Cuándo es la arrancada definitiva?

T í a.
 Hoy.

Martín .
 ¡Qué se la va a hacer!

T í a.
 La nueva casa no es esto. Pero tiene buenas vistas y un patinillo con dos higueras donde se pueden tener flores.

Martín .
 Más vale así. *(Se sientan.)*

T í a.
 ¿Y usted?

Martín .
 Mi vida de siempre. Vengo de explicar mi clase de Preceptiva. Un verdadero infierno. Era una lección preciosa: "Concepto y definición de la Harmonía", pero a los niños no les interesa nada. ¡Y qué niños! A mí, como me ven inútil, me respetan un poquito; alguna vez un alfiler que otro en el asiento, o un muñequito en la espalda, pero a mis compañeros les hacen cosas horribles. Son los niños de los ricos y, como pagan, no se les puede castigar. Así nos dice siempre el Director. Ayer se empeñaron en que el pobre señor Canito, profesor nuevo de Geografía, llevaba corsé; porque tiene un cuerpo algo retrepado, y cuando estaba solo en el patio, se reunieron los grandullones y los internos, lo desnudaron de cintura para arriba, lo ataron a una de las columnas del corredor y le arrojaron desde el balcón un jarro de agua.

T í a.
 ¡Pobre criatura!

Martín.

Todos los días entro temblando en el colegio esperando lo que van a hacerme, aunque, como digo, respetan algo mi desgracia. Hace un rato tenían un escándalo enorme, porque el señor Consuegra, que explica latín admirablemente, había encontrado un excremento de gato sobre su lista de clase.

Tía.

¡Son el enemigo!

Martín.

Son los que pagan y vivimos con ellos. Y créame usted que los padres se ríen luego de las infamias, porque como somos los pasantes y no les vamos a examinar los hijos, nos consideran como hombres sin sentimiento, como a personas situadas en el último escalón de gente que lleva todavía corbata y cuello planchado.

Tía.

¡Ay don Martín! ¡Qué mundo éste!

Martín.

¡Qué mundo! Yo soñaba siempre ser poeta. Me dieron una flor natural y escribí un drama que nunca se pudo representar.

Tía.

¿"La hija del Jefté"?

Martín.

¡Eso es!

Tía.

Rosita y yo lo hemos leído. Usted nos lo prestó. ¡Lo hemos leído cuatro o cinco veces!

Martín. *(Con ansia.)*

Y ¿qué...?

Tía.

Me gustó mucho. Se lo he dicho siempre. Sobre todo cuando ella va a morir y se acuerda de su madre y la llama.

Martín.

Es fuerte, ¿verdad? Un drama verdadero. Un drama de contorno y de concepto. Nunca se pudo representar. *(Rompiendo a recitar.)*

¡Oh madre excelsa! Torna tu mirada
a la que en vil sopor rendida yace;
¡recibe tú las fúlgidas preseas
y el hórrido estertor de mi combate!
¿Y es que ésto está mal? ¿Y es que no suena bien de acento y
de cesura este verso: "y el hórrido estertor de mi combate"?

Tía.

¡Precioso! ¡Precioso!

Martín.

Y cuando Giucinio se va a encontrar con Isaías y levanta el tapiz de la tienda...

Ama. *(Interrumpiéndole.)*

Por aquí.

(Entran dos obreros vestidos con trajes de pana.)

Obrero I°.

Buenas tardes.

Martín y Tía. *(Juntos.)*

Buenas tardes.

Ama.

¡Ése es! *(Señala un diván grande que hay al fondo de la habitación. Los hombres lo sacan lentamente como si sacaran un ataúd. El Ama los sigue. Silencio. Se oyen dos campanadas mientras salen los hombres con el diván.)*

Martín.

¿Es la Novena de Santa Gertrudis la Magna?

Tía.

Sí, en San Antón.

Martín.

¡Es muy difícil ser poeta! *(Salen los hombres.)* Después quise ser farmacéutico. Es una vida tranquila.

Tía.

Mi hermano, que en gloria esté, era farmacéutico.

Martín.

Pero no pude. Tenía que ayudar a mi madre y me hice profesor. Por eso envidiaba yo tanto a su marido. El fue lo que quiso.

Tía.

¡Y le costó la ruina!

Martín.

Sí, pero es peor esto mío.

Tía. •

Pero usted sigue escribiendo.

Martín.

No sé por qué escribo, porque no tengo ilusión, pero sin embargo es lo único que me gusta. ¿Leyó usted mi cuento de ayer en el segundo número de "Mentalidad Granadina"?

Tía.

¿"El cumpleaños de Matilde"? Sí, lo leímos; una preciosidad.

Martín.

¿Verdad que sí? Ahí he querido renovarme haciendo una cosa de ambiente actual; ¡hasta hablo de un aeroplano! Verdad es que hay que modernizarse. Claro que lo que más me gusta a mí son mis sonetos.

Tía.

¡A las nueve musas del Parnaso!

Martín.

A las diez, a las diez. ¿No se acuerda usted que nombré décima musa a Rosita?

Ama. (Entrando.)

Señora, ayúdeme usted a doblar esta sábana. (Se ponen a doblarla entre las dos.) ¡Don Martín con su pelito rojo! ¿Por qué no se casó, hombre de Dios? ¡No estaría tan solo en esta vida!

Martín.

¡No me han querido!

Ama.

Es que ya no hay gusto. ¡Con la manera de hablar tan preciosa que tiene usted!

Tía.

¡A ver si lo vas a enamorar!

Martín.

¡Que pruebe!

Ama.

Cuando él explica en la sala baja del colegio, yo voy a la carbonería para oírlo: "¿qué es idea?" "La representación intelectual de una cosa o un objeto". ¿No es así?

Martín.

¡Mírenla! ¡Mírenla!

Ama.

Ayer decía a voces: "No; ahí hay hipérbaton y luego ... "el epinicio"... A mí me gustaría entender, pero como no entiendo me dan ganas de reír, y el carbonero, que siempre está leyendo un libro que se llama *Las ruinas de Palmira*, me echa unas miradas como si fueran dos gatos rabiosos. Pero aunque me reía, como ignorante, comprendo que don Martín tiene mucho mérito.

Martín.

No se le da hoy mérito a la Retórica y Poética, ni a la cultura universitaria.

(Sale el Ama rápida con la sábana doblada.)

Tía.

¡Qué le vamos a hacer! Ya nos queda poco tiempo en este teatro.

Martín.

Y hay que emplearlo en la bondad y en el sacrificio.
(Se oyen voces.)

Tía.

¿Qué pasa?

Ama. (*Apareciendo.*)

Don Martín, que vaya usted al colegio, que los niños han roto con un clavo las cañerías y están todas las clases inundadas.

Martín.

Vamos allá. Soñé con el Parnaso y tengo que hacer de albañil y fontanero. Con tal de que no me empujen o resbale... (*El Ama ayuda a levantarse a Don Martín. Se oyen voces.*)

Ama.

¡Ya va...! ¡Un poco de calma! ¡A ver si el agua sube hasta que no quede un niño vivo!

Martín. (*Saliendo.*)

¡Bendito sea Dios!

Tía.

Pobre, ¡qué sino el suyo!

Ama.

Mírese en ese espejo. El mismo se plancha los cuellos y cose sus calcetines, y cuando estuvo enfermo, que le llevé las natillas, tenía una cama con unas sábanas que tiznaban como el carbón y unas paredes y un lavabillo..., ¡ay!

Tía.

¡Y otros, tanto!

Ama.

Por eso siempre diré: ¡Malditos, malditos sean los ricos!
¡No quede de ellos ni las uñas de las manos!

Tía.

¡Déjalos!

Ama.

Pero estoy segura que van al infierno de cabeza. ¿Dónde cree usted que estará don Rafael Salé, explotador de los pobres, que enterraron anteayer, Dios lo haya perdonado con tanto cura y tanta monja y tanto gori-gori? ¡En el infierno! Y él dirá: "¡Que tengo veinte millones de pesetas,

no me apretéis con las tenazas! ¡Os doy cuarenta mil duros si me arrancáis estas brasas de los pies!"; pero los demonios, tizonazo por aquí tizonazo por allá, puntapié que te quiero, bofetadas en la cara, hasta que la sangre se le convierta en carbonilla.

Tía.

Todos los cristianos sabemos que ningún rico entra en el reino de los cielos, pero a ver si por hablar de ese modo vas a parar también al infierno de cabeza.

Ama.

¿Al infierno yo? Del primer empujón que le doy a la caldera de Pedro Botero hago llegar el agua caliente a los confines de la tierra. No, señora, no. Yo entro en el cielo a la fuerza. (*Dulce.*) Con usted. Cada una en una butaca de seda celeste que se meza ella sola, y unos abanicos de raso grana. En medio de las dos, en un columpio de jazmines y matas de romero, Rosita meciéndose, y detrás su marido cubierto de rosas, como salió en su caja de esa habitación; con la misma sonrisa, con la misma frente blanca como si fuera de cristal, y usted se mece así, y yo así, y Rosita así, y detrás el señor tirándonos rosas como si las tres fuéramos un paso de nácar lleno de cirios y caires.

Comentarios

Tucumán — región de Argentina,
tucumano — de Tucumán.

Ejercicios

1. Contéstese a las preguntas siguientes:
 1. ¿En qué consiste el conflicto principal de la pieza? —
 2. ¿Cómo se cambian las relaciones entre el Ama y la Tía?
- II. Caracterícese el sistema de educación de los niños en el colegio. ¿Qué principio educativo sirve de base al "sistema"?
- III. Compárese el lenguaje del Ama, y de la Tía. ¿En qué se diferencia el lenguaje de ambos personajes?
- IV. Compárese el lenguaje del Ama, de la Tía y de don Martín.

V. Indíquense **los** rasgos del lenguaje del diálogo.

VI. Determinénse los fenómenos sintácticos en las oraciones dadas. Hállense los casos parecidos en el texto:

"...y tú te vas libre por el mar, por aquellos ríos, por aquellos bosques de toronjas, y mi niña aquí, un día igual a otro, y tú allí: el caballo y la escopeta para tirarle al faisán".

VII. Determinénse las acepciones de las palabras en cursiva dadas en las oraciones siguientes:

1. Si antes *pegas* la hebra con una tucumana... — 2. La lengua se me debió *pegar* en **el** *cie'o* de **la** boca antes de... — 3. Pidiendo ochavitos por **las** calles me quedo yo al lado de esta *prenda*. — 4. ...¿y no le podríamos *mandar* una carta envenenada...?

VIII. Nótese las expresiones enfáticas en el fragmento. ¿Qué papel desempeñan éstas en el diálogo?

JESÚS IZCARAY

Célebre periodista, Jesús Izcaray nació en 1903 en Madrid. Toda su vida Izcaray la consagró a la lucha por la causa obrera y campesina. Sus artículos aparecieron durante la Guerra Nacional Revolucionaria en la prensa comunista — "Mundo Obrero", "Frente Rojo". Desde aquellos años Izcaray trabaja incansablemente en el seno del Partido Comunista de España. Después de haber participado en la heroica defensa de Madrid Izcaray recorrió todos los frentes donde las tropas republicanas combatían contra los fascistas ayudando a organizar la prensa comunista. Izcaray era uno de los últimos que abandonaron en 1939 las tierras de Cataluña.

Pasados unos años, lo envió el Partido Comunista para España y en 1946 atravesó sigilosamente la frontera española y durante unos meses redactó la edición clandestina de "Mundo Obrero" en Madrid.

Después de haber cumplido esta misión regresó a Francia y muy pronto volvió a atravesar la frontera ya como enlace del Partido para establecer contacto con los guerrilleros de Levante.

Como resultado de ambos viajes aparecieron dos libros: uno en el ciclo "Héroes de España", es la biografía del Secretario General del Partido Comunista de Asturias, Casto García Roza. El segundo libro "30 días con los guerrilleros de Levante" es un testimonio de la heroica lucha de los guerrilleros españoles contra el fascismo.

30 DÍAS CON LOS GUERRILLEROS DE LEVANTE

MONTES DE RECONQUISTA

Hemos dejado atrás Peñagolosa y por senderos de cabras nos encaminamos hacia la sierra de Gúdar. Arriba, nubes; abajo, niebla. Estoy en mi patria y no la veo. ¡Pero cómo la siento! Mis pies no pisan; palpan, reconocen. Esta tierra es la mía.

He llegado hasta aquí absorbido por una obsesión: enlazar con la Agrupación Guerrillera de Levante. A través de ciudades y poblados, únicamente tenía sentidos para avanzar en mi propósito: deslizarme, pasar, ganar los montes. Veía las caras de las gentes, oía sus voces, pasaban por mi retina — o resucitaban en ella, no lo sé — piedras y campos; gustaba el sabor del aire y todo lo encontraba mío; pero no me detenía en nada. ¡Seguir! Sólo este pensamiento: seguir.

A lo largo de todo el camino, como si quisiera convencerme de ello, me he repetido constantemente: Estoy en España. Pero es ahora, en estas cumbres solitarias, a un paso de la meta, cuando estas palabras tan sencillas cobran verdadera realidad y adquieren toda su tremenda emoción. Igual que los pulmones, tras la pasada carrera de obstáculos, el alma recobra el aliento. En esta soledad, entre peñas nevadas y árboles desnudos, ¡qué sensación tan fuerte, tan física, de hallarme acompañado, de verme entre los míos, de pisar tierra propia!

En la clava de un cerro, el viento helado nos empuja hacia atrás cerrándonos el paso obstinadamente. Es la arisca bienvenida de Aragón donde, gentes y cosas, como en Castilla, hasta cuando quieren acariciar, arañan.

Hemos hecho alto, y uno de los enlaces que me llevan se dirige a mí voceando:

— Muy callado vas.

Le respondo cualquier cosa. Ellos son gente de aquí, no se han movido de aquí y, naturalmente, están bien ajenos a estas emociones del regreso. Yo no puedo descubrírseles. Primero, porque no debo; después, porque aunque pudiera, no me atrevería. Ahora me sucede igual que la primera vez que volví a España. íbamos por un monte distinto a éste. Aquél era verde, suave mimoso. Yo estaba tan conturbado que, no sabiendo qué hacer para descargar el pecho, pretexté hallarme cansado, y cuando nos sentamos todos, me tumbé boca abajo, y sin que los demás me vieran, me abracé a la tierra española y hundí la cara en ella. Luego me incorporé de nuevo y dije en el tono más indiferente que pude:

— Cuando os parezca, podemos seguir.

En este brumoso amanecer, empinado en un alcor, sobre la niebla, tiendo la vista por estos espacios que son los de mi patria y me parece verla toda, campo a campo, piedra a piedra. Allá, en el Sur, casi en recta, están mis sierras moriscas, mis vegas doradas, mi raíz. En estas tierras múltiples se afanan las gentes de mi sangre y mi lengua. Aquí descansan mis muertos y cuantos cayeron luchando por lo mismo que lucho yo. Al Oeste, Castilla, mi escuela y mi parapeto; en el llano, Levante, la hora más noble de mi vida. A ese otro lado está Madrid. De Madrid era la primera muchacha que le sonrió a uno y de esas soledades de más arriba la mujer que dejó más huella. Aquí está nuestro pasado remoto y nuestro porvenir, como hombres y como pueblo. Todo eso, todo eso junto es la Patria, y la Patria está aquí en torno

mío, cercándome, abrazándome, tirando de mis pies con toda la fuerza de los siglos.

Una y otra vez volveremos al lar. Ni la roca ni el plomo levantarán murallas capaces de cerrarnos el paso. Pelearemos en estos campos hasta el último soplo de vida. Nos agarraremos a estos riscos con uñas y dientes, como fieras, y esta tierra nuestra volverá a ser definitiva y totalmente nuestra.

Y ha cedido un poco. Este ansia, y puedo volverme a mis acompañantes y decirles:

— Cuando os parezca, podemos seguir.

EL ENCUENTRO

-C. Continuamos la marcha a través de una espaciosa cañada. Desde que dejé los pueblos de la Plana de Castellón y subí a la sierra, no encuentro en los montes ni vestigio siquiera de seres humanos. Muy pronto sabré por qué.

/A nuestros pies, bajo las nubes, repica el rumor del agua que salta entre breñas.

— Es el Guadalupe— me dice uno de los enlaces —. Menester será abrir el ojo, porque muy pronto podemos tener novedad.

Pero aun hemos de andar como cosa de dos leguas. Es casi mediodía, cuando, entre la niebla que está levantando, vemos venir **Dor** el monte a tres hombres en fila.

¡Ahí están los guerrilleros! — anuncia uno de mis acompañantes.

A Sí, por fin son ellos, los hombres de la Agrupación Guerrillera de Levante.

Se vuelven para atrás los enlaces, porque quieren que el domingo les coja en la Plana, y yo me quedo con los tres guerrilleros. Son tres hombres iguales y completamente diferentes. Tardan en franquearse, pero el camino largo y ellos saben quién me espera en el campamento. (El que por todas las señales manda el pequeño grupo es un mocetón de treinta y tantos años) y aire resuelto a quien incomoda constantemente la presión del naranjero. Está rabiando por decirme que es comunista, y hasta que no me lo dice no para. Inmediatamente, sin duda por que no le tenga por indiscreto, añade:

— Aquí, en guerrillas, no es preciso andar con tantos tiquismiquis como en la ciudad. Aquí estás en el monte y lleva? esto a la espalda

(Y alegremente da una palmada a la culata de su fusil.

Es chófer y dirigía una rama del trabajo del Partido, en uno de los grandes pueblos de Teruel.

— Me incorporé a la Agrupación cuando la ofensiva. Si me quedo allí unas horas, me cogen

Y ríe con la boca llena.

C Delante camina otro de los guerrilleros. Es un muchacho espigado y pecoso que apenas tendrá dieciocho años. Por todo el camino va dando patadas a las pinas secas, como un chiquillo.

— "Esé es de un pueblo de la sierra de Javalambre. Su padre está en San Miguel de los Reyes desde 1939. El chico andaba sólo rodando por esas masías, quería hacer algo contra esta-gentuzza, y un día se fue con los de la Agrupación.

y Es alegre como unas pascuas y no hay quien le aventaje siguiendo un rastro de civiles a través del monte,

(jj)
3-'
X/ En un alto^Jxabo conversación con el guerrillero que cierra marchaMSs un campesino de unos cuarenta y tantos años: duros ojos, boca silenciosa y frente obstinada. Salió de sus campos para ser sargento del Ejército de Levante. Luego, la cárcel de Valencia hasta el otoño de 1945, y después la vuelta a la casa vacía, allá en Santa Cruz de Moya, por tierras de Cuenca..)

— Allí aguanté solo cerca de un año, sirviendo a las guerrillas como enlace... — comienza a contar, mientras con su navaja cabritero afila una rama de espino.

— ¿No estabas casado?

— Sí, pero mi mujer se había ido a servir a Cuenca, y al volver al pueblo no quise llamarla. Seis años son muchos años, me dije, y si quiere volver ya volverá. Lo que yo no quería es que volviera a la fuerza o por lástima. Y no volvió... Ni ella ni yo tenemos la culpa. Estos desavíos son obra de los que han deshecho la vida de la gente honrada.

Le pega un tajo a un nudo que encuentra en la rama y continúa:

— En abril pasado, poco después del día de La República, la Guardia Civil comenzó a tirar las puertas abajo. Oí maldecir al tío Venancio, cuando le sacaban de su casa entre fusiles, y una hora después, por el ventano del cuartelillo, le vi colgando de una viga, con la lengua fuera. Todo por ser el padre de un guerrillero. En la plaza había una fila de presos, cuarenta o cincuenta entre hombres y mujeres. Vi al cabo salir del cuartelillo y al mismo tiempo que él echaba a andar hacia mí, yo eché a andar hacia la sierra...

Nació de una familia campesina asturiana. Las cosas iban mal para los suyos y él se afanó hasta agotarse durante toda su mocedad sin juventud ni alegría. ¿A costa de cuántas privaciones y cuántos esfuerzos logró levantar aquella tienda en su pueblo asturiano?

1936. Mes de julio. En la puerta de la tienda aparece un cartel: "Cerrado. El dueño se ha ido al frente".

Primero, toda la brega del Norte. Después, el hombre salta a Cataluña y pasa el Ebro. Aquel fue su primer contacto con Aragón.

Los invasores de España irrumpen en Francia, y se encuentran otra vez, cara a cara, con el "Asturias" que frente a ellos se bate en tierras que no son suyas, pues para la batalla contra el fascismo no hay fronteras.

Otoño de 1944. Sencillamente, como siempre hizo las cosas, el "Asturias" vuelve a España y forma una guerrilla. El "Asturias" fue uno de los iniciadores de esta gloriosa Agrupación Guerrillera de Levante.

El 18 de julio pasado los jefes de la Agrupación dividieron sus fuerzas, a través de toda la amplísima zona guerrillera. El "Asturias" llevó la bandera y la voz de la República a Utrillas, Pitarque, Ejulve y Aliaga. Después, había que retirarse hacia el Sur, pero tenía orden de ajustar, antes de hacerlo, una larga cuenta a un falangista, delator de guerrilleros.

Habitaba el chivato en una masía de la sierra Palomita y allí se fue el "Asturias" con tres de sus valientes.

Al oscurecer divisaron, desde un altozano, la sombría casona de piedra. Se adelantó el "Asturias" con uno de los suyos, y un pariente del falangista los vio.

Los dos guerrilleros se parapetaron tras la tapia del corral. De la casa cerrada no salía ningún ruido. Saltó la barda el que acompañaba al "Asturias". Se proponía dar un rodeo a la casa, en busca de una ventana abierta. Sonó un disparo.

— ¡Vaya! — se dijo el "Asturias" en su escondite —. ¡Ya se le disparó a ese el fusil!

Y asomó la cabeza para ver qué había pasado. Una bala le destrozó la frente.

Los dos guerrilleros que en reserva quedaban atrás hicieron fuego cerrado contra las ventanas desde las cuales disparaban como locos varios fusiles. Reptando entre la maleza, uno de los del monte logró llegar hasta el sitio donde había

caído el "Asturias" y recogió sus armas, la documentación que llevaba y un retrato de su hija.

Días después, en las bardas de la masía, apareció un letrero: "Aquí vive un condenado a muerte". Y las viejas se persignaban al pasar frente a la puerta, como si ya la muerte estuviese dentro.

Pusieron en la casa una custodia de siete guardias civiles. El falangista les daba un plus. Eran algo así como centinelas de estraperlo. Con protección tan numerosa, no entraba en los cálculos guerrilleros el asaltar la casa. Se limitaron — por el momento — a incendiar el corral del ganado con las cuarenta cabezas que el falangista encerraba allí.

El condenado a muerte ha abandonado su masía y ha adquirido una casa en Azuara. Con él se ha llevado a los guardias civiles; pero una mañana, a la puerta de la nueva guardia, uno de ellos encontró un letrero: "Aquí vive un condenado a muerte".

EN LA FRONTERA DE LA REPÚBLICA

Emprendimos la marcha a través de los montes. Me acompañan seis guerrilleros, entre ellos el jefe del sector, y mi ya viejo amigo, el campesino de Santa Cruz de Moya.

Descendimos por las cañadas, buscando los llanos, y, de legua en legua, se va haciendo más perceptible un lejano olor azahar que anuncia las tierras bajas, las tierras de naranja y mar.

Caminamos sin apenas decirnos palabra, cada uno con sus pensamientos.

* "He aquí — me digo — que vamos llegando a los límites de la zona guerrillera, a la frontera del territorio reconquistado por la República. Ahora vendrá el deslizarse de nuevo por las tierras cautivas, a través de la zona ocupada donde, por decirlo así, todo un pueblo vive en la clandestinidad. Veré de nuevo las banderas de opresión e infamia, las rondas de civiles en las esquinas y las patrullas de soldados que cruzan las calles; el alarde insultante de falangistas y militares, el estraperlo, señor de este menguado reino de sangre, vergüenza y mentira, y los rostros de miseria y de odio; todo lo que Franco ha hecho de España.

Luego, otra vez la emigración, si es que la vida que los comunistas llevamos más allá de estas fronteras — obsesión y esfuerzo por España — puede llamarse emigración. Piso con ansia las sendas de estos montes. Porque después de

haber sentido el calor de la tierra española — lo sé ya por experiencia — ¡qué dura se siente bajo los pies la tierra ajena!"

Repentinamente, me saca de mis cavilaciones la voz del jefe, que ordena:

— ¡Al suelo!

Y con la mano nos señala la curva azulada del camino que serpentea allá abajo. Por él vemos avanzar, pesada y lenta, la sombra de un camión.

— Seguro que son civiles — murmura el jefe —. Por el ruido del motor se les conoce.

Inmediatamente, nos figuramos que son refuerzos* que van a Albocacer. Hemos oído que las guerrillas pertenecientes a otro sector han atacado, cerca de ese pueblo, a una patrulla civilera y le han hecho dos muertos.

Cuando deja de oírse el ruido del motor, reanudamos la marcha, y otra vez vuelve el silencio.

Contemplo a los hombres que marchan junto a mí. En la noche, entre los árboles, parecen sombras, pero son sombras llenas de claridad. Los días vividos junto a ellos han sido para mí días rebosantes de esperanza, de fuerza, de fe.

Comentarios

Levante — región sudoriental de España.

... mis sierras moriscas... — sierras de Andalucía.

La Plana de Castellón — llanura de Castellón. Castellón de la Plana — ciudad de España, capital de la provincia del mismo nombre.

Guadalope — río Guadalope.

Teruel — ciudad de España, capital de la provincia del mismo nombre.

Albocacer — villa de Castellón.

San Miguel de los Reyes — cárcel destinada para los antifascistas españoles.

Utrillas, Pitarque, Ejulve y Aliaga — pueblos en el Norte de España (provincia de Teruel).

Ejercicios

I. Caracterícese la sintaxis del capítulo: a) indíquese el carácter de las oraciones; b) nótese las expresiones enfáticas; c) señálense las oraciones elípticas; d) explíquese el uso de los tiempos, gramaticales.

II. Nótese los epítetos, las metáforas y otros tropos.

- III. Nómbrense los sinónimos empleados por el autor para expresar la idea del movimiento.
- IV. a) Hállense en el texto los ejemplos de diferentes acepciones de los verbos *cobrar* y *ganar*.
 b) ¿Qué diferencia hay entre *hacer alto*, *dar alto* y *ser alto*?
- V. Tradúzcase por escrito desde el principio del capítulo "Montes de Reconquista" hasta "Hemos hecho alto..."
- VI. Tradúzcase oralmente el texto.

ALEJANDRO CASONA

Alejandro Casona, cuyo verdadero nombre y apellido son Alejandro Rodríguez Álvarez, nació en Besullo (Asturias) el 23 de marzo de 1903. Estudió Filosofía y Letras en las Universidades de Oviedo y Murcia.

Desde 1934 Alejandro Casona se entregó por completo a desarrollar sus enormes posibilidades de dramaturgo. Junto con García Lorca propugnaba por "un teatro poético", o "teatro de mañana", aspirando a liberar el teatro español de los dramas neorománticos y religiosos. Durante la Guerra Nacional Revolucionaria de 1936—1939 luchó por el triunfo de la República y abandonó España como exilado político.

Desde 1939 reside en Buenos Aires, donde escribe muchas obras escénicas de fama universal. Las mejores son "Nuestra Natacha" (1935), "Los árboles mueren de pie" (1949), "La dama del Alba" (1944), "La barca sin pescador" (1945), "Siete gritos en el mar" (1952) y otras.

Alejandro Casona falleció el 17 de septiembre de 1965.

SIETE GRITOS EN EL MAR

COMEDIA IMPOSIBLE EN TRES ACTOS

Personajes

Julia Miranda	El Viejo Capitán
Nina Pertus	Barón Pertus
Mercedes	Director Hárrison
Juan de Santillana	El Pasajero de Tercera
El Profesor de Ironía	El Joven Capitán
Santiago Zabala	Oficial
	El Steward

ACTO PRIMERO

A bordo del "Nalón", viejo transatlántico sin bandera. Cámara de un lujo desvaído y renovado; maderas patinadas, cortinajes y guardaciones de cobre. Al fondo, la banda de estribor, quedando por tanto la proa a la izquierda (del espectador) y la popa a la derecha. Dos puertas siempre abiertas comunican con la cubierta; por su situación les llamaremos "puerta proa" y "puerta popa". A través de la borda de hierro blanco se divisa un horizonte remoto de mar azul oscuro. En los salvavidas de la borda, el nombre del barco. Entre las dos puertas de cubierta, retrato del Capitán. A la izquierda, escalera de barandales que conduce al puente de mando, abriéndose al fin del primer tramo con un doble corredor con cabinas y ojos de buey. El frente delantero de la escalera

y el lateral izquierdo forman un amable rincón íntimo con sillones, mesita de fumar, libros y flores. A la derecha, comunicación abierta con el salón biblioteca. Mesa redonda con mantel y vajilla lujosa, espléndidamente servida para una cena de nueve cubiertos. Carrito volante con champán, "whisky", hielo y licores. A la derecha, primer término, un gran árbol de Navidad decorado con cintas, globos de cristal y caireles de escarcha. Las velas, apagadas.

Dichos y Capitán.

Capitán. — Enhorabuena, señores.

Voces. — Felices, capitán.

Capitán. — Celebro encontrar a todos de tan buen humor. Más vale así.

Santillana. — A todos no. Hay aquí alguno que le está esperando para exigirle una explicación inmediata. (*Señalando.*) Parece que las piritas de hierro están muy impacientes sin noticias del señor.

Harrison. — Muy gracioso, joven. Sé que le soy antipático, y me alegro. Las simpatías y las antipatías siempre son recíprocas.

Santillana. — Siempre, no. Los holandeses se vuelven locos por los tulipanes, y todavía no he visto a ningún tulipán volverse loco por un holandés. (*Risas contenidas. Harrison avanza desafiante.*)

Harrison. — Eso es una bufonada estúpida. ¡Insolente!

Capitán. — (*Se interpone.*) Vamos, señores, calma. No necesitaré recordarles que son mis invitados y que están aquí como en mi propia casa.

Harrison. — Disculpe. (*Se aparta.*)

Santillana. — Disculpe. (*Se aparta también.*)

Capitán. — El señor tiene razón. Les debo una explicación a todos, y voy a dársela. Precisamente para eso les he reunido aquí.

Pertus. — ¡Cómo!... Pero ¿es de verdad que hay algo que explicar?

Capitán. — He callado durante tres días, mientras creí que mi silencio podía ser un bien para ustedes. Ahora ya es inútil seguir manteniendo.

Harrison. — ¿No lo decía yo? Pero ¡si hacía falta estar ciego!

Mercedes. — No, no es posible... ¡Díganos que es una broma suya!

Capitán. — Lo siento, señora, pero conozco mi responsabilidad, y no sería una broma de buen gusto. (*Se miran*

todos confusos. Nina con miedo instintivo busca el brazo del hombre.)

Nina. — ¡Adolfo!...

Pertus. — Calma, Nina.

Santillana. — (*Grave.*) Está bien, capitán. Esperamos.

Capitán. — Un momento aún. Falta uno de los invitados: la señorita Julia Miranda.

Profesor. — ¿Julia Miranda?...

Pertus. — ¿Quién es la señorita Miranda?

Harrison. — (*Casi en un grito.*) ¿Y a mí que me importa nadie? Lo que yo necesito es saber, ¡saber ahora mismo!

Capitán. — No es un problema suyo, señor; es de todos. La señorita Miranda es una pobre muchacha que viaja sola, encerrada en su camarote. Seguramente ninguno de ustedes la ha visto ni la ha oído hablar. Es ... esa pasajera insignificante que nadie recordaría al llegar a puerto. Y, sin embargo, en esta noche decisiva para todos, no podemos prescindir de ella. (*Humilde, vestida con deliciosa sencillez, aparece en cubierta — puerta proa — la señorita Miranda. Trae en la mano una labor de punto.*)

Los mismos y Julia.

Capitán. — Buenas noches, señorita Miranda. La estábamos esperando.

Julia. — Gracias, capitán. He recibido su invitación y se la agradezco con toda el alma. Pero le ruego que me disculpe. Yo ño he estado nunca en una fiesta así..., no sabría estar.

Capitán. — Por esta vez tendrá que hacer un esfuerzo.

Julia. — No me obligue, se lo suplico. Puedo cenar en mi camarote como de costumbre.

Capitán. — Hoy no. Sus compañeros la necesitan.

Julia. — ¿A mí? Pero yo no he tenido nunca compañeros. He vivido siempre sola y debo seguir así. Además, tengo que terminar esta labor.

Capitán. — Su labor puede esperar.

Julia. — No, capitán, no puede. Si no la termino esta noche ya no la terminaré nunca. Felicidades a todos. (*Va a salir.*)

Capitán. — ¡Señorita Miranda!

Julia. — Por favor..., déjeme.

Capitán. No es un ruego, es una orden. Usted, que en todo el viaje no ha pronunciado una palabra, va a tener mucho que decir aquí esta noche. *{Julia baja los ojos. El Capitán la toma de la mano, dejando la labor sobre un asiento, y la hace avanzar.}* Permítame que la presente. *(Hace las presentaciones con una simple indicación. Saludos sin palabras.)* Barón Pertus y señora: un castillo en Europa con yedras y criados viejos. Ingeniero Zabala y señora: Sudamérica, millares de hectáreas, estancias. *(A Zabala, que parece ausente.)* ¡Señor Zabala!

Zabala. — ¡Perdón! *(Se levanta un instante y saluda con una leve inclinación. Vuelve a sentarse.)*

Capitán. — Director Hárrison: internacional, fábricas de armamentos, petróleo... Doctor Táven: libros, conferencias, profesor de... ¿filosofía?

Profesor. — Ironía.

Capitán. — Profesor de ironía. Y Juan de Santillana, sangre española, gran imaginación, reportajes sensacionales...

Santillana. — *(Avanza.)* Ya nos conocemos, ¿no recuerda? La otra tarde estaba usted sola en la borda mirando lejos. Yo estuve a su lado, mirando lo mismo, hasta que se hizo de noche, y sin hablarnos nada. Pero al separarnos usted dijo "gracias", y entonces yo supe que íbamos a ser amigos. *(Le tiende la mano. Ella le mira un instante sorprendida, mira la mano tendida y al fin la estrecha.)*

Julia. — Gracias otra vez por recordarlo.

Capitán. — Perfectamente; ahora ya se conocen todos. ¿Quieren sentarse por favor? Aquí, señorita. *(Le ofrece la silla a su derecha y van sentándose todos en silencio.)* Si quieren beber algo antes, no estaría de más.

Hárrison. — *(Crispado.)* ¡Basta, capitán! No se puede jugar así con nuestros nervios!

Nina. — ¿Hasta cuándo va a hacernos esperar?

Capitán. — Ya no hay nada que esperar, señora. Lo que tengo que decirles cabe en dos palabras. ¡Ojalá sepan escucharlas con la misma serenidad con que yo se las digo! *(En pie.)* Señores: cumplo el deber de anunciarles que todos nosotros estamos viviendo nuestra última noche. *(Hay una pausa de estupor. Miradas. Inmediatamente, reacción casi simultáneamente de todos, excepto Julia, que parece ajena a la realidad.)* >J

Nina. — ¿Nuestra última noche?...

Hárrison. — Pero ¿qué está diciendo este hombre?

Profesor. — ¿Es que el barco está en peligro?

Zabala. — ¿Incendio a bordo?

Mercedes. — ¡Es la peste! ¡He visto preparar una bandera amarilla!

Pertus. — ¡Imposible! Una peste no estalla así de repente. ¡Y puede cortarse!

Nina. — Por lo que más quiera, capitán, ¡explíquese! ¿Qué ha querido decir con esas palabras misteriosas?

Capitán. — ¿Misteriosas? Creo que lo he dicho con la mayor claridad, que todos nosotros estamos viviendo nuestra última hora.

Mercedes. — Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Profesor. — ¿Nos lo ha leído en las rayas de la mano?

Nina. — ¡No pretenderá hacernos creer que es usted un adivino o un profeta!

Santillana. — Silencio, amigos. Déjenle hablar.

Pertus. — *(Se levanta severo.)* Querido capitán; aunque no soy hombre de humor, sé tolerarlo en los demás. Pero en este caso le advierto que ha pasado todos los límites.

Hárrison. — Digo lo mismo. Como burla es demasiado siniestra.

Santillana. — Calma, señores; sería una lástima que con sus nervios echaran a perder la única página poética de este viaje.

Nina. — ¿Una página poética?

Santillana. — Naturalmente. Una escena que podría ser el principio de un buen cuento oriental. Por ejemplo: El Gran Visir reunió en un banquete a sus Ocho Notables y les dijo: "Señores, voy a presentarles a una misteriosa desconocida que esta noche va a dormir con nosotros". Entonces el tapiz se descorrió solo y apareció una hermosa Dama de Blanco. "Era la Muerte". ¿No es eso, capitán? Lo difícil ahora va a ser seguir el cuento.

Capitán. — *(Serenamente.)* No, amigos; desdichadamente no se trata de profecías ni de cuentos. Desde hace tres días estamos en guerra. *(Nueva pausa de asombro.)*

Nina. — La guerra..., ¡otra vez la guerra!

Pertus. — No es posible. Cuando nos embarcamos lo hicimos bajo un bandera de paz y con todas las garantías. ¡Hay un Derecho internacional, capitán!

Mercedes. — ¡No, no puede ser verdad! ¡Díganos que no es verdad!

Hárrison. — ¡Y aunque lo fuera! ¿En último caso qué tenemos que ver nosotros con su maldita guerra?

Capitán. — ¿Y es usted quien lo pregunta? ¿Preci-

sámente usted, que ha amontonado su fortuna fabricando armamentos?

H á r r i s o n . — Yo me limito a vender las armas. No tengo la culpa de lo que los demás hagan con ellas.

S a n t i l l a n a . — [No pensaría que iban a utilizarlas para adornar los jardines!

H á r r i s o n . — No admito semejante discusión. Yo tengo pasaporte diplomático y haré una reclamación a mi Embajada.

C a p i t á n . — Me temo que su Embajada va a estar muy ocupada en este momento.

P e r t u s . — ¡Protesto! Nosotros hemos embarcado como neutrales y tenemos derecho a ser tratados como neutrales.

C a p i t á n . — ¿Neutrales en esta época? ¿No le parece una idea un poco atrasada?

P r o f e s o r . — Me imagino esa palabra en los diccionarios futuros: "Neutrales: antigua raza extinguida, cuya festividad se celebra el día de los Inocentes".

P e r t u s . — Le agradeceré que deje ese tono. No es momento oportuno para sus ironías.

N i n a . — Pero todo esto es una pesadilla sin sentido. Aunque haya estallado una guerra, ¿por qué tenemos necesariamente que morir nosotros?

C a p i t á n . — Porque precisamente para eso estamos aquí. Tenemos que caer unos pocos para que puedan salvarse muchos.

H á r r i s o n . — Ahora comprendo. Por eso han desviado la ruta, ¿verdad? ¿Por eso estamos navegando en zona de peligro con todas las luces encendidas?

N i n a . — ¿Es que van a sacrificarnos así, en frío, como carne de cañón?

C a p i t á n . — La guerra tiene sus leyes. No soy yo quien las ha hecho.

M e r c e d e s . — ¡Santiago! Pero ¿es que no oyes? ¡Despierta! ¡Hay que hacer algo!

Z a b a l a . — Yo ya estoy haciendo desde el principio lo único que pudo. ¿Por qué no hacen ustedes lo mismo? (*Bebe.*)

S a n t i l l a n a . — Permítame una aclaración. Por grande que sea el peligro, ¿cómo puede usted afirmar con tanta seguridad que vamos a morir todos esta noche?

C a p i t á n . — Es nuestro destino. Estamos en aguas patrulladas por submarinos. Un convoy aliado cruza en este momento rumbo al Sur y mi deber es atraer sobre nosotros

la atención del enemigo para que el convoy pueda seguir libremente.

P e r t u s . — ¿Es decir, que se nos está utilizando como carnada?

P r o f e s o r . — ¿Un barco suicida?

C a p i t á n . — Son las órdenes.

H á r r i s o n . — Eso habrá que verlo. ¿Cree que el pasaje va a dejarse matar así, atado de pies y manos, como un rebaño?

C a p i t á n . — Nadie en el barco sabe nada. Solamente ustedes.

S a n t i l l a n a . — ¿Y por qué solamente nosotros?

C a p i t á n . — Porque los demás quizá puedan salvarse a última hora. A ustedes, en cambio, tenía que advertírseles; porque los ocho invitados a esta mesa son los que van a morir.

N i n a . — *{Levantándose de pronto con un grito.}* ¡Basta!

P e r t u s . — Quieta. ¿Adonde vas?

N i n a . — ¿Qué importa? No es fuera donde está el peligro. ¡Es aquí dentro! *{Trata de huir.}*

P e r t u s . — *{Sujetándola.}* ¡Quieta te digo!

N i n a . — *{Desesperada.}* ¡Suelta! Pero ¿es que no lo han comprendido aún? ¿No han visto que todo es mentira?... ¿Que ese hombre está loco?...

S a n t i l l a n a . — ¿Loco?... *{Por un instante todos miran al Capitán con una vaga esperanza.}*

C a p i t á n . — Ojalá fuera eso. *{Aparece, de cubierta, el Oficial.}*

Dichos y Oficial.

O f i c i a l . — Capitán...

C a p i t á n . — Diga.

O f i c i a l . — ¿Aquí?

C a p i t á n . — Hable sin temor. Los señores lo saben ya.

O f i c i a l . — *{Se adelanta unos pasos.}* Submarino enemigo a estribor ochenta millas.

C a p i t á n . — ¿Y el convoy?

O f i c i a l . — Siempre hacia el Sur, alejándose.

C a p i t á n . — Perfectamente. Desvíen rumbo al Norte, y a babor a toda máquina. ¡Prontol

O f i c i a l . — ¿Con las luces?

H á r r i s o n . — ¡Apáguenlas inmediatamente!

C a p i t á n . — Silencio. Nadie le ha pedido consejo. Luz de navegación normal.

O f i c i a l . — A la orden. *{Sale.}*

Nina. — (*Desfallecida.*) Pero entonces... era verdad...
[Era verdad! (*Cae en su asiento, sollozando.*)

Mercedes. — No, capitán... Usted no puede dejarnos morir así... ¡Por su alma!

Capitán. — Menos mal que, por fin, alguien ha encontrado la palabra. ¡El alma! Pero eso no es en los botes donde se salva.

Nina. — (*A Julia, que durante toda la escena ha permanecido inmóvil, como ausente.*) Hable usted, señorita. El capitán dijo que esta noche íbamos a necesitarla, y, sin embargo, ahí sigue, sin una palabra, como si no estuviera aquí.

Mercedes. — Hable, por favor. ¿Es que no puede hacer algo por nosotros?

Julia. — ¿Yo?

Hárrison. — ¡Usted! ¡Cuando la han citado tan especialmente, para algo será!

Julia. — (*Se levanta.*) Eso es lo que no comprendo. Si el capitán me ha llamado para avisarme que la muerte anda rondando el barco, no hacía falta. Yo ya estoy preparada para recibirla. ¿Puedo volver a mi camarote?

Santillana. — ¿Sola?

Julia. — No se preocupe por mí; ya estoy acostumbrada. ¿Puedo volver?

Capitán. — Va a ser inútil. Pero si lo prefiere...

Julia. — Sí, es mejor así; sola y en silencio. Buenas noches. (*Va a salir, vacila un instante.*) Señor Santillana; usted dijo que íbamos a ser amigos. Lo creo. Es la primera vez que creo poder tener un amigo. ¡Lástima que nos hemos conocido un poco tarde! Ahora quisiera despedirme con una palabra hermosa y tranquila..., pero no la encuentro.

Santillana. — No la busque. Con la mano basta. (*Le estrecha la mano, se miran largamente.*)

Julia. — Gracias. Adiós, Juan.

Santillana. — Adiós, Julia. (*Julia sale a cubierta. Santillana, desde el umbral, la mira marchar. Hárrison bebe.*)

Dichos, menos Julia.

Mercedes. — Pero ¿qué esperan? ¿Es que nadie va a hacer nada? ¡Hárrison!

Hárrison. — (*Se levanta derribando su vaso.*) ¡Voy! (*Encarando al Capitán.*) Tengo millares de hombres a mis órdenes en cuarenta países... ¡Puedo comprar este barco, y el que nos ataca también! ¡Déjeme el aparato de radio un minuto y todavía vamos a ver quién manda aquí!

Capitán. — Sin nervios. Para comprarme a mí no tiene bastante dinero. Para mandar, no tiene bastante talla.

Hárrison. — Entonces entregúenos como prisioneros. Yo respondo de que nos tratarán con todos los respetos.

Santillana. — Sobre todo a usted. El petróleo es buena moneda internacional.

Mercedes. — ¿Y eso es todo lo que se les ocurre, cobardes? En estos casos un hombre de verdad no se pone de rodillas... ¡Se juega entero!...

Profesor. — ¿Una rebelión? Somos demasiado pocos. Y demasiado bien alimentados.

Pertus. — ¿Y los otros! En tercera viajan más de cien emigrantes que no tienen nada y que, por lo tanto, serían capaces de todo.

Hárrison. — ¡Eso! ¿Por qué no les dice lo que se está haciendo con ellos?

Capitán. — Ellos no tienen por qué sufrir mientras pueda evitarse. ¿No le parece que han sufrido ya bastante en su vida?

Nina. — Entonces, ¿es un castigo? ¿Por qué esta crueldad con nosotros solos?

Capitán. — Porque los demás son inocentes. Los siete grandes culpables son los que están aquí.

Zabala. — (*Levanta la cabeza un momento.*) ¿Siete? ¿Y por qué siete? Contando a la señorita Miranda los invitados somos ocho.

Capitán. — (*Por Santillana.*) El señor no está aquí como culpable. Está como testigo.

Profesor. — Le felicito. Qué reportaje sensacional, ¿verdad? Lo malo es que, aunque usted lo escribiera hoy, ya nadie podría leerlo mañana.

Santillana. — Da lo mismo; para un periodista no hay más futuro que la actualidad.

Pertus. — En resumen, ¿podemos saber de qué se nos acusa?

Capitán. — No soy yo quien tiene que acusar; son ustedes mismos. Todos han vivido ocultando algo, ¡y podrían hacerse tanto bien confesando en voz alta su verdad! Sería una limpieza general.

Profesor. — En ese caso, quizá prefieran seguir callando, como el señor Zabala.

Zabala. — A mí no me importa la muerte. ¡Hace tanto tiempo que la estoy esperando...! (*Bebe.*)

C a p i t á n. — ¿Y usted Hárrison? ¿Tampoco tiene nada que decir? ¡Vamos, hable!

H á r r i s o n. — ¿Quién es usted para darme órdenes? ¡Yo no soy un cualquiera!

C a p i t á n. — Ya sé, ya sé que usted tiene un pasaporte diplomático y una Embajada. Pero también sé lo que lleva escondido en su equipaje, con esa garantía.

M e r c e d e s. — ¡No pretenderá acusarle de contrabando! Sería ridículo.

C a p i t á n. — No me refiero cosas tan pequeñas. Son ciertos papeles, con unas fórmulas que parecen inocentes, pero capaces de destruir ciudades enteras en un minuto.

H á r r i s o n. — ¡Miente!

C a p i t á n. — ¿Quiere que mande abrir su equipaje aquí mismo?

H á r r i s o n. — ¿Con qué derecho?

C a p i t á n. — ¡Contestel! ¿Mando abrir su equipaje, sí o no?

H á r r i s o n. — (*Sordamente.*) No. (*Va a la mesa, se sienta pesadamente.*)

Z a b a l a. — (*Llenándole un vaso.*) Bien venido, compañero. Ya verá cómo, al fin, todos acaban aquí con nosotros. ¡Salud! (*Hárrison toma el vaso sin responder al brindis. Beben los dos.*)

N i n a. — (*Se levanta bruscamente.*) Y nosotros, ¿qué? ¿Qué tengo yo que ver con el señor Hárrison y sus papeles secretos? Si él es culpable, allá ustedes dos, ¡y vayanse al diablo juntost! ¡Pero no nos meta a los demás en esta danza!

C a p i t á n. — (*Tranquilo.*) También usted será mejor que se calle, señora.

P e r t u s. — ¡Capitán! ¡Le prohibo dirigirse en ese tono a mi esposal

C a p i t á n. — No quise ofender a tan ilustre dama. ¡La baronesa Pertus! Por lo menos así está escrito en su pasaporte. Claro que un pasaporte puede falsificarse, ¿no?

N i n a. — ¡Sin palabras turbias! ¿Trata de insinuar que mi pasaporte es falso?

C a p i t á n. — De ninguna manera. Pero me sorprendió ese lenguaje desgarrado que le salió de repente... y sólo quería recordarle que una gran señora debe portarse siempre como una gran señora. No como una muchacha cualquiera de las calles de Tánger.

N i n a. — (*Retrocede instintivamente, mirándole fija.*) ¿Cómo!... ¿Qué está diciendo?

P e r t u s. — ¿Y tú...? ¿Por qué te has puesto pálida? ¡Ahora soy yo el que necesita una explicación...!

N i n a. — No es nada, querido..., nada.

P e r t u s. — (*Avanza resuelto.*) Ni un momento más de oscuridad. ¡Lo exijo!

N i n a. — (*Deteniéndole.*) Te lo suplico, Adolfo... Déjale. (*Se sienta con los ojos fijos. Los otros se miran entre sí.*)

C a p i t á n. — En fin, señores, todo lo que yo podía hacer por su bien, está hecho ya; el camino queda abierto. Ahora, ustedes tienen la palabra. Por mi parte sólo un último consejo; cuando se sabe morir, no importa cómo se ha vivido. Piénsenlo. (*Comienza a subir la escalera. Se vuelve con una sonrisa.*) ¡Ah!, perdón, casi se me olvidaba; feliz Nochebuena a todos.

Ejercicios

I. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿Qué debía de suceder al transatlántico "Nalón"? —
2. ¿Cuál es la posición social de los pasajeros del transatlántico?

II. ¿Qué tipo de oraciones predomina en el fragmento?

III. ¿Cómo caracteriza el autor los momentos de desesperación en el lenguaje de sus héroes?

IV. Hágase la característica del lenguaje de los personajes.

V. Señálense las litotes en el fragmento.

VI. Señálense las hipérbolos en el fragmento.

VII. Substituyan las palabras en cursiva por los sinónimos o por los giros equivalentes:

1. He recibido su invitación y *se la agradezco* con toda el alma. — 2. Lo que tengo que decir *cabe* en dos palabras. — 3. Señores: cumplo el deber de *anunciarles* que todos nosotros estamos viviendo nuestra última noche. — 4. ¿Precisamente usted que *ha amontonado su fortuna* fabricando armamentos? — 5. "Neutrales: antigua raza *extinguida*, cuya festividad se celebra..." — 6. Un convoy aliado *cruza en este momento rumbo* al Sur y mi deber es... — 7. Todos han vivido *ocultando* algo. — 8. No quise ofender a tan *ilustre* dama.

JUAN ANTONIO DE ZUNZUNEGUI

Juan Antonio de Zunzunegui y Loredó, notable literato español, nació en Portugalete (Vizcaya) en 1901.

Juan Antonio de Zunzunegui recibió su primera enseñanza en el Colegio de los Jesuitas de Orduña y después cursó sus estudios en las Universidades de Salamanca y Madrid deseando escudriñar el derecho y la literatura. Los primeros cuentos de Zunzunegui aparecieron en 1926, durante la dictadura de Primo de Rivera. La primera colección de narraciones breves bajo el título de "Tres en una" fue publicada en 1935.

En sus novelas cortas Zunzunegui trata temas locales, bilbaínos, con fantasía y atrevimiento, con espíritu a la vez amargo y realista.

Las novelas cortas reproducidas abajo fueron tomadas de la colección de novelas cortas "Bajo mi cielo metalúrgico".

BAJO MI CIELO METALÚRGICO

UN AMARRA JE

Los dos hermanos saltaron a tierra. Del barco lanzaron un *largo* de proa. El viejo lo recogió del agua con el bichero y se lo pasó a los hijos, que esperaban en la orilla.

Julián lo encapilló en un palancate o motilón.

Desde cubierta empezaron a virarlo en el molinete. La lluvia cosía a largas puntadas el paisaje, y las luces clavaban rejonos de oro en los torvos charcos. La maquinilla de vapor del molinete refunfuña matando las voces de los que andaban a la maniobra. El viejo sacó fuera el bote ante el peligro de que el barco lo aplastase contra el paramento del muelle. Quedó teso el *largo* de proa, metiendo casi en tierra la roda del barco.

Paró la maquinilla del molinete. En seguida largaron el *sprint* de proa. Joselín lo encapilló en otro palancate. Volvió el molinete a cobrar rápido.

A bordo, una nube de vapor enguantaba las pisadas marinenles.

Bregaron, *tesando* las amarras. El agua les golpeaba la cara y les corría, lúbrica, por las palmas de las manos.

Llegó un empleado de la casa consignataria. Traía subidas las solapas de la gabardina y daba pataditas, friolero.

— ¿Qué hay?

— Hola, tú — le recibió Joselín.

El *sprint* acabó aconchando por completo el barco de proa. Entonces, desde el puente, el práctico mandó dar un *largo* de popa. Lo encapillaron en un morrón y esperaron mientras la maniobra del molinete aconchaba de popa el casco.

Estaban calados hasta los huesos, a pesar de la ropa de mar. Un viento duro desabría aún más su trabajo. A bordo andaban remisos y torpes.

— Estos tíos no se dan cuenta de que caen chuzos — gruñó Julián.

Joselín, nervioso, acanaló las manos y les gritó con fuerza:

— *Make sprint ready after.*

Al fin les largaron el *sprint* de popa. Una vez bien *aconchao* el casco de proa y popa, las maniobras fueron rápidas.

Un segundo *largo* de proa. Un segundo *largo* de popa. Un *través* de proa. Un *través* de popa.

El barco quedó sujeto a tierra por las gazas de los ocho alambres de a bordo.

— Ya pueden venir ahora riadas y aguaduchos a prueba — desafió Julián.

Los dos hermanos se irguieron derrengados.

La noche se tallaba en claroscuros de aguafuerte. í
E\ carabinero abandonó la caseta y se acercó al barcón

— ¿Qué, hay algo?

— Sí, la ropa del capitán y del primero que hemos *dejao* en Erandio a lavar — bromeó Julián.

Subió a bordo.

— *Good-bye till tomorrow* — despidió Joselín los brazos en alto.

Saltaron al bote. El padre puso en marcha el motor. A la altura del cargadero de Gandarias, la lluvia moderó su puntiaguda tozudez.

Joselín se quitó el sueste y se pasó el pañuelo por la cara.

— *Jopé*, ¡qué frío tengo! estoy hecho una sopa.

— ...Yo no recuerdo habernos cogido nunca un temporal así a la hora de amarrar opinó Julián.

— *Esperar* a que llevéis cuarenta años..., y entonces di-réis — demoró el padre.

Hasta que atracaron en el pueblo fueron dando tiritones.

Comentarios

sprint, más correcto "spring," — término marítimo inglés — Amarra de costado; cable con que se sujeta un buque en posición conveniente, cuando se desplaza en un puerto.

Make sprint ready after — la voz de mando en inglés que quiere decir: larga la amarra de popa.

Erandio — centro industrial en la provincia de Vizcaya a 13 km de Bilbao.

Ejercicios

I. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿Cuáles son las condiciones en que trabajan los obreros portuarios? — 2. ¿Qué se puede decir de los caracteres de los jóvenes?

II. Nótese las oraciones elípticas y su función estilística.

III. Fórmense las palabras derivadas y, si posible, las locuciones adverbiales a base de las palabras dadas:

saltar, lanzar, pasar, cubierta, luz, recoger, pesar.

IV. Fórmense las oraciones con los giros adverbiales siguientes; sustituyanse dichos giros por los adverbios: a prueba, a largo, 'en seguida, a^bordo, por completo, a pesar de, una vez, a la altura.

V. Identifíquense los barbarismos empleados por el autor y las voces de la lengua hablada regional (dialectismos).

VI. Indíquese la diferencia entre los modos de determinar las palabras:

"...una nube de vapor enguataba las pisadas maríñenes" y ...una nube de vapor enguataba las pisadas de los maríñeros.

VII. Determínese el tipo del predicado:

1. "El empleado traía subidas las solapas de la gabardina". — 2. "...despidió Joselín los brazos en alto..."

VIII. Indíquese la función sintáctica del adjetivo *friolero*: "El empleado daba pataditas, friolero".

IX. Determínense los tropos:

1. La lluvia cosía a largas puntadas el paisaje, y las luces clavaban rejonos de oro en los torvos charcos. — 2. La noche se tallaba en claroscuros de aguafuerte. — 3. A la altura del cargadero de Gandarias, la lluvia moderó puntiguda tozudez. — 4. Jopé ¡qué frío tengo! estoy hecho una sopa.

X. Tradúzcase oralmente el texto.

Buen mozo este Tomasón; por brazos, dos cabrias; una cabeza de Antínoo y unos dientes blancos tanto, que podía echarlos a reñir con los de cualquiera star de cinema. Y bien plantado.

— ¡Tomasón!

— ¿Qué?

— ¿Con qué te limpias los dientes?

— Con jibia.

En el pueblo era un *timo* preguntarle con qué se limpiaba los dientes.

— ¡Tomasón!

— Con jibia •— solía contestar adelantándose —!. Luego se reía y abría la boca de fauno, enseñando contra el rojo de las encías sus dos herraduras de leche..

Era impar su fortaleza en el pueblo. Y arriesgado y derrochador de ella.

Cuando volvió del *servicio* empezó a salir al quisquillón con un botecillo de su padre. Salía a remo, hacia las siete de la tarde, y entraba de madrugada, a las seis o cinco y media.

Hacen falta buenos puños y buen fuelle para llegar bogando a la altura de Outón, que era donde pescaba. Porque para coger quisquillón hay que ir lejos. Dentro de muelles no hay *grano gordo*, quisquilla pequeña para carnada y algunas *culonas* en las peñas y agujeros de la punta del muelle de Churruca.

Al principio salía todos los días. Una hermanilla le vendía luego la pesca en Las Arenas o Neguri o en alguna taberna afamada del pueblo. Después normalizó su venta, encontrando en Bilbao un restorán que se quedaba en lo que llevase a un precio alzado, en cualquier estación.

Ganó muy buenos duros. Como que al segundo invierno de salir tenía ya en la cabeza el proyecto de un bote con motor. El bote se lo hicieron en un tallercito del pueblo. Tenía una popa recogida, que daba elegante salida al agua, y eso que era de mucha manga, y entre las dos bancadas centrales un vivero muy *majo*, como para traerse vivo medio Cantábrico.

El motor lo mando hacer en Zumaya, y cuando estuvo terminado fue el mismo con el bote a colocarlo. Un sábado salió con el batel del puerto guipuzcoano. Andaba el motor como *una seda*. Salvó las 28 millas de Zamaya a la boca del Abra en tres horas escasas.

Aquellas días desde el muelle todos le gritaban:

— ¡Tomasón!

— Con jibia — contestaba él... y, claro es, los amigos no trataban de preguntarle con que se lavaba los dientes, que eso ya todo el pueblo lo sabía, sino de quién era aquel batel con motor que era la envidia de los del gremio.

Pero también a Tomasón las heladas de enero y diciembre empezaron a trabajarle los huesos. Y si siquiera hubiese seguridad; pero es que hay noches que después de un frío raso, que no hay manera de echarlo fuera, vuelve uno con unos pocos cuarterones de pesca, pues todos los días no se cojen dos kilos de quisquillón.

Le empezó a morder el reuma. ¿Qué pescador que salga a la mar no lo tiene? Y se acobardó. Clareó sus salidas en los meses duros. Si se empieza a cogerle miedo a la mar malo. El mar es un toro bravo, y ¡ay del novillero que en las primeras fiestas de valentía le haya perforado el cuerno! A la primera cogida, Tomasón estuvo diez y siete días en cama. Cuando se levantó, le hizo asquitos al mar. Le daba reparo hasta el mirarlo. Demoró lo que pudo la salida. Pero, al fin, no hubo más remedio que decidirse, y saltó al ruedo. La noche era de primavera y el cielo afiló traicionero los invisibles cuernos de la helada.

La braveza de Tomasón, su energía y aquel su empaque, ¿dónde se fueron? ¿qué se hicieron de sus juveniles baladronadas? ¿Qué es caro el cosquillón?; pero, ¿es que algunos de estos señoritos de club, que con tanto placer los come, sería capaz de estar por seis duros o diez toda una noche a la intemperie sobre el mar áspero? ¿A qué no? Además, maniobre y mójese usted las manos a esas horas en que el agua es cortante cristal, cuando uno empieza a no sentir los dedos como cosa propia...

¡Ay, Dios mío!...; pero ¿por qué la vida es tan difícil para unos y tan de balde para otros? ¿Por qué Señor? ¿Por qué?

Pero llegan fiestas de Navidad y menudean los encargos, pues Tomasón es ya tan conocido que cuando un restorán necesita *una cosa buena* sin reparar en gastos, ¿a quién se la va a encargar con cierta seguridad sino a Tomasón? Y hay mucha gente que se casa en invierno sin pensar que casarse en verano sería más conveniente para los pescadores de quisquillones...; y banquetes políticos...; y..., y lo de siempre; que cuantos más contratos tiene uno, más reparo en buscarle la cara al bicho, y es que hay días que, ¿quién es el guapo capaz de dar al mar, cuando se encabrira, ni una larga torera?

Y una mañana un gánguil de "Altos Hornos", que había salido a arrojar *tortas*, se encontró un bote *desgaritao*. Derribado sobre las panas, un hombre muerto de frío. Su cuerpo tenía ya una dureza de diorita.

Era el 25 de diciembre. Dios había nacido aquella madrugada.

En el puerto las agujas de humedad bordaban con el hilo de la niebla, en la tela del aire, un nombre:

¡TOMASÓN!

Comentario

Antinoo — joven griego de Bitinia, de gran belleza, esclavo del emperador Adriano, que hizo de él su favorito. Se le consideraba como el tipo de la belleza plástica.

Ejercicios •

I. Dibújese el retrato de Tomasón.

II. Hágase la característica del texto:

- a) Subráyense las propiedades del estilo narrativo y las del diálogo.
- b) Hállense las construcciones perifrásticas. ¿Qué matiz suministran éstas al texto?
- c) Nótense las oraciones elípticas. ¿Qué papel estilístico desempeñan éstas en el texto?
- d) Indíquense las inversiones, subrayando la función estilística de éstas.
- e) Señálense las preguntas retóricas y otras figuras en el texto, explicando su función.
- f) Identifíquense los barbarismos y dialectismos en el cuento.
- g) Nótense los sufijos del aprecio emocional de los sustantivos.
- h) Nótense los tropos en el cuento. ¿Qué papel estilístico desempeñan éstos?

III. Tradúzcase el cuento.

DON ISIDORO Y SUS LÍMITES

Se levantó y pasó un rato a su despacho mientras le preparaban el plato de acelgas y el par de tajadas de merluza fritas, que solía ser su cena habitual. De noche no tomaba

vino. En la comida tomaba un vasito para empujar la carne y el queso del postre.

Era hombre comedido. Siempre había sido frugal en sus comidas.

— Vaya nietos guapos que le han salido así ... de repente para alegrarle la vejez — le sopló Rosario mientras le servía el plato de verdura.

— Sí..., muy majos..., y formales y educaditos... ¿Qué dice de eso el año?

— Ella, orgullosa; un poco nietos de ella los considera ya. Se sonrió enternecido.

— Que lo que hay que hacer ahora, dice, es obligar a "Isi" a casarse... para salvar a los chicos, sobre todo, y darles unos padres como Dios manda.

— Claro, claro...

Se oyeron unos pasos por el carrejo y surgió Teodora, el año, con las dos tajadas de merluza.

Dejó el plato sobre la mesa y se sentó confanzuda frente al señor.

Tenía las piernas grandes casi cilíndricas, hinchadas por las varices y al posar sus caderas pingües exhaló un suspiro de satisfacción y bienestar.

— Hay que buscar a ese demonio donde esté y casar, casar, hay que haser deseguida... Que esos pobres hijos tengan toda la consideración que se meresen... y ella también, pues... modosita, eh..., modosita párese.

Era grande, cuellicorta y de mucho pecho Teodora: "el año", como la había vuelto a llamar don Isidoro metido ya en el túnel de los recuerdos. Porque eso era' "año fresca" que criara al autor de aquel desaguisado que ponía ante los ojos y el corazón del viejo a Águeda y sus dos hijos.

— Ella es muy bonita..., ¿no encuentre usted que es preciosa? — le preguntó el viejo.

— Un sol..., un sol de mujer — susurró el año —, digna de él porque "Isi" también es un buen moso... y bien plantado... y no digo por lo que me toque —. Alzó la vista.

— Ahora habrá que averiguar por dónde anda para traerle aunque sea acompañado de una pareja de la guardia civil.

— No habrá nesosidá...; él pues malo no es..., las malas compañías como solía desir la señora..., ésas, ésas, le pierden, las malas compañías.

— Muchos años tiene ya para haberse sabido librar de ellas... No nos engañemos..., así es y así será...

— El, pues, cuando se le habla al corasón..., malo no

es... Sangre, mucha sangre... y músculo, mucho músculo es lo que tiene... y nesosita fuersa, mucha fuersa en contra a la suya...

— Pues que se modere, que ya ha tenido tiempo de aprender a moderarse..., que un niño no es.

Se volvió al año.

— ¿Cuántos años tiene?

— Ahora para la Virgen de Agosto treinta y dos hará..., ¿buen morrosco, eh?

— Demasiado para cosa buena — se lamentó el viejo. Y empezó la merluza.

Comía lento, mascando mucho.

Perdió la mirada en no sé que vagos sueños.

— Ya conseguiremos casar, pues... — aventuró el año —, porque tosudo, tosudo ya te es... y basta que le digan por aquí pa que él pretenda ir por lotro lao... Toda la vida ha sido así.

— Como buen vasco — sonrió Rosario.

— Vascos te hay de una clase y de la otra.

— Pero más de la otra...—sonrió la criadita—, ¡ay estos hombres! — suspiró.

— Por eso te aconsejo yo que andes como las tortugas a la hora de buscar compañía — le soltó el año.

El viejo se puso a pelar una fruta. Lo hacía maquinalmente, ausente de todo.

Y sorprendieron las dos mujeres cómo las lágrimas del viejo rodaban por la mejilla sonrosada y sofocada de la manzana...

Se retiraron a la cocina dejándole con sus tristezas.

Luego se metió en el despacho y permaneció un rato revolviendo papeles.

Intentó escribir una carta al hijo, pero le salió rota, sin ilación. Más tarde pensó: "Si no sé por dónde anda".

"Se me ha presentado en casa Águeda con los chicos", empezaba. Pero le tembló la mano y el pliego levantaba pequeños y redondos arapiles con el agua embebida de sus lágrimas...

"Ese canalla que no crea que lloro por el..." y rompió el papel en cien pedazos.

Se sentía encorajinado, furioso. Pero la voz quebradiza y suavísima de los nietos y la queja angustiada de la mujer ultrajada, le tiraban sus pamperos lazos al cuello de la emoción.

Y se sentía cogido como en un cepo.

Desistió de escribirle y de suplicarle viniese a cumplir como un hombre y a casarse con aquella mujer y reconocer así sus hijos, los suyos... y a vivir "como Dios manda", según la frase del año... ¿Pero dónde andará esa mala cabeza? ¿Dónde?

— Aña — llamó —, ¿usted sabe por dónde anda ese granuja?

— ¿Me llamaba?

— Que si sabe por dónde anda ese granuja.

— A fin de verano me dijeron le habían visto por San Sebastián... Ahora vaya usted a echarle un galgo.

Sentía el pecho, el pobre viejo, llagado, abrasado de encontradas emociones.

"Su madre..., si hubiera vivido su madre..., a ella fuese por lo que fuese..., pero le oía algo... y a veces le atendía..., pero a mí y a mis años... y después de lo pasado..."

Se llenó de asqueantes desesperanzas.

"Esta vida y estos hijos..."

Ejercicios

- I. Caracterícense las oraciones del texto. Nótese las oraciones elípticas, nominativas e incompletas.
- II. Nótese las reticencias. ¿Con qué fin las emplea el autor?
- III. Señálense las inversiones en el texto.
- IV. Nótese los dialectismos en el texto.
- V. Indíquense los tropos empleados en el texto.
- VI. Descríbanse los retratos de las mujeres y del viejo don Isidoro.
- VII. Tradúzcase oralmente el texto.

CAMILO JOSÉ CELA

Camilo José Cela nació el 11 de mayo de 1916 en Iria-Flavia, provincia La Coruña (Galicia). En 1942 apareció su libro "La familia de Pascual Duarte". Después de "La familia de Pascual Duarte" publica Cela los libros "Pabellón de reposo" (1943) y "Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes" (1944) y, más tarde, "Viaje a la Alcarria" (1948). Publicada en el extranjero unos años más tarde, aparece "La Colmena" (1951), su novela más importante. En 1953—1957 aparecen sus libros: "Mrs Caldwell habla con su hijo", "Baraja de invenciones", "La Catira", "Judíos, moros, cristianos", "Rueda de los ocios".

Además, Cela dejó una huella significativa en la poesía española. Entre los poemas del autor podemos hallar "Pisando la dudosa luz del día", "Poemilla de las malas costumbres" (1944), "Rosas del Gallinero del vecino" (1960) y otros.

VIAJE A LA ALCARRIA

III

DEL HENARES AL TAJUÑA

El viajero de Guadalajara sale a pie por la carretera general de Zaragoza, al lado del río. Es el mediodía, y un sol de justicia cae, al plomo, sobre el camino. El viajero anda por la cuneta, sobre la tierra; el asfalto es duro y caliente, y estropea los pies. A la salida de la ciudad el viajero pasa por un merendero que tiene un nombre sugeridor, lleno de resonancias; por un merendero que se llama "Los misterios de Tángier". Antes ha entrado en una verdulería a comprar unos tomates.

— ¿Me da tres cuartos de tomates?

- ¿Eh?

La verdulera es sorda como una tapia.

— [Que si me da tres cuartos de tomates!]

La verdulera ni se mueve; parece una verdulera sumida en profundas cavilaciones.

— Están verdes.

— No importa; son para ensalada.

— ¿Eh?

— [Que me es igual!]

La verdulera piensa, probablemente, que sú deber es no despachar tomates verdes.

— ¿Va usted a Zaragoza, por una promesa?

— No, señora.

— ¿Eh?

— ¡Que no!

— Pues antes iban muchos a Zaragoza; llevaban también el equipaje colgando.

— Antes sí, señora. ¿Me da tres cuartos de tomates?

El viajero no puede gritar más fuerte de lo que lo hace. Tiene la garganta seca; por un tomate hubiera dado un duro. La puerta de la verdulería está llena de niños que miran para el viajero; de niños de todos los pelos, de todos los tamaños; de niños que no hablan, que no se mueven, que miran fijamente, como los gatos, sin pestañear.

Un niño pelirrojo, con la cara llena de pecas, advierte al viajero:

— Es sorda.

— Ya lo veo, hijo.

El niño sonríe.

— ¿Va usted a Zaragoza de promesa?

— No, querubín; no voy a Zaragoza. ¿Tú sabes dónde puedo comprar tres cuartos de tomates?

— Sí, señor; venga conmigo.

El viajero, con veinte o veinticinco niños detrás sale en busca de los tomates. Algunos niños corren unos pasitos para ver bien al viajero, para ir siempre a su lado. Otros se van aburriendo y se van quedando por el camino. Una mujer, desde la puerta de una casa, pregunta en bajo a los niños: ¿Qué quiere? y el niño de la pelambreira roja contesta complacido: "Nada; vamos buscando tomates". La mujer no se conforma, vuelve a la carga: "¿Va a Zaragoza?" Y el niño se vuelve y contesta seco, casi con indignación: "No. ¿Es que por aquí no se va más que a Zaragoza?" Al pasar por delante del merendero, el hombre que — ¡también es casualidad! — no va a Zaragoza, siente como si acabaran de sacarlo de un estanque donde estuviera ahogando. El viajero va con su ayudante, con el niño del pelo de azafrán al lado. El niño le había dicho:

— ¿Me permite usted que le acompañe unos hectómetros?

Y el viajero, que siente una admiración sin límites por los niños redichos, le había respondido:

— Bien; te permito que me acompañe unos hectómetros.

Ya en la carretera, el viajero se para en un regato, a lavarse un poco. El agua está fresca, muy limpia.

— Es un agua muy cristalina, ¿verdad?

— Sí, hijo, la mar de cristalina.

El viajero descuelga la mochila y se desnuda medio cuerpo. El niño se sienta en una piedra a mirarle.

— No es usted muy velludo.

— Pues, no... Más bien, no...

El viajero se pone en cuclillas y empieza por refrescarse las manos.

— ¿Va usted muy lejos?

— Psch...; regular... Dame el jabón.

El niño destapa la jabonera y se la acerca. Es un niño muy obsequioso.

— ¡Pues anda, que, como vaya usted muy lejos con este calor!...

— A veces hace más. Dame la toalla.

El niño le da la toalla.

— ¿Es usted de Madrid?

El viajero, mientras se seca, decide pasar a la ofensiva.

— No, no soy de Madrid. ¿Cómo te llamas?

— Armando, para servirle. Armando Mondéjar López.

— ¿Cuántos años tienes?

— Trece.

— ¿Qué estudias?

— Perito.

— ¿Perito... qué?

— Pues perito... perito.

— ¿Qué es tu padre?

— Está en la Diputación.

— ¿Como se llama?

— Pío.

— ¿Cuántos hermanos tienes?

— Somos cinco: cuatro niños y una niña. Yo soy el mayor.

— ¿Sois todos rubios?

— Sí, señor. Todos tenemos el pelo rojo; mi papá también lo tiene.

En la voz del niño hay como una vaga cadencia de tristeza. El viajero no hubiera querido preguntar tanto. Piensa un instante, mientras guarda la toalla y el jabón y saca de la mochila los tomates, el pan y una lata de *foie-gras*, que se ha pasado de rosca preguntando.

— ¿Comemos un poco?

— Bueno; como usted guste.

El viajero trata de hacerse amable, y el niño, poco a poco, vuelve a la alegría de antes de decir: "Sí, todos tenemos el pelo rojo; mi papá también lo tiene". El viajero le cuenta al niño que no va a Zaragoza, que va a darse una vueltecita por la Alcarria; le cuenta también de dónde es, cómo se llama, cuantos hermanos tiene. Cuando le habla de un primo suyo, bizco, que vive en Málaga y que se llama Jenaro, el niño va ya muerto de risa. Después le cuenta cosas de la guerra, y el niño escucha atento, emocionado, con los ojos muy abiertos.

— ¿Le han dado algún tiro?

El viajero y el niño se han hecho muy amigos y hablando, hablando, llegan hasta el camino de Iriépal. El niño se des-
pide.

— Tengo que volver; mi mamá quiere que esté en casa a la hora de merendar. Además, no le gusta que venga hasta aquí; siempre me lo tiene dicho.

El viajero le alarga la mano, y el niño la rehuye.

— Es que la tengo sucia, ¿sabe usted?

— ¡Anda, no seas tonto! ¿Qué más da?

El niño mira para el suelo.

— Es que me ando siempre con el dedo en la nariz.

— ¿Y eso qué importa? Ya te he visto. Yo también me hurgo, algunas veces, con el dedo en la nariz. Da mucho gusto ¿verdad?

— Sí, señor; mucho gusto.

El viajero echa a andar y el niño se queda mirándole, al borde de la carretera. Desde muy lejos, el viajero se vuelve. El niño le dice adiós con la mano. A pleno sol, el pelo le brilla como si fuera de fuego. El niño tiene un pelo hermoso, luminoso, lleno de encanto. El cree lo contrario.

Comentario

Iriépal — pueblo que dista a 5 km de Guadalajara.

Ejercicios

1. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿Qué idea principal se comprende en el fragmento? —

2. ¿Cómo se revela en el fragmento el carácter del viajero?

II. Hágase el retrato del muchacho.

III. Nótese las particularidades de la sintaxis del fragmento.

IV. Indíquense los sinónimos empleados por el autor para designar el camino.

V. Hállense las palabras y locuciones con que el autor determina el pelo del niño.

VI. Explíquese el uso del artículo indefinido:

1. "Es el mediodía, y *un* sol de justicia cae, al plomo, sobre el camino". — 2. "Y el viajero, que siente *una* admiración sin límites por los niños redichos..." — 3. "En la voz del niño hay como *una* vaga cadencia de tristeza." — 4. "Es *un* niño muy obsequioso." "El niño tiene *un* pelo hermoso, luminoso, lleno de encanto".

VII. Indíquense los acentos estilísticos de las repeticiones:

"A la salida de la ciudad el viajero pasa por un merendero que tiene un nombre sugerido, lleno de resonancias; por un merendero que se llama "Los misterios de Tángier". "La puerta de la verdulería está llena de niños que miran para el viajero; de niños de todos los pelos, de todos los tamaños; de niños que no hablan, que no mueven, que miran fijamente, como los gatos, sin pestañear". "La verdulera ni se mueve; parece una verdulera sumida en profundas cavilaciones"

— "¿Qué estudias?

— Perito.

— ¿Perito...qué?

— Pues perito...perito".

VIII. Hállense los tropos en el fragmento. ¿Qué tropos son los siguientes?

1. "...y un sol de justicia cae, al plomo, sobre el camino". — 2. "...merendero que tiene un nombre sugerido, lleno de resonancias". — 3. "La verdulera es sorda como una tapia." — 4. "Sí, hijo, la mar de cristalina."

IX. Nótese las acepciones que tienen los verbos en cursiva en las oraciones:

1. "El viajero le cuenta al niño que no va a Zaragoza, que *va a darse* una vueltecita por la Alcarria." — 2. "...el niño *va* muerto de risa." — 3. "¿Le *han dado* algún tiro?" — 4. "*Tengo* que volver..." — 5. "...mamá... me lo *tiene* dicho." — 6. "El viajero *echa* a andar..." — 7. "¡Pues *anda*, como vaya usted muy lejos con este calor!" — 8. "El niño le *dice* adiós con la mano." — 9. "Es que *me ando* siempre con el dedo en la nariz."

X. Tradúzcase oralmente el fragmento.

XI. Tradúzcase por escrito desde el principio hasta "El viajero, con veinte o veiticinco niños..."

BARAJA DE INVENCIONES

LA NARANJA ES UNA FRUTA DE INVIERNO

La naranja es una fruta de invierno. Un sol color naranja se fue rodando, más alia de los montes, por los remotos caminos del mundo, por los ignorados y lejanos caminos del mundo.

En la sombra, al pie de una colina de pedernal, de una colina que marca a chispas veloces la andadura de la caballería, dos docenas de casas se aprietan contra el campanario. Las casas son canijas, negruzcas lisiadas; parecen casas enfermas con el alma de roña, que va convirtiendo las carnes en polvo de estiércol. El campanario — un día esbelto y altanero — hoy está desmochado y ruinoso, desnudo y pobre como un héroe en desgracia. El viento, a veces, se distrae en llevarse una piedra del campanario, una piedra que sale volando, como una maldición, contra cualquier tejado, y rompe cien tejas, que después ya no se repondrán jamás. Sobre el campanario, el vacío nido de la cigüeña espera los primeros soles rojos de la primavera, los soles que marcarán el retorno de las aves lejanas, de las extrañas aves que conocen el calendario de memoria, como un niño aplicado.

El vacío nido de la cigüeña ha echado misteriosas raíces, firmes raíces en la piedra. Al vacío nido de la cigüeña — doce docenas de secos palitos puestos al desgaire — no hay viento de la sierra que lo derribe, no hay rayo de la nube que lo eche al suelo. Sobre el vacío nido de la cigüeña, quizá vuela, como un alto alcotán, la primera sombra de Dios.

Al caserío le van naciendo, con la noche, tenues rendijas de luz en las ventanas que no ajustan del todo, en las ventanas que siempre dejan un resquicio abierto, quién sabe si a la ilusión, al miedo o a la esperanza: como un corazón anhelante, como un corazón que no encuentra consuelo en la soledad. Entornando el mirar, las rendijas de luz semejan flacos fantasmas atados a las sombras, hojas de las peores facas, las facas que tienen luz propia como los ojos de los gatos, como los ojos de los caballos, como los ojos del lobo, que muestra el color del matorral del odio. Y su figura. Y su andar, que nos muerde los nervios de la cabeza, que

forman un raro árbol dentro de la cabeza, un árbol que mete sus ramas espantadas por entre las junturas de los sesos.

Un vientecillo que pincha, baja por la ladera, husmea como un can con hambre por las callejas y se escapa ululando por el olivar del Cura, el olivar que se pinta con el ceniciento color de la plata vieja, la plata de las monedas antiguas, el confuso color del recuerdo.

Al pie del olivar del Cura, conforme se sale hacia el arroyo, una cerca de adobe guarda del lobo negro de la noche las ovejas de Esteban Moragón, alias *Tinto*, mozo que va a casar. La alta barda de adobe se corona de espinas erizadas, de secas y heridoras zarzas, de violentas botellas en pedazos, de alambres agresivos, descarados, fríamente implacables. El *Tinto* se guarda lo mejor que puede.

La taberna de Picatel es baja de techo. Picatel es alto. La taberna de Picatel es húmeda y lóbrega. Picatel es seco y tarambana. La taberna de Picatel es negra y rumorosa. Picatel es albino, pero también decididor.

Picatel tiene cincuenta años. Picatel no come. A Picatel le zurra su mujer. Picatel es un haragán. Picatel es un pendón. Picatel es fumador, es bebedor, es jugador. Picatel es faldero. Picatel fue cabo en África. En Monte Arruitle pegaron a Picatel un tiro en una pierna. Picatel es cojo. Picatel está picado de viruela. Picatel tose.

Esta es la historia de Picatel.

— ¡Así te vea comido de la miseria!

— ¡Y con telarañas en los ojos!

— ¡Y con gusanos en el corazón!

— ¡Y con lepra en la lengua!

Picatel estaba sentado detrás del mostrador.

— ¿Te quieres callar, Segureja?

— ¡No me callo porque no me da la gana!

Picatel es un filósofo práctico.

— ¿Quieres que te cuente otra vez lo de tu madre, Segureja?

Segureja se calló. Segureja es la mujer de Picatel. Segureja es baja y gorda, sebosa y culona, honesta y lenguaraz. Segureja fue garrida de moza, y de rosada color. Segureja se metió en la cocina. Iba en silencio.

El *Tinto* y Picatel no son buenos amigos. La novia del *Tinto* estuvo de criada en casa de Picatel. Según las gentes,

Picatel a veces, entraba en la cocina y le decía a la novia del *Tinto*:

— No te afanes, muchacha; lo mismo te van a dar. Que trabaje la Segureja, que ya no sirve para nada más.

\\ Según las gentes, un día salió la novia del *Tinto* llorando de casa de Picatel. La Segureja le había pegado una paliza, que a poco más la desloma. La Segureja, según la gente, le decía a la gente:

— Es una guarra y una tía asquerosa, que se metía con Picatel en la cuadra a hacer las bellaquerías.

La gente le preguntaba a la mujer de Picatel:

— Pero, ¿usted los vio, tía Segureja?

Y la mujer de Picatel respondía:

— No; que si los veo, la mato; ¡vaya si la mato!

Desde entonces, el *Tinto* y Picatel no son buenos amigos.

De las vigas de la taberna de Picatel cuelgan unos chorizos y unas tiras de papel engomado que aún guardan las moscas del verano, las moscas zumbadoras y pependencieras de julio y de agosto. \\j

El *Tinto* es un mozo juguetero y terne, que baila el paso doble de lado. El *Tinto* lleva la gorra de visera. El *Tinto* sabe pescar la trucha con esparavel. El *Tinto* sabe capar puercos, silbando. El *Tinto* sabe poner el lazo en el camino del conejo. El *Tinto* escupe por el colmillo.

Las artes del *Tinto* le vienen de familia. Su padre mató una vez una loba a palos.

— ¿Dónde le diste? — le preguntaron los amigos.

— En el alma, muchachos; que si no, no lo cuento.

El padre del *Tinto*, otra vez, por mor de dos cuartillos de vino que iban apostados, entró en una tienda y se comió una perra de todo: una perra de jabón, una perra de sal, una perra de cinta, una perra de clavos, una perra de azúcar, una perra de pimienta, una perra de cola de carpintero, tres piedras de mechero, una carpeta de papel de cartas, una perra de añil, una perra de tocino, una perra de pan de higo, una perra de petróleo, una perra de lija y una perra que sacó el amo del cajón del mostrador. Los seis reales los pagó él de la apuesta.

Después, el padre del *Tinto* se fue a la botica y se tomó una perra entera de bicarbonato.

El *Tinto* entró en la taberna de Picatel.

— Oye, Picatel...

Picatel ni le miró.

— Llámame Eusebio...

El *Tinto* se sentó en un rincón.

— Oye, Eusebio...

— ¿Qué quieres?

— Dame un vaso de blanco. ¿Tienes algo de picar?

— Chorizo, si te hace.

Picatel salió del mostrador con el vaso de blanco.

— También te puedo dar un poco de bacalao.

El *Tinto* estaba recostado en la pared, con dos patas de la banqueta en el aire.

— No. No quiero el bacalao. Ni el chorizo.

El *Tinto* sacó el chisquero, encendió su apagado cigarro y echó una larga bocanada de humo, con la cabeza atrás, casi con deleite.

— Me vas a traer un papel de las moscas. Hoy me da la gana de comerte el papel de las moscas.

Picatel dejó el vaso de blanco sobre la mesa.

— El papel es mío. No lo vendo.

— ¿Y las moscas?

— Las moscas también son mías.

— ¿Todas?

— Todas, sí. ¿Qué pasa?

Lo que pasó en la taberna de Picatel, nadie lo sabe a ciencia cierta. Y si algien lo sabe, no lo quiere decir.

Cuando llegó la pareja a la taberna, a la taberna de Picatel, Picatel estaba debajo del mostrador, echando sangre por un tajo que tenía en la cara.

La pareja levantó a Picatel, que estaba blanco como la primer harina.

— ¿Qué ha pasado?

Picatel estaba como tonto. La herida de la cara le manaba sangre lenta y roja como un sueño siniestro. Picatel, en voz baja, repetía y repetía la monótona retahila de su venganza:

— Por donde más te ha de doler... Te he de pinchar por donde más te ha de doler...

Los ojos de Picatel le bizqueaban un poco.

— Por donde más te ha de doler... Te he de pinchar por donde más ha de doler...

La pareja se acercó al *Tinto*, que esperaba en su rincón sin mirar para la escena.

• — ¿Qué comes?

— Nada, papel de moscas. A la guardia civil no se le hace lo que yo coma.

La naranja es una fruta de invierno. El sol color naranja aún ha de tardar varias horas en oír la letanía de Picatel:

donde más te ha de doler... ^ *na* uc uuier... le ñe de pinchar por

La Segureja restañó la herida de Picatel con un pañuelo mojado en anís. Después le puso vinagre en la frente, para que espabilara.

— Por donde más te ha de doler... Te he de pinchar por donde más te ha de doler...

— Pero, ¿qué dices?

Picatel, con los ojos cerrados, no escuchaba la voz de la Segureja.

— Por donde más te ha de doler... Te he de pinchar por donde más te ha de doler...

En el cuartelillo, el *Tinto* le decía al cabo que él no había querido más que comerse el papel de las moscas.

— Se lo puedo jurar a usted por mi madre, señor cabo. Yo en comiéndome el papel de las moscas me hubiera marchado por donde entre.

El cabo estaba de mal humor; la pareja le había levantado de la cama. Cuando la pareja dio dos golpes sobre la puerta de su cuarto, el cabo estaba soñando que un capitán le decía:

— Oiga, usted, brigada, se trata de un servicio difícil, de un servicio que tiene que ser prestado por un hombre de mucha confianza.

El cabo no entendía del todo lo del papel de las moscas.

— Pero, bueno, vamos a ver: usted ¿por qué se quería comer el papel de las moscas?

El *Tinto* buscaba una buena razón, una razón convincente:

— Pues ya ve usted, señor cabo: ¡un capricho!

La gente, la misma gente que había preguntado a Segureja lo que había pasado entre su marido y la novia del *Tinto*, se agolpó ante la cerca de adobe que hay al pie del olivar del Cura, conforme se sale hacia el arroyo.

Una hora antes, Picatel había saltado como un garduño la alta barda de las espinas y las zarzas, de los vidrios y los alambres desgarradores.

Picatel llevaba en la mano una faca de acero brillador, una faca cuya luz semejaba en la noche el temblor de una tenue rendija en la ventana que no ajusta del todo, en la ventana que siempre deja un resquicio abierto, quién sabe si a la venganza, al miedo o a la desesperación.

Picatel llevaba en la boca la temerosa salmodia que le empujó por encima de los adobes del corral del *Tinto*.

— Por donde más te ha de doler... Te he de pinchar por donde más ha de doler...

Picatel se acercó a las ovejas, tibias y prometedoras, aromáticas y femeniles. Su corazón le andaba a saltos, como cuando se encerraba en la cuadra con la novia del *Tinto*.

Picatel paseó entre las ovejas, celoso como un gallo, rendidamente lujurioso, como un sultán que vaga su veneno por entre las confusas filas de un ejército de esclavas desnudas.

A Picatel se le hizo un nudo en la garganta.

— Por donde más te ha de doler... Te he de pinchar por donde más te ha de doler...

Picatel palpó los lomos a una oveja soltera, a una cordera que miraba como su mujer, de moza, o como la novia del *Tinto* derribada sobre el suelo de estiércol de la cuadra.

A Picatel le empezaron a zumbar las sienas. La cordera se estaba quieta y sobresaltada, como una novia enamorada y obediente.

A Picatel se le nublaron los ojos... La cordera también sintió que la mirada se le iba...

Fue cosa de un instante. Picatel echó el brazo atrás y descargó un navajazo temeroso en el vientre de la cordera. La cordera se estremeció y se fue contra el suelo del corral.

Una carcajada retumbó por los montes, como el canto de un gallo inmenso y loco. La gente, la misma gente que decía que entre Picatel y la novia del *Tinto* había más que palabras, seguía firme y silenciosa, ante el corral que queda al pie del olivar del Cura, conforme se sale del pueblo, camino del arroyo.

La pareja no dejaba arrimar a la gente.

Ese hombre que llega tarde a todos los acontecimientos preguntó:

— ¿Qué ha pasado?

— Nada — le respondieron —; que Picatel despanzurró a las cien ovejas del *Tinto*.

Sí, la naranja es una fruta de invierno.

Cuando el sol color naranja llegó rodando, más acá de los montes, por los remotos caminos del mundo, por los lejanos e ignorados caminos del mundo, ya Picatel marchaba, más allá de la colina de duro pedernal, de espaldas a las casas canijas, negruzcas, lisiadas, por aquellos caminos que llevaban al mundo, andando como un sonámbulo, repitiendo a la media voz del remordimiento:

— Por donde más te ha de doler... Te he de pinchar por donde más te ha de doler...

El sol color naranja alumbraba la escena sin darle una importancia mayor.

Sí; sin duda alguna, la naranja es una fruta de invierno.

Comentario

Monte Arruit — poblado en Marruecos donde el ejército español fue derrotado por las tribus rifeñas (1921).

Ejercicios

- I. Descríbase el pueblo y sus alrededores.
- II. Hágase el retrato de Picatel, de Segureja y de Tinto.
- III. Indíquense las particularidades de la parte descriptiva del texto.
- IV. Nótese los casos de la inversión.
- V. Nótese las repeticiones en el texto. ¿Qué efecto producen las repeticiones? ¿Qué diferencia se nota entre los tipos de repeticiones?
- VI. Nótese los modos de determinar los sustantivos.
- VII. Indíquese el papel estilístico del metaplasmo.
- VIII. Explíquese el papel estilístico del sustantivo *sol*:
"...el vacío nido de la cigüeña espera los primeros soles rojos de la primavera, los soles que marcarán..."
- IX. Explíquese el uso de los artículos o ausencia de los mismos:
 1. "Picatel es un haragán. Picatel es un pendón. Picatel es fumador, es bebedor, es jugador". — 2. "Picatel es un filósofo práctico". — 3. "Es una guarra y una tía asquerosa..." — 4. "Dame un vaso de blanco". — 5. "El Tinto buscaba una buena razón, una razón convincente".
- X. Indíquense los tropos, explicando su papel en la narración.
- XI. Tradúzcase por escrito la descripción del pueblo.
- XII. Tradúzcase oralmente el cuento.

Ana María Matute nació en 1926 en Barcelona.

En una de las mejores novelas "Los hijos muertos" (1958) A. M. Matute desenmascara la quiebra del mundo de los terratenientes, poniendo de relieve las plagas del individualismo y egoísmo que corrompen la sociedad burguesa. El origen de todo lo trágico que sucede en la España moderna Ana María Matute lo ve en la derrota de la República Española.

Más abajo proponemos al lector dos cuentos tomados del libro "El Río" y unos fragmentos de la novela "Los soldados lloran de noche".

La obra de Ana María Matute está penetrada de una fe profunda en el futuro feliz de su Patria.

GRAN ANIMAL

Siempre me han gustado los pastores. Desde hace tiempo que conozco su vida, sus costumbres, su modo de ser y hablar. No todo el mundo sirve para pastor. Hay que tener un extraño y vivo amor a la soledad, y ese sexto sentido que avisa del peligro, del lobo, de la tormenta.

Los pastores suelen ser gente callada y levemente melancólica. No les gusta la vida en común, no se adaptan bien a ella. Recuerdo a uno que pasó su vida entera en las montañas con el ganado. Era un hombre casado, con hijos, con nietos. Yo creo que la vida le sorprendía desagradablemente cada vez que volvía a casa; que sus gentes le parecían extrañas, sus vecinos absolutos desconocidos. Todo era misterioso e intrincado para él, en el pueblo. Ajenos, el hablar de las mujeres, los gritos de los niños, las conversaciones pausadas, entre vaso y vaso, de los hombres; ajenos su sentido del dinero, su preocupación de hacienda, casa, labranza. Aquel hombre no amaba el dinero; amaba el rebaño, los árboles, el río, las fuentes, la soledad de los bosques en las altas cimas de la sierra. No sabía para qué, pero lo amaba de un modo áspero, confuso, y estoy segura que hubiera dado su vida por él. Por ello, cuando fue preciso vender la hacienda, por la inminencia del pantano que inundó su pueblo, este hombre se sentó a la puerta de su casa, extraño dentro del traje de los domingos, con la bufanda echada sobre un hombro, como un enfermo. Su trato era desabrido, su cólera, frecuente y relampagueante, injustificada. La mujer le decía:

— ¡Pedazo de bruto!

Sus vecinos:

— ¡Gran animal!

Este último epíteto le iba mejor. Con su esqueleto de caballo, su boca como un hachazo, sus ojos de águila. Gran Animal, dijo:

— Prepárame el zurrón.

Su mujer obedeció, con una leve esperanza que ni ella misma se atrevería a confesarse: era vieja, estaba cansada. Los hijos vivían lejos, habían vendido la tierra y los animales. La muerte andaba rondando, escaleras arriba y abajo, entre las gallinas que dormitaban, las ratas que huían y el titilar amarillo del candil. Gran Animal se fue a la sierra, y al día siguiente lo encontraron junto al Regato del Amor — raro nombre, y más en aquella ocasión —, tendido de bruces, sin siquiera haber abierto el zurrón. Y dicen — lo oí yo misma—que tenía la boca contra la hierba, como mordiéndola.

Lo enterraron en el cementerio nuevo. Nadie la ha comprado una cruz. Su viuda dice:

— Me tuve que untar los ojos de cebolla para llorarle. Y a ese gran animal, ¿para qué le vamos a poner cruz? Cuando yo me muera no habrá más remedio que tenderme a su lado. Pues bueno, si los hijos compran cruz para esta vieja, ya nos la repartiremos.

Ahora, alguna vez, las ovejas saltan la tapia del cementerio y van a pacer entre las tumbas. Sobre la de Gran Animal retumbarán como diminutos tambores las breves pezuñas, roerán los dientes, soplarán cálidamente los rosados belfos de los corderos. Habrá un balido ronco, repetido por otro, y otro. Bajo el suelo, un corazón de tierra, derramado como una simiente, acaso tiemble, acaso duerma, con el sueño pasivo de los árboles, del musgo. Con la sabiduría y el misterio del agua escondida, que salta de pronto entre las rocas y se vierte, limpia y poderosa, a través de la tierra.

Ejercicios

- I. Indíquese el carácter de la sintaxis del cuento:
 - a) Nótense las oraciones incompletas, elípticas y las palabras intercaladas.
 - b) Indíquese el papel que desempeñan las intercalaciones.
 - c) Señálense los tiempos gramaticales usados en el texto y la importancia estilística de cada uno.

- II. Explíquese el uso del artículo indefinido:

1. Hay que tener *un* extraño y vivo amor... — 2. Era *un* hombre casado... — 3. ...amaba de *un* modo áspero... — 4. ...como *un* enfermo... — 5. Su boca como *un* hachazo. — 6. ...con *una* leve esperanza... — 7. Nadie le ha comprado *una* cruz.

III. Explíquese la falta del artículo en la oración:

"...ajenos su sentido del dinero, su preocupación de hacienda, casa, labranza".

IV. Explíquese la repetición del artículo en la frase:

"...amaba el rebaño, los árboles, el río, las fuentes, la soledad de los bosques..."

V. Tradúzcase oralmente el cuento.

EL RÍO

AQUEL FUEGO

Nos gustaba el fuego. íbamos a prender hogueras, a cualquier parte. Traíamos leña, la apilábamos, la encendíamos. Habíamos llegado a ser pequeños brujos del fuego: apostábamos por qué hoguera llameaba antes, más alta, más duradera. Amábamos el fuego, lo temíamos y nos arrebatava. No había excursión, ni paseo, ni escapada, que no acabara en fogata donde secábamos la ropa mojada por el río, y tostábamos pan, o asábamos ciruelas.

A menudo los campesinos nos amenazaban:

— Ya veréis como arméis fuegos. ¡Se lo diré a tu abuelo!

En el fuego había peligro, sobre todo durante los meses de julio y agosto. Nos prohibían los fuegos por temor a que no supiéramos apagarlos y provocáramos un incendio. No hacíamos ningún caso y, a veces, me pregunto si este miedo y este peligro no eran entonces un incentivo más.

Al anoecer, las hogueras eran muy hermosas. Sobre todo en el mes de octubre. Nos reuníamos alrededor de las llamas, manchados de hollín, y nos comíamos los restos de la merienda, abrigados con los primeros jerseys de lana. A veces, la luna se asomaba inesperadamente al cielo, y corríamos a apagar el fuego: bajábamos al río, llenábamos las cantimploras y las vaciábamos en los rescoldos. Ningún trozo de pan ha tenido el sabor ni el crujido de aquél de entonces.

No he vuelto a encontrar aquel fuego. He prendido hogueras para mi hijo, hemos tostado rebanadas de pan en los res-

I

*Arena***Un hombre al que llamaban Jeza**

A finales del año 1934, un día lluvioso, festivo en el calendario llegó a la isla un hombre llamado Alejandro Zarco (amigos, conocidos e incluso enemigos le llamaban Jeza), con misión de observar las actividades del Partido, poco floreciente en aquella zona. Jeza era un hombre alto y delgado, con el cabello prematuramente blanco y los ojos azules. Se dio a conocer a muy pocos; a José Taronjé y a los hermanos Simeón y Zacarías. No vino a ser activista: simplemente a analizar y reportar al Comité Central, de Madrid, con objeto de planificar un aumento de actividades. Cuando estalló la guerra, año y pico más tarde, cayeron en las primeras redadas José Taronjé y los dos hermanos. Algún tiempo después, por medio de un hombre llamado Herbert Franz, que regresaba a su país, envió mensajes a la Central del Partido. Pedía instrucciones y enlaces. Más tarde, fogoneros, marineros, camareros del barco, procedentes de puertos italianos, recalaban en la isla y entraban en contacto con Alejandro Zarco.

Tal vez uno de aquellos enlaces fue sorprendido por la policía. Tal vez, había montado un servicio de vigilancia en Port, donde se celebraban últimamente las reuniones. Una tarde, la policía les sorprendió, y Alejandro Zarco fue encarcelado. Concretamente: el cinco de febrero de 1937. Lucía el sol, aún, y partían algunas lanchas de pesca. Las mujeres tendían las redes en la arena, y el agua aparecía quieta, mansa, como un animal dormido.

II

*Lluvia***Un hombre al que llamaban Jeza**

Alejandro Zarco dijo a su mujer: "Si un día me ocurriera algo, procura por todos los medios entregar estos documentos a un hombre llamado Esteban Martín". Poco después, lo

coidos, hemos buscado algún fruto para asarlo lentamente en las cenizas. Pero no he reencontrado aquel fuego. Mirando a mi hijo, nimbado por el resplandor rojizo, me he preguntado si él lo sentí como yo entonces, si lo ama como yo amaba. No puede saberlo.

— ¿Te gusta el fuego?

— Sí.

Los niños no suelen ser explícitos. Tampoco lo era yo en aquel tiempo. Mi hijo tira ramas a las brasas aún rojas, puñados de hojas secas, para ver cómo se inflaman de nuevo, efímeras y fascinantes. Pero yo no sé nada de lo que piensa, ni de lo que siente, ni de lo que ve.

Tampoco sabía nadie nada, entonces, de nuestras hogueras.

— ¡Pobres de vosotros, como os vea prender fuego, muchachos! — decían los campesinos, agitando la mano en el aire, al vernos correr hacia el linde del bosque. ¿Qué sabían de nuestro fuego? Algo ha cambiado aquí. Algo o todo ha cambiado alrededor. En este nuevo Mansilla, junto al pantano, donde han talado los árboles y el bosque queda lejos, me siento ignorante y dura, tonta y vacía, miedosa y sabihonda, como cualquier persona mayor.

Ejercicios

I. Contéstese a las preguntas siguientes:

1. ¿En qué consiste el lirismo del cuento?
2. ¿Con qué medios artísticos se logra el lirismo?

II. Nótese los sinónimos a la palabra *fuego*.

III. Indíquense los epítetos con que se caracteriza el fuego.

IV. Indíquese el valor estilístico de los epítetos dobles.

V. Nótese el uso de los tiempos gramaticales, explicando su valor estilístico

VI. Tradúzcase por escrito el cuento.

encarcelaron, y la mujer y un hijo de ambos, se refugiaron al interior de la isla. La mujer llevaba los documentos, y los ocultó.

Alejandro Zarco vivió mientras existió la posibilidad de un canje. A mediados de octubre de 1938, fue ejecutado.

V

Se detuvo ante la fiel reproducción de Delfín, encerrado en una botella verde.

— Lo hizo Es Mariné — explicó Manuel. Pero sabía que ella miraba sin ver, que sus pensamientos estaban perdidos en algún lugar, lejos de allí.

— No quiero su cuerpo — dijo súbitamente —. Los hombres no tienen nada que ver con su cadáver.

El le puso una mano en un hombro, y a su vez ella levantó la suya, pequeña, delgada y fría, y se la oprimió.

— ¿No pudiste verle nunca?

— Nunca desde que se lo llevaron. No pude despedirle, siquiera. Hacía cuarenta y ocho horas que no le veía. Éstambos citados aquella misma tarde, se había reunido con Jacobo y el marinero italiano. Ni siquiera le pude decir: *Adiós Jeza, que tengas suerte*. Ni mirarle por última vez.

Tenía los párpados semicerrados:

— No, ni mirarle por última vez, porque el último día que le vi, te aseguro que no presentí nada. Mentiría si te dijera que lo presentí. Fue luego en aquellas cuarenta y ocho horas, cuando me vino como un viento malo. Hasta que me telefoneó Jacobo.

(De repente dejó de llover. Hacía apenas unos minutos — parecía — que oía el golpeteo del agua contra la claraboya, y, sin más, levantó la cabeza, y notó un silencio pegajoso, como un vaho. Le dolía cabeza. Se la cogió entre las dos manos: era una sensación rara, como si aquella cabeza suya flotase en el gran silencio que inopinadamente despertó alrededor. Se acercó a la cristalera y la abrió. Entró una bocanada de aire fresco. Vio como las gotas temblaban y caían desde el alero, brillando. Allá arriba el cielo estaba gris, hinchado y azotado como una lona. Bajó de la escalerilla y empezó a buscar algo que comer. Encontró una pastilla de chocolate. Lo mordió. Estaba terroso con un raro gusto a miles de cosas, no sabía ciertamente a qué. En aquel momento sonó el timbre del teléfono, y el corazón le dio un gol-

pe. Sintió el terroso chocolate entre los dientes, como si fuera arena, y avanzó la mano hacia el auricular.

— ¿Sí? — dijo tímidamente.

Del otro lado llegó la voz ahogada de Jacobo.

— Ven en seguida. Hace falta que vengas. Ten cuidado.

Tragó despacio, notó la boca seca, pastosa, y sintió unas horribles ganas de escupir; y el estómago como volviéndosele al revés. Estuvo a punto de gritar, de chillar como una rata y decir: *Han venido, ¿verdad que han venido? ¿Ya ha terminado todo, por fin?* En algún momento durante las últimas 48 horas se dijo: *saber que todo ha fracasado, se ha hundido, ha terminado, será quizás, un descanso*. Pero ahora no veía ninguna paz, ningún alivio. Colgó el teléfono y se quedó quieta, encogida, con la espalda pegada a la pared. Le cruzó un pensamiento: *No me voy a mover de aquí. No me voy a mover si quieren que vengan ellos a buscarme pero yo no me voy a moverme de aquí...* Sabía que no podían venir en seguida, que por lo menos tardarían ocho o diez horas... ¿Podría aguantar aquel estado, siquiera durante una hora más? Tuvo deseos de golpearse la dolorida cabeza contra la pared, porque de pronto, todo le parecía torpe, todo le parecía que fue llevado al cabo sin habilidad, sin precaución, ni cuidado. Ni Jeza, ni ella, ni Jacobo. Unos idiotas confiados en su buena estrella. Y no había estrella alguna, allí).

Fue hacia el diván tapizado con aves y flores de una tierra lejana, que él tanto admiraba de niño. Se sentó con aire ausente y él fue a buscar las copas.

— ¿Te gusta beber?

— Bueno — dijo.

Qué sola se la veía allí, de pronto, y qué joven. Casi una niña a pesar de sus veintidós años, y de todo lo que sabía o había oído decir de ella. Ni siquiera. Es Mariné, ni Zacarías la querían: (*Qué lástima, Jeza, cargar con una mujerzuela como esa*, dijo José Taronjé.) Y, sin embargo, allí estaba, con sus inocentes ojos, como un pececillo atrapado, también, en la gran red del mundo. Había algo distante, casi intemporal en ella. (Es cierto que es bonita.) El rubio cabello, liso y suave, brillaba en la penumbra. (Pero no es su belleza lo que atrae. Es algo que flota con ella, allí donde va. Cuando habla, cuando calla, algo vive a su alrededor; bandadas inapresibles, frenando el vuelo.) Llenó la copa y se la tendió. Ella bebió con fruición casi infantil.

— Tengo miedo — dijo súbitamente.

Cuánto oía, él, aquella palabra.

— ¿De qué?

— De mí, ahora que él no está. No tengo confianza en mí misma. Tengo miedo de rodar y rodar y rodar, y traicionarle. Se miraron en silencio.

— Entonces, qué poca cosa somos — dijo Manuel en voz baja.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo. Grandes pájaros amarillos y azules, batían alas, inmóviles, detenidos en un extraño vuelo, sobre la tapicería, alrededor de su cabeza.

— Qué vida corta y fea — dijo —. Se puede contar en pocas palabras y no muy edificantes...

El aproximó el almohadón turco (como cuándo Sanamo decía *¿Conoces la historia del príncipe amenazado de muerte, el del turbante de plata? Su padre le quería salvar de la muerte y lo encerró, y lo cuidó: hizo cavar una gruta bajo la roca, y sólo él iba a verle, y a traerle fruta. Y un día, cortando un trozo de melón, dulce como la miel, dejó su puñal en un alto rescuicio de la gruta, y el puñal cayó sobre él, mientras dormía, y le partió el corazón. Y yo, encerrado, para que la vida no me contaminase. Pero la vida, y la muerte, se abren paso por rendijas y junturas, la vida y la muerte estallan, y caen, y parten el corazón*). Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir lo que ella decía.

— Mi madre tenía un hotel en San Juan. Eso era por los años treinta y tres, o treinta y cuatro. Pero antes tuvo una casa de compra-venta y empeño.

(La mano tendida, las uñas largas. Ella soñaba por las noches con los ojos duros y coléricos de su madre, los globos encendidos de sus enormes ojos dorados, su marchita belleza. Sabía huronear la pobreza, y ganar en ella. Recordaba la tienda de compra-venta en Madrid, en una callejuela de la Cerredera Baja. Las sábanas palpadas, los abrigos de niño cuidadosamente examinados del forro a las solapas, los cuellos en los que la niña raspaba, en busca de una mancha:

— Un duro por esto.

Los cubiertos de plata, los paquetes alineados en las estanterías, y aquella pastora de porcelana, en manos de la vieja de cabello empolvado, cuya voz temblaba y decía: *Es lo último que me queda*, y la madre lo cogió, y ella notó el dolor en los ojos de la vieja, de cuyo cuello pendía una cadena de oro, con un retrato muerto — también mueren las fotografías —, tan muerto como su marchito esplendor; y su madre dijo:

— Aquí no puede haber sentimentalismos, señora, el negocio se hundiría.

Y cuando la anciana se fue, y sonó la campanilla sobre su empolvada cabeza, los dientes de su madre brillaron y dijo:

— Es muy bonito andar mendigando un poco de compasión y romanticismo cuando se ha dilapidado una fortuna, una verdadera fortuna en lujos, y coches, criados y chulos.

Entonces ella preguntó:

— ¿Qué es un chulo?

Y su madre le dio una bofetada:

— A tus deberes, niña.

La fiel y turbia Dionisia, que, entonces, aun no había encanecido, y llevaba una negra trenza sobre la cabeza, tan azuleante como su bigote, dijo:

— A ésta, Elena, debes meterla a toda pensión. Va siendo mayor, no conviene que oiga y vea tantas cosas.

Su madre la miró con una curiosidad desasosegada.

— ¿Mayor? — dijo. Y fue la primera vez que notó la alarma en sus grandes ojos. Dijo:

— Bueno, ya lo pensaré.

Ella aún iba, entonces, a un colegio modesto, de barrio, cerca de la tienda. Hacía los deberes allí, en el mostrador mismo, cerca del enorme reloj de hierro que nunca venderían, lleno de polvo. Entraba el invierno, con el pálido sol levantando un picante olor de la madera y del polvo, en los paquetes alineados en los estantes, con sus nombres, y su fecha, donde dormían abrigos de niños y de hombres, anillos de boda, relojes de la abuela, abanicos, cajitas de laca, brazaletes, sábanas del ajuar de la novia. La pastora de porcelana estaba allí sobre el mostrador, terriblemente asustada. Ella avanzó su mano tímida hacia la pastora, y, Dionisia — socia-amiga de mamá — le dio un manotazo:

— Quitá, estúpida, lo puedes romper.

La pastora fue envuelta en papel de seda, cuidadosamente guardada en una cajita de cartón y clasificada con el nombre de la anciana, y la fecha de su empeño.

El hotel era su orgullo, su pasión, todo lo que ella había levantado con esfuerzo. Me pudo andar escondiendo sólo hasta los dieciocho años.

— ¿Por qué? (El apresado Delfín quiere estallar, romper su prisión de vidrio, lanzarse como un meteoro hacia alguna parte, donde no pueda oír las viejas, olvidadas, pérdidas confesiones de los niños).

— Me tenía prácticamente encerrada. No querría que nadie supiera que tenía una hija tan mayor. Me retuvo en el internado todo lo posible. Otras chicas salían a los dieciséis años, pero yo no. Estuve el máximo de tiempo. Me hubiera amordazado, enterrado, si hubiera podido, para que nadie me viera nunca. Quizá me odiaba.

— ¿Por qué?

— Porque deseaba retener a un hombre, mucho más joven que ella. Estaba loca por él, tenía miedo de que él la dejara. Se llamaba Raúl. Para ella fue una enfermedad, una verdadera enfermedad. Yo tuve que pagar aquel desesperado amor suyo.

(No era un mar como el de la isla, sumido en un silencio extraño, como si llevara una tempestad guardada dentro. Era un mar gris y exasperado, y ella corría por la playa, recogiendo conchas rosadas, para hacerse un collar. El hotel se alzaba bello y ruinoso, como su propia dueña sobre la roca, cerca de la muralla. Su madre había dicho: *No te acerques por el hotel hasta las cuatro*. Y ella vagaba. Tenía quince años, y su madre acababa de conocer a Raúl. Eran las vacaciones. En lo alto del hotel había unas dependencias estrechas, para los criados. Allí la alojó, con las muñecas y la bicicleta.

— Vas a vivir muy bien aquí, ¿verdad adoradita mía?

Dionisia, ahora gobernanta, con su bigote azulado sobre el labio — ella vio como por las noches se lo cubría de una pasta blanca; la dejaba un rato y se sentaba junto a la ventana abierta, abanicándose con su pay-pay con un anunci. de galletas —. Y ella le preguntaba: *¿Por qué haces eso, Dionisia? Calla la boca, idiota*. La empujaba a su camita:

Duerme ya de una vez, no se te ocurra bajar.)

— Mi madre trabajó mucho, toda su vida, y por fin tenía aquel hotel. Venían muchos extranjeros, y españoles, durante las épocas de verano. Pero la ruleta estaba abierta siempre.

Por primera vez, Manuel la vio sonreír.

— Incluso para comer, yo tenía que hacerlo a escondidas. Tenía que se a espaldas de todo el mundo, de los clientes, y sobre todo, de Raúl. Le hablaba de mí le decía: *La niña, mi hijita...*, pero procuraba que no me viera nunca. Me humillaba mucho que me obligara a vestir infantilmente, a peinarme con trenzas, como una niña. Pero, te confieso, mi madre era una mujer muy desgraciada. Ahora después, comendí todo lo desgraciada que debía sentirse, para hacer eso.

como si ,e
^ m a s de V e j e c t u n m i n *

to de crecimiento, en Marta
— ¿Te llamas Marta?
— Sí, ¿no lo sabías?

Yo enviaba las $\wedge S S \wedge \wedge T' \quad " \quad \text{llamab} \quad \text{llS} \quad -$

Ejercicios

- Nótense los rasgos característicos del diálogo
- Indíquense los tropos en el fragmento
- III. Indíquense las figuras retóricas en el texto.
- IV. Tradúzcase el texto oralmente.
- V. Tradúzcase por escrito desde "Fi w,,i hasta - -^pMi _{raadre} ° S j é TM h_c t ! . » ^{ra} TM ° r g u i l l o _ "

ÍNDICE

Página

Benito Pérez Galdós	3
Juan Martín el Empecinado	5
Ejercicios	6
Gerona	11
Ejercicios	12
Doña Perfecta	15
Ejercicios	16
Prío Baroja y Nessi	13
El carbonero	20
Ejercicios	21
Aurora Roja	23
Ejercicios	23
Vicente Blasco Ibáñez	26
Sangre y Arena	27
Ejercicios	27
La barraca	30
Ejercicios	31
Lobos del mar	33
Ejercicios	33
Ramón del Valle-Inclán	34
Sonata de Otoño	38
Ejercicios	39
Tirano Banderas	39
Ejercicios	jj
Romance de lobos	j2
Ejercicios	5
Ricardo Güiraldes	"
Don Segundo Sombra	°J
Ejercicios	°I
Rómulo Gallegos	°I
Doña Bárbara	59
Ejercicios	59
Miguel Ángel Menéndez	65
Nayar	67
Ejercicios	67
Federico Carda Lorca	72
Doña Rosita La Soltera	74
Ejercicios	91
Jesús Izcaray	93
30 días con los guerrilleros de Levante	93
Ejercicios	99
Alejandro Casona	101
Siete gritos en el mar	101
Ejercicios	111
Juan Antonio de Zunzunegui	112
Un amarraje	112
Ejercicios	114
Tomasen	115
Ejercicios	117
Don Isidoro y sus límites	117
Ejercicios	120
Camilo José Cela	121 v
Viaje a la Alcarria	12L/
Ejercicios	m<
La naranja es una fruta de invierno	126
Ejercicios	132
Ana María Matute	133
Gran animal	133
Ejercicios	134
Aquel fuego	135
Ejercicios	136
Los soldados lloran de noche	137
Ejercicios	143